JUDITH SCHALANSKY

El cuello de la jirafa

13

«La adaptación al medio lo es todo» es el lema que ha regido la carrera de más de treinta años de Inge Lohmark, profesora de biología.

El hecho de que su colegio vaya a cerrar en cuatro años no se puede remediar: en la ciudad del interior de Pomerania occidental no hay niños. El marido de Lohmark, que en tiempos de la RDA inseminaba vacas, ahora cría avestruces; su hija Claudia hace años que se fue a los EE.UU. y no tiene la más mínima intención de traer hijos al mundo. Todos se niegan a reconocer el curso natural de la vida que Inge invoca en cada clase.

Cuando Inge comienza a desarrollar una intensa atracción por una estudiante de quince años distinta a la típica relación amor-odio que suele sentir por sus estudiantes, su visión biológica del mundo se tambalea. Con unas acciones cada vez más desesperadas, intenta salvar lo que ya no es posible salvar.

Judith Schalansky

El cuello de la jirafa

Título original: *Der Hals der Giraffe*
Judith Schalansky, 2011
Traducción: Juan José del Solar Bardelli, 2013

-

Revisión: 1.0

04/05/2023

ECOSISTEMAS

—Siéntense —dijo Inge Lohmark, y la clase se sentó—: Abran el libro por la página siete.

Ellos abrieron el libro en la página siete, y luego empezaron con los ecosistemas, las dependencias e interacciones entre las especies, entre los organismos vivos y su entorno, el entramado de efectos de comunidad y espacio. De la ley alimentaria del bosque templado de frondosas pasaron a la cadena trófica de la pradera, de los ríos a los lagos y, finalmente, al desierto y a la llanura de marea.

—Como ven ustedes, ningún animal, ningún ser humano puede existir por sí mismo. Entre los seres vivos predomina la competencia. Y a veces también algo parecido a la cooperación. Aunque esto es más bien raro. Las formas más importantes de la convivencia son la competencia y la ecuación predador-presa.

A medida que Inge Lohmark trazaba en la pizarra flechas desde los musgos, helechos y hongos hasta las lombrices de tierra y los ciervos volantes, los erizos y las musarañas, luego el carbonero común, el corzo y el azor, y finalmente una última flecha hasta el lobo, fue surgiendo poco a poco la pirámide en cuyo vértice se hallaba el hombre junto a unos cuantos animales depredadores.

—Lo cierto es que no hay ningún animal que coma águilas o leones.

Retrocedió un paso para contemplar el amplio dibujo hecho con tiza. El esquema de las flechas unía a productores y consumidores de primer y segundo orden, productores con consumidores primarios, secundarios y terciarios, así como los inevitables descomponedores, todos hermanados en la respiración, la pérdida de calor y el incremento de la biomasa. En la naturaleza todo tenía su lugar y, aunque quizá no cada ser vivo lo tuviera, sí tenía un destino: devorar y ser devorado. Era prodigioso.

—Anoten esto en su cuaderno.

Obedecieron.

El año empezaba ahora. El alboroto de junio había pasado definitivamente, la época del calor sofocante y los brazos desnudos. Entonces

el sol se estrellaba contra la fachada de vidrio y convertía el aula en un invernadero. En los cogotes descubiertos germinaba la expectativa del verano. La simple perspectiva de desperdiciar sus días inútilmente arrebataba a los chicos toda concentración. Con los ojos puestos en la piscina, la piel aceitosa y el ansia sudorosa de libertad se pegaban a las sillas y cabeceaban pensando en las inminentes vacaciones. Unos cuantos se volvían distraídos e incapaces de razonar, otros simulaban sumisión debido a la proximidad de las calificaciones y dejaban sus controles de biología sobre la mesa de los profesores como los gatos dejan ratones muertos sobre la alfombra de la sala de estar. Solo para preguntar la nota en la clase siguiente, calculadora en ristre, ansiosos por mejorar su promedio tres dígitos después de la coma.

Pero Inge Lohmark no era de esos profesores que bajaban la guardia al final el año escolar solo porque pronto perdería de vista a los que tenía enfrente. No le daba ningún miedo deslizarse en la insignificancia confiando únicamente en sí misma. Cuanto más se acercaba la pausa veraniega, algunos de sus colegas sucumbían a una condescendencia casi tierna. Sus clases se convertían en un teatro vacuo en el cual todos colaboraban, una mirada ensoñadora aquí, una caricia allá, fórmulas cargadas de ánimos, un lamentable visionado de películas… Una inflación de buenas notas, la alta traición en la calificación «sobresaliente». Y sobre todo la mala costumbre de redondear las notas de fin de año para pasar al curso siguiente a unos cuantos casos desesperados. Como si con eso se ayudase a alguien. Los colegas simplemente no entendían que solo perjudicaban su propia salud cuando complacían a los alumnos, y que estos no eran sino sanguijuelas que robaban energía vital y se alimentaban del cuerpo docente, de su competencia y de su temor a incumplir con su obligación de vigilar. Caían encima constantemente, con preguntas absurdas, sugerencias de escaso interés y familiaridades indeseadas. El más puro vampirismo.

Pero Inge Lohmark ya no dejaba que la desangrasen. Era conocida por saber sujetar las riendas y acortar la trailla sin sucumbir a los estallidos de rabia o al lanzamiento violento de llaves. Y estaba orgullosa de ello. Ceder se podía siempre. De vez en cuando, un panecillo de azúcar.

Lo importante era señalar la dirección a los alumnos, ponerles anteojeras para aumentar su capacidad de concentración. Y cuando realmente reinaba el alboroto, solo hacía falta rascar la pizarra con las uñas o hablarles del gusano de la hidátide. En cualquier caso, lo mejor para los alumnos era hacerles sentir que en todo momento estaban a merced de ella. En vez de hacerles creer que tenían algo que decir. Con ella no había ningún derecho a intervenir, ninguna posibilidad de elegir. Nadie tenía elección. La única elección era la disciplina y nada más.

El año empezaba ahora, aunque ya hubiera empezado hacía tiempo. Para ella empezaba ese día, el 1 de septiembre, que ese año caía en lunes. E Inge

Lohmark expresaba sus buenas intenciones ahora, en el verano marchito, y no en la deslumbrante Nochevieja. Siempre se alegraba de que su agenda escolar la llevara segura por encima del cambio de año del calendario. Un simple pasar la página, sin cuenta atrás ni entrechocar de copas de champán.

Inge Lohmark recorrió con la mirada las tres filas de bancos sin mover un milímetro la cabeza. Algo que había perfeccionado a lo largo de los años: la mirada omnipotente, inmóvil. Según las estadísticas siempre había dos, como mínimo, que se interesaban por la asignatura. Pero al parecer las estadísticas se hallaban en peligro. Con o sin distribución normal de Gauss. ¿Cómo lo habían conseguido hasta entonces?

Se les notaban las seis semanas de holgazanería. Ninguno de ellos había abierto los libros. Largas vacaciones. Ya no tan largas como antes. Pero aún excesivas. Como mínimo tardaría un mes en volver a acostumbrarlos al biorritmo de la escuela. Al menos ella no tenía que escuchar sus historias. Ya podían contárselas a la Schwanneke, que en cada nuevo curso organizaba un juego para conocerse. Al cabo de media hora todos los participantes estaban enredados en los hilos de un ovillo de lana roja y podían decir los nombres y las aficiones de sus vecinos de pupitre.

Solo había unos cuantos pupitres ocupados. Por eso saltaba más a la vista lo pocos que eran. Un público escaso en su teatro natural: doce alumnos, cinco chicos, siete chicas. El decimotercero había abandonado el instituto, aunque la Schwanneke lo había ayudado muchísimo. Con reiteradas horas de repaso, visitas a casa e informes psicológicos. Un problema de concentración. ¡Qué de cosas había! Simples trastornos del desarrollo. Después de las dificultades para leer y escribir correctamente, las dificultades para calcular. ¿Qué vendría luego, una alergia a la biología? Antes solo había los no deportivos y los no musicales, y a pesar de eso tenían que correr y cantar con los demás. Solo era una cuestión de voluntad.

Simplemente no valía la pena arrastrar a los débiles. No eran sino un lastre que impedía el avance de los otros. Repetidores innatos. Parásitos en el cuerpo sano del curso. Tarde o temprano los menos capacitados se quedarían en el camino. Era recomendable enfrentarlos lo más pronto posible a la verdad, en vez de darles una nueva oportunidad después de cada fracaso. Enfrentarlos a la verdad de que no poseían las condiciones previas necesarias para ser miembros plenamente válidos, es decir útiles, de la sociedad. ¿Para qué servía la hipocresía? ¿Y por qué? Fracasados había todos los años. En algunos casos una ya podía estar contenta de inculcarles unas cuantas virtudes fundamentales: cortesía, puntualidad, limpieza. Era una lástima que ya no hubiese notas para calificar otras como orden, diligencia, cooperación, buena conducta… Un certificado de calificaciones miserable para ese sistema educativo.

Cuanto más tarde se libraba una de un fracasado, más peligroso se volvía este. Empezaba a acosar a los suyos y a plantear exigencias injustificadas: notas

finales presentables, una calificación positiva; a ser posible, incluso un puesto de trabajo bien pagado y una vida feliz. Ese era el resultado de largos años de apoyo, de una benevolencia miope y una magnanimidad indolente. Quien hacía creer a esos casos sin esperanza que aún había esperanza para ellos no debía asombrarse si algún día entraban en el instituto con bombas y fusiles de pequeño calibre para vengarse por todo cuanto durante años se les había prometido y se les había escatimado una y otra vez. Y luego vengan las marchas de velas blancas.

Últimamente todos se enorgullecían de su autorrealización. Era ridículo. Nada ni nadie era justo. Y la sociedad menos que nadie. Quizá solo la naturaleza. No en vano el principio de la selección natural nos había convertido en lo que somos hoy: el ser vivo con los surcos más profundos en el cerebro.

Pero con su furia integradora la Schwanneke seguía cometiendo una y otra vez el mismo error. Pero ¿qué cabía esperar de alguien que formaba letras con hileras de pupitres y semicírculos con sillas? Durante largo tiempo una U mayúscula abrazaba su mesa de profesora. Últimamente era incluso una O angulosa, de suerte que quedaba unida a todos y ya no había principio ni fin, sino solo el momento redondo, como había anunciado en una ocasión en una reunión del equipo docente. Dejaba que los alumnos del undécimo curso la tuteasen. Inge Lohmark había oído decir a una alumna: «¡Quiere que la llamemos Karola!». ¡Karola! ¡Dios mío! No estaban en la peluquería.

Inge Lohmark hablaba de usted a sus alumnos a partir del curso noveno. Era una costumbre de la época en la que a los alumnos de ese año se les iniciaba en la Juventud. Con cosmos, Tierra, hombre y ramo de claveles socialista. No había un medio más efectivo para recordarles su propia incapacidad y mantenerlos a cierta distancia.

La relación profesional no admitía ninguna proximidad, ningún entendimiento. Era lamentable, pero comprensible, que los alumnos rivalizaran por los favores de los profesores. Arrastrarse ante el poderoso. En cambio era imperdonable la manera en que los profesores confraternizaban con esos adolescentes. La mitad de las posaderas sobre el pupitre. Modas y palabras robadas. Al cuello pañuelos de muchos colores. Mechas rubias. Solo para familiarizarse con ellos. Sin dignidad. Renunciaban al último resto de decencia por la breve ilusión de una familiaridad. Por delante de todos, naturalmente, iba la Schwanneke con sus preferidos: chicas cuchicheantes a las que enredaba en conversaciones durante los recreos, y víctimas en pleno cambio de voz, ante los que hacía el *show* más barato de estímulos desencadenantes, con los ojos saltones y los labios pintarrajeados. Seguramente hacía tiempo que no se miraba en el espejo.

Inge Lohmark no tenía ningún preferido, y nunca lo tendría. El exceso sentimental era una exaltación condicionada por las hormonas, que aquejaba a

los adolescentes. Descolgados ya de las faldas de sus madres, pero aún incapaces de estar a la altura de los especímenes del otro sexo. En su lugar, un compañero de sexo desamparado o un adulto inalcanzable se convertía en el destinatario de sentimientos inmaduros. Mejillas con manchas. Ojos pegajosos. Nervios exaltados. Un penoso desliz que en casos normales se arreglaba por sí mismo cuando terminaban de madurar las gónadas. Pero, por supuesto, quien carecía de competencia profesional solo se liberaba de su material didáctico con ayuda de señales sexuales. Profesores en prácticas lisonjeros. Los llamados profesores preferidos. La Schwanneke.

¡Cómo había defendido a un idiota del octavo curso en la reunión del equipo docente! Con el ceño fruncido, había gritado al cuerpo docente con su boca pintada de rojo: ¡Al fin y al cabo, necesitamos a todos y cada uno de los alumnos! Ya solo faltaba que precisamente ella, la Schwanneke, que no tenía hijos y encima había sido abandonada por su marido hacía poco, les viniera ahora con que los niños eran nuestro futuro.

¡Qué futuro ni qué niño muerto! Esos chicos no eran el futuro. Más bien eran el pasado: ante ella tenía el noveno curso. Era el último que se daría en el instituto Charles Darwin, y al cabo de cuatro años harían el bachillerato. E Inge Lohmark debía desempeñar la función de tutora. Eran simplemente el curso noveno. Ya no necesitaban letras añadidas, como las que les asignaban antes, desde la A hasta la G. Con generaciones tan fuertes como una compañía en tiempos de guerra, por lo menos en número. Ahora a duras penas habían conseguido completar una clase. Casi un milagro, pues había sido el año con menor número de nacimientos en el Estado federal. Después ya no había alcanzado para completar los cursos superiores. Tampoco cuando se empezó a rumorear que eso significaría el final del Darwin y los colegas de los tres colegios regionales se pusieron de acuerdo para recomendar generosamente alumnos para la enseñanza secundaria en los institutos. El resultado fue que cualquier niño medianamente alfabetizado era elevado a la categoría de alumno de instituto.

Siempre había habido padres convencidos de que, contrariamente a cualquier recomendación, sus hijos debían ir al instituto. Pero a esas alturas ya ni siquiera había suficientes padres en la ciudad.

No, esos chicos no le parecían ni mucho menos diamantes en la corona de la evolución. B1 desarrollo era algo muy distinto del crecimiento. Ahí quedaba demostrado de forma impresionante y aterradora que el cambio cualitativo y el cuantitativo ocurrían con la máxima independencia uno del otro. La naturaleza no era precisamente bonita en ese umbral indeciso entre infancia y adolescencia. Una fase del desarrollo. Vertebrados en crecimiento. La escuela era una cerca. Ahora llegaba el peor momento, había que ventilar las aulas debido al olor de esa edad, almizcle y feromonas secretadas, la estrechez, los cuerpos que se iban formando lentamente, corvas sudorosas, piel sebosa, ojos

apagados, un crecer y proliferar imparables. Era mucho más simple enseñarles algo antes de que madurasen sexualmente. Y un auténtico desafío averiguar qué ocurría detrás de su torpe fachada: si iban muy por delante y eran inalcanzables o bien renqueaban detrás debido a cambios estructurales de consideración.

Les faltaba la conciencia de su estado y, sobre todo, la disciplina para superarlo. Miraban fijamente al vacío. Unos seres apáticos a los que se les exigía demasiado. Excesivamente centrados en sí mismos. Cedían a la pereza sin una queja. La fuerza de atracción de la tierra parecía tener un efecto triple sobre ellos. Todo era un esfuerzo sobrehumano. Cada chispa de energía de que disponían esos cuerpos era consumida por la torturante metamorfosis que en nada se distinguía de la laboriosa tarea de una oruga por salir de su capullo. Pero, eso sí, rara vez salía de él una mariposa.

Convertirse en adulto exigía esas formas intermedias amorfas en las que los caracteres sexuales secundarios proliferaban como úlceras. Aquí se demostraba a un ritmo trepidante que la evolución humana debió de ser ardua. No solo la ontogénesis era un compendio de la filogénesis, sino también la pubertad. Crecían. Un día tras otro. En hornadas y durante el verano. Hasta el punto de que después costaba muchísimo reconocerlos. Chicas obedientes se transformaban en bichos histéricos, y chicos despiertos en proletas flemáticos. A ello se sumaba la torpe elección de la pareja. No, original no era la naturaleza. Pero sí justa. La pubertad era un estado en apariencia enfermizo. Solo se podía esperar que pasara. Cuanto más grande y viejo podía llegar a ser un animal, más se prolongaba su juventud. Para alcanzar su madurez el hombre necesitaba una tercera parte de toda su vida. En promedio, un ser humano joven tardaba dieciocho años en poder valerse por sí mismo. Wolfgang había tenido que pagar por los hijos de su primer matrimonio hasta que estos cumplieron veintisiete años.

Ahí estaban ahora esos recién iniciados en la vida, afilaban lápices y copiaban la pirámide de la pizarra, levantando y bajando la cabeza en un compás de cinco segundos. Aún no formados del todo, pero con una naturalidad insolente y una reivindicación de lo absoluto que era vergonzosa y petulante. Ya no eran niños que tenían que apoyarse continuamente en todas partes y descuidaban el espacio personal bajo dudosos pretextos, forzaban el contacto y la miraban fijamente como gamberros en un autobús interurbano. Eran jóvenes adultos, capaces ya de procrear, pero todavía inmaduros como fruta cosechada demasiado pronto. Para ellos seguramente Inge Lohmark no tenía edad. Más probable era incluso que solo les pareciera vieja. Un estado que ya no cambiaría para sus alumnos. Quien era joven, envejecía. El viejo seguía siendo viejo. Ella había superado hacía tiempo su período de semidesintegración. Por suerte. Así al menos quedaba a salvo de ir cambiando visiblemente ante los ojos de ellos. Una idea tranquilizadora. En cambio ella vería crecer a esa gente, como había visto crecer a otros. Y saber eso la hacía poderosa. Aún se parecían todos entre sí hasta confundirse. Un enjambre con el nivel académico exigido para aprobar el curso. Aunque al cabo de muy poco se volverían ya pérfidamente autónomos, encontrarían un rastro que seguir y cómplices. Y ella empezaría a hacer caso omiso de los jamelgos lerdos y apostaría en secreto por un purasangre. Había tenido buen olfato unas cuantas veces: un piloto, una bióloga marina. No era un botín desdeñable para una ciudad de provincias.

Delante de todos se sentaba el hijo de un párroco, timorato, que había crecido entre ángeles de madera, manchas de cera y clases de flauta dulce. En la última fila había dos chicas emperifolladas. Una mascaba chicle, la otra vivía obsesionada con su pelo de potro negro, se lo alisaba todo el tiempo y lo examinaba mechón a mechón. A su lado, un hombrecito de pelo rubio claro y estatura de escuela primaria. Era un drama ver cómo la naturaleza presentaba allí el desarrollo desigual de los sexos.

A la derecha, junto a la fachada de cristal, se bamboleaba con la boca abierta un pequeño primate que no esperaba más que marcar el territorio con alguna ordinariez. Solo le faltaba tamborilear con los dedos sobre su pecho. Tenía que estar ocupado. Ante ella tenía la hoja en que los alumnos habían escrito sus nombres. Garabatos preparatorios de la firma definitiva. *Kevin*. Claro, cómo no.

—¡Kevin!

Kevin se sobresaltó.

—Enumere usted algunos ecosistemas de nuestra región.

El chico que estaba sentado delante sonrió con malicia. Ajá, ahora verás.

—Paul, ¿qué árbol es ese que se ve allí fuera?

Paul miró por la ventana.

—Ejem. —Un carraspeo mínimo, que casi daba lástima.

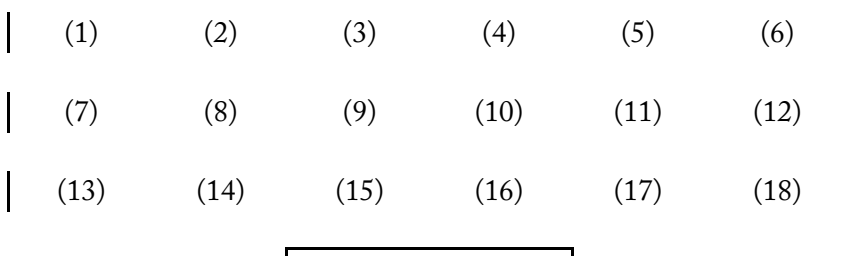
—Gracias. —Lo tenía bien merecido.

—Eso no lo hemos estudiado en clase —replicó Kevin.

¡Que no se le ocurriera nada mejor! Un cerebro como un órgano vacío.

—Ah, ¿sí? —Ahora a toda la clase. Ataque frontal—. Piensen todos bien una vez más.

Silencio. Por último intervino la cola de caballo de la primera fila, e Inge Lohmark le dio la palabra. Por supuesto que lo sabía. Una cola de caballo como ella sacaba siempre del atolladero al carro de la clase; los libros de texto se escribían para esas chicas. Ávidas de saber. Iban anotando sentencias con bolígrafos multicolores. Aún se dejaban intimidar por el bolígrafo rojo de la profesora. Necio instrumento de un poder en apariencia ilimitado.



- (1) *Jennifer* Pelo aclarado, labios muy finos, tempranamente madura, egoísta de nacimiento, ninguna perspectiva de mejorar, anchura de pecho inescrupulosa, senos de campeonato.
- (2) *Saskia* Sin maquillaje, probablemente incluso bonita. Cara bien proporcionada, frente alta, cejas depiladas y expresión de estupidez absoluta, cuidado compulsivo del pelaje.
- (4) *Ferdinand* Personaje amable, pero inquieto y distraído, ojos hundidos, escolarizado demasiado tempranamente, con tantas vértebras como un conejillo de Indias. Madurez bastante tardía.
- (6) *Kevin* Desaseado y fanfarrón, vello fino sobre el labio superior, cara sebosa y brillante, estúpido, pero exigente, la peor combinación. Solo se le tranquiliza dándole de comer

continuamente. Ávido de una persona de referencia, medianamente perturbado, cargante.

- (7) *Laura* Flequillo, connado sin color por encima de los párpados caídos, mirada soñolienta, piel granujienta, carente de ambiciones e intereses, tan poco llamativa como la mala hierba.

- (8) *Tabea* Niña loba con pantalones desgastados y jersey agujereado, ojos de expresión salvaje, espalda curvada de tanto escribir con la mano izquierda, por lo demás tampoco muy prometedora.

- (9) *Erika* El brezo, tristeza cuidada en posición inclinada, pecas en la piel lechosa, uñas mordidas, pelo castaño, greñudo, mirada firme, torva, párpado que parece caído por el mal maquillaje, cansada y al mismo tiempo espabilada.

- (11) *Paul* Contrincante de Kevin, ha crecido bien y rápido, musculoso, aspecto expresivo, tupé pelirrojo y greñudo. Sonrisa maliciosa permanente en unos labios bien irrigados. El clásico inteligente pero perezoso. Capaz de resistir y amigo de correr riesgos.

- (12) *Tom* Corpulencia desagradable. Ojos diminutos en cara regordeta. Expresión ausente: todavía aturdido por poluciones nocturnas. Un olm es más hermoso. Pocas esperanzas de que el crecimiento corrija sus lamentables proporciones.

- (13) *Ellen* Animal apático y resignado. Frente abombada y mirada de conejo. Cara llorosa de tanto ser objeto de vejaciones durante los recreos. A su edad, ya superflua como una vieja solterona. Víctima de por vida.

- (16) *Annika* Trenza castaña, cara aburrida, sumamente ambiciosa, carente de alegría y diligente como una abeja, muy amiga de hablar en público. Portavoz del curso desde su nacimiento, agotadora.

- (17) *Jakob* Hijo de un pastor. Típico alumno de la primera fila, tórax estrecho. A pesar de las gafas, tendencia a entornar mucho los ojos. Dedos nerviosos. Cabello espeso como el pelaje de un topo. Una piel agresivamente

transparente. Como mínimo, tres hermanos. Sin malicia.

Ella los conocía a todos. Los reconocía enseguida. Alumnos como esos había tenido a montones, clases enteras, año tras año. No necesitaban imaginarse que eran especiales. No había sorpresas. Solo cambiaba el reparto. ¿Quiénes actuaban esta vez? Bastaba con una ojeada al plano de distribución de los asientos en el aula. Nombrar lo era todo. Cada organismo tenía nombre y apellido: especie, género, orden, clase. Pero primero quería aprenderse solo los nombres.

Eso era todo. Como siempre: no había grandes sorpresas. Coleta de caballo ya había terminado. Las palmas de las manos sobre la mesa. Miraba hechizada la pizarra.

Inge Lohmark se asomó a la ventana, al suave sol de la mañana, ¡qué maravilla! Los árboles ya habían empezado a perder su color. La clorofila descompuesta dejaba el escenario libre a los pigmentos luminosos de las hojas. Carotinoides y xantófilas. Las hojas de tallo largo del castaño, carcomidas por los minadores, tenían bordes amarillentos. Que los árboles se afanaran tanto por unas hojas de las que de todas formas habrían de separarse pronto… Exactamente como ella en su condición de profesora. Cada año el mismo juego. Desde hacía más de treinta años. Siempre de nuevo desde el principio.

Eran demasiado jóvenes para poder valorar la importancia del saber adquirido conjuntamente. No cabía esperar gratitud. Allí solo se trataba de demarcar daños y perjuicios. En el mejor de los casos. Los alumnos eran seres sin memoria. Algún día se marcharían todos. Y solo quedaría ella, con las manos secas por el polvo de la tiza. En esa aula, allí, entre la colección de posters didácticos enrollados y el escaparate con el material de enseñanza objetiva: un esqueleto con los huesos rotos, las grasientas maquetas de órganos vitales con su capa de plaste y, disecado con el pellejo agujereado por las quemaduras, el tejón que miraba fijamente con sus ojos muertos a través de los cristales. Pronto podrían hacer también eso con ella. Como el sabio inglés que quiso permanecer unido a su universidad más allá de la muerte, seguir participando como momia en las reuniones semanales. Y se dio cumplimiento a su último deseo: vistieron el esqueleto con su ropa y la rellenaron con paja. Luego embalsamaron el cráneo, pero algo salió mal, así que al final montaron una cabeza de cera sobre los restos mortales. Ella lo había visto cuando estuvo en Londres. Claudia había estudiado allí. El hombre estaba de cuclillas en un escaparate gigantesco, detrás de los cristales, con bastón, sombrero de paja y guantes de piel verde, idénticos a los que ella se había comprado en la primavera de 1987 en el Exquisit. Por ochenta y siete marcos. Al menos Vladimir Illich dormía y podía soñar con el comunismo. Pero ese inglés continuaba hasta el día de hoy en el ejercicio de sus funciones. A diario

observaba a los estudiantes que se encaminaban a sus aulas. El escaparate era su tumba. Él mismo, su propio monumento. Vida eterna. Era mejor que la donación de órganos.

—La gente mayor —empezó a decir de pronto—, la gente mayor aún recuerda su etapa escolar cuando ya se le ha olvidado todo lo demás.

Ella soñaba una y otra vez con su etapa escolar. Sobre todo con el examen preuniversitario. Se veía ahí plantada y no se le ocurría nada. Y al despertar siempre tardaba un rato en darse cuenta de que no tenía por qué sentir miedo. Estaba en el otro lado, el seguro.

Se volvió. Miradas atontadas.

Había que prestar muchísima atención. Al menor descuido, empezaban a discutir en clase sobre todo tipo de tonterías, preferencias en el desayuno, causas del desempleo, entierros de mascotas, de repente todos se espabilaban y la hora terminaba. Había que construir transiciones peliagudas, regresar como fuera a los ecosistemas, donde los alumnos recién incorporados enseguida volvían a poner expresión ausente. La meteorología era lo peor. Del estado del tiempo no había sino un paso al ámbito de lo personal. Pero sobre ella no deberían saber nada. Ahí solo servía retomar el hilo exactamente en el lugar donde lo había perdido. Con marcada lentitud regresó a su mesa de profesora. Lejos de las hojas multicolores, del mal o el buen tiempo fatal. Huida hacia delante.

—Hay pacientes con Alzheimer o demencia senil que no pueden recordar los nombres de sus hijos ni los de sus cónyuges, pero sí el de su profesora de biología. Las malas experiencias se graban a veces mejor que las buenas.

»Puede que un nacimiento o una boda sea un acontecimiento importante, pero no se asegura un lugar en la memoria. El cerebro es un cedazo.

»Tengan esto muy presente: nada es seguro. No hay nada seguro.

Ahora había empezado incluso a darse golpecitos en la cabeza con el dedo índice.

La clase la miraba sorprendida.

Sigamos con el texto.

—En el mundo hay unos dos millones de especies. Y si cambian las circunstancias medioambientales, estarán en peligro.

Desinterés absoluto.

—¿Conocen ustedes especies que ya se hayan extinguido?

Se levantó un puñado de pequeños brazos.

—Quiero decir, dejando aparte a los dinosaurios.

Enseguida bajaron los brazos. ¡Vaya peste de chicos! No podían distinguir un mirlo de un estornino, pero sí recitar la taxonomía de los grandes reptiles extinguidos. Dibujar un braquiosaurio de memoria. Un entusiasmo temprano por lo mórbido. Pronto jugarían con ideas suicidas y de noche trasguearían por los cementerios. Coqueterías con el más allá. Más tendencia de muerte que

instinto de Tánatos.

—El uro, por ejemplo, el caballo salvaje mongol de Przewalski. El buitre leonado, el alca gigante, el dodo y… la vaca marina de Steller.

No tenían la menor idea.

—Un animal gigantesco que vivía en el mar de Behring, con un cuerpo que pesaba toneladas, cabeza pequeña y extremidades atrofiadas. La piel tenía varios centímetros de grosor y al tacto parecía corteza de roble viejo. La vaca marina era un animal silencioso, nunca emitía sonidos. Solo cuando la herían suspiraba brevemente. Era mansa por naturaleza y le gustaba ir a la orilla, de modo que se la podía acariciar ligeramente. Pero también matar.

—¿Cómo sabe eso con tanta precisión? ¿De dónde lo saca? —Erika, así sin más, ni siquiera había levantado el brazo.

La pregunta era justificada.

—De Georg Steller, un naturalista alemán. Fue de los últimos que vio un ejemplar vivo.

Erika asintió con la cabeza, muy seria. Había comprendido. ¿Qué hacían sus padres? Antes hubiera bastado con echar una mirada al libro de la clase. Gente con instrucción superior, obreros, campesinos, oficiales, pastores protestantes… Personas con carrera universitaria.

Ellen levantó el brazo.

—¿Qué hicieron con ella? —Claro, barruntaba una compañera de infortunio.

—Se la comieron. Según parece, sabía a carne de vacuno. —La vaca sigue siendo vaca.

Pero ahora regresemos a los vivos.

—¿Y qué especies están amenazadas de extinción?

Cinco brazos en alto.

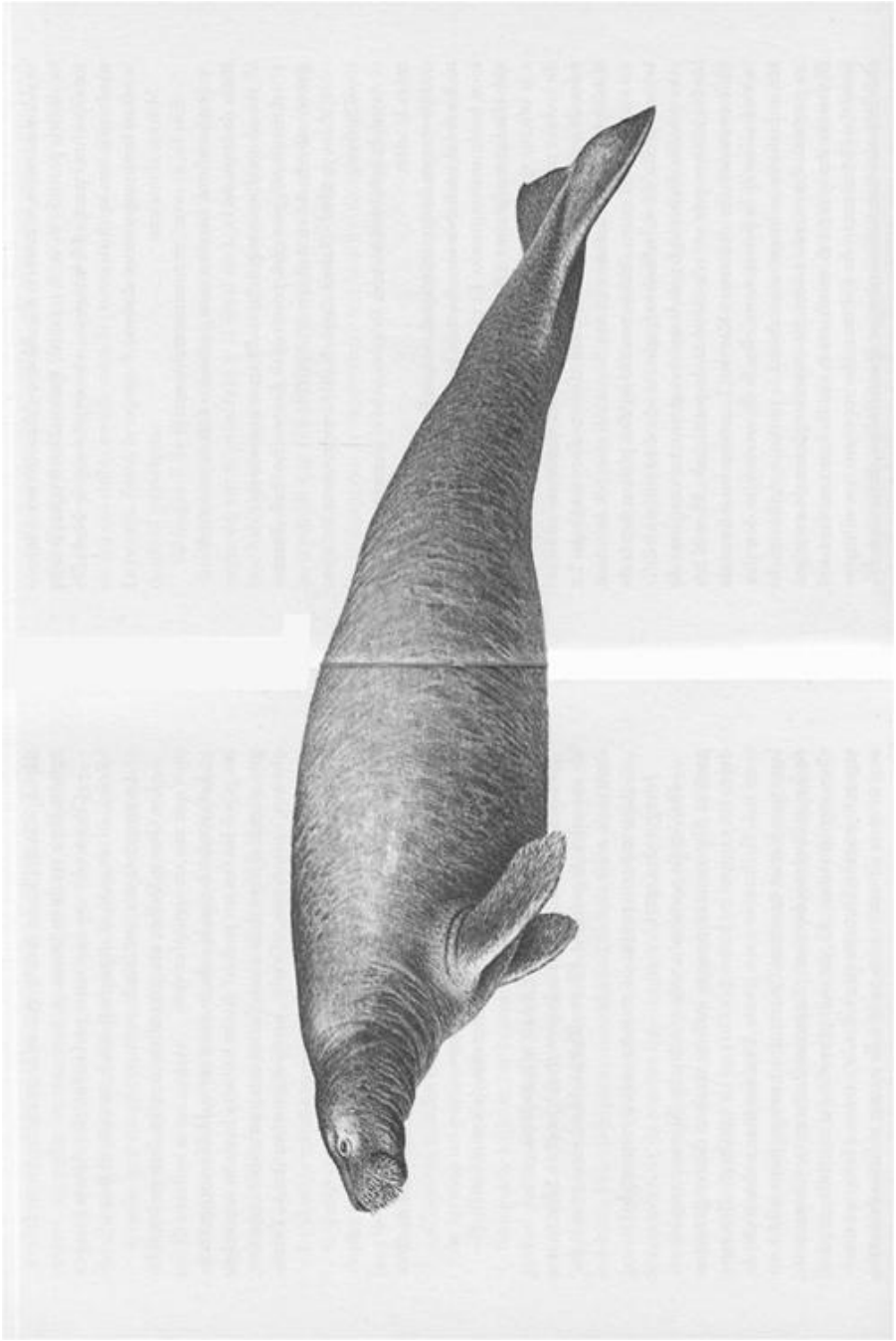
—Olvídense del panda, el koala o la ballena.

Nuevamente bajaron los brazos uno tras otro. Salvemos a los animales de peluche. Efecto Bambi. Mascotitas para la industria de animales de peluche.

—¿Una especie propia de nuestro país, por ejemplo?

Inseguridad total.

—Del águila pomerana solo quedan en Alemania unas cien parejas. Algunos campesinos incluso reciben dinero para que dejen sus campos en barbecho. Pues así las águilas pueden capturar más fácilmente a sus presas. Se alimentan sobre todo de lagartijas y aves canoras. Ponen dos huevos, pero solo uno de los polluelos sobrevive. —Entonación correcta. Ahora escuchan atentamente—. El que sale primero del cascarón, mata al segundo en salir. Durante unos días lo picotea. Hasta que muere y sirve de alimento a los padres. Es lo que se llama cainismo innato.



Una mirada a la primera fila. El hijo del pastor no se inmuta, ¿habría perdido ya su fe infantil? Para sobrevivir hacía falta más que una pareja bíblica paseando en el Arca de Noé. De modo que una vez más.

—Un hermanito mata al otro.

Horror silencioso.

—Eso no es cruel, es totalmente natural.

Según cómo, matar a esos polluelos forma parte del cuidado de la prole.

Ahora vuelven a espabilarse. Muerte y asesinato.

—Entonces, ¿por qué ponen dos huevos? —Paul. Parecía querer saberlo de verdad.

—¿Y los padres? —Tabea abrió desmesuradamente los ojos.

—Observan.

Sonó la señal del recreo. Eso era solo el principio, la primera lección.

No era una mala palabra para acabar. Exactamente, en punto. La señal no había sonado, más bien no había sonado, más bien había matrequeado. El timbre seguía estropeado. Y eso que ella había ido a ver a Kalkowski ya antes de las vacaciones a la oficina que él se había montado en el antiguo depósito de carbón para la calefacción. Las paredes, cubiertas con carteles de animales. Una mesa cuidadosamente arreglada. Le había pedido que quitara el trozo de cartón que, por bromear, los alumnos del curso decimotercero habían puesto detrás de la campanilla. Él se había retrepado en su raído sillón de oficina y había dicho algo sobre una venganza. La venganza de los bachilleres por un año de vida desperdiciado. Para él era muy serio. Sonaba casi como Kattner. Las numerosas fotos de la naturaleza en la pared, entre ellas la de una mujer descalza. Un animal desnudo entre muchos. Un portero seguía siendo un portero. Pero tenía razón. Los nuevos planes de estudios. El eterno ir y venir. Las resoluciones del Parlamento del Land federal, el Ministerio de Cultura. Por supuesto que el material didáctico también tenía que enseñarse en doce años. Incluso en diez, si se dejaba de lado todo lo superfino. Lo relacionado con el arte, por ejemplo. De todas formas, hubiera podido reparar el timbre.

Ahora sí que empezaron a guardar rápidamente los libros en sus mochilas, con la mirada puesta en la puerta. Pero Inge Lohmark dilató la espera. Las cosas tenían que quedar claras desde el principio.

—Pónganse de pie, por favor.

Obedecieron. El hecho de que mandara a los alumnos ponerse de pie al principio y al final de la clase era una señal que había demostrado ser eficaz, un refuerzo del timbrazo. El método de enseñanza de Inge Lohmark consistía en una serie de medidas que se habían ido forjando en el curso de su vida como docente y se habían especializado cada vez más. Tarde o temprano la experiencia sustituía a todo el saber. Solo era verdadero aquello que había

demostrado ser eficaz en la práctica.

—Para el jueves… —respiró hondo para prolongar un poco más el momento— repasen las tareas cinco y seis, por favor.

Pausa.

—Ahora pueden marcharse. —Sonó indulgente, y así debía ser.

Al instante se precipitaron fuera.

Inge Lohmark abrió la ventana. Por fin aire fresco. Rumor de hojas. Aire de fogatas de campamento. Alguien debía de estar quemando follaje. Olía a otoño.

Siempre que uno creía que nada iba a cambiar, que simplemente todo continuaría igual, llegaba la siguiente estación del año. El curso natural de las cosas. Como un reflejo volvieron los recuerdos. ¿Qué había ocurrido el año anterior? El anuncio de Kattner. Colegas desconcertados. ¿Qué se habían imaginado?, ¿que en el último momento se mudaría a ese lugar una gran familia académica? Habrían tenido que ser mormones, cuyos críos, el resultado de apareamientos consanguíneos, tampoco hubieran logrado acceder al instituto. ¿Y el penúltimo año? los primeros avestruces. Nueve animales a los que Wolfgang había atado tiritas de diferentes colores para diferenciarlos. Nueve avestruces con ligas de colores que corrían por la dehesa. Dieron mucho que hablar. Cada día venían curiosos. Ocho hembras, un macho. A esas alturas ya eran treinta y dos animales. Un curso del instituto. Antes, en cualquier caso.

Inge Lohmann cerró el aula.

—Un poquito más arriba, por favor.

Lo que faltaba. En el pasillo estaba la Schwanneke con dos alumnos del undécimo curso. Los dos chicos sostenían un panel apoyado a la pared. Junto a la fachada de cristal, la Schwanneke, de puntillas, dirigía remando con los brazos. Con un vestido corto sobre los tejanos. Atrápame, soy la primavera.

—Sí, así está bien. —Estiró los dedos en el aire.

—¡Ah, *Frau* Lohmark! —Schwanneke fingió que se alegraba de verla—. Pensé que podríamos embellecer un poco el pasillo, y como empezamos el año escolar con el impresionismo…

En efecto, ahora colgaban de la pared unos pintarrajos cenagosos de forma apaisada.

—Pensé que… los nenúfares de Monet combinarían muy bien con sus medusas. —Batió palmas—. Pensé que sus medusas necesitaban un poco de compañía.

Era increíble que se atreviera a clavar en la pared sus herbosas plantas acuáticas a solo tres palmos de las espléndidas medusas. Bastante malo era ya que el espacio consagrado al arte estuviera en el mismo piso y los alumnos embadurnaran continuamente con tinta china el pasillo. Hasta entonces habían respetado los límites. La pared de Karola Schwanneke quedaba más

allá de los retretes, la pared de Inge Lohmark, más acá. Aquello había ido demasiado lejos. Pero ¿merecía la pena iniciar una guerra el primer día de clases por unos cuadros feos? Solo quedaba mantener la calma. El animal inteligente espera.

—Las medusas de Haeckel, querida colega. No dejan de ser las medusas de Haeckel.

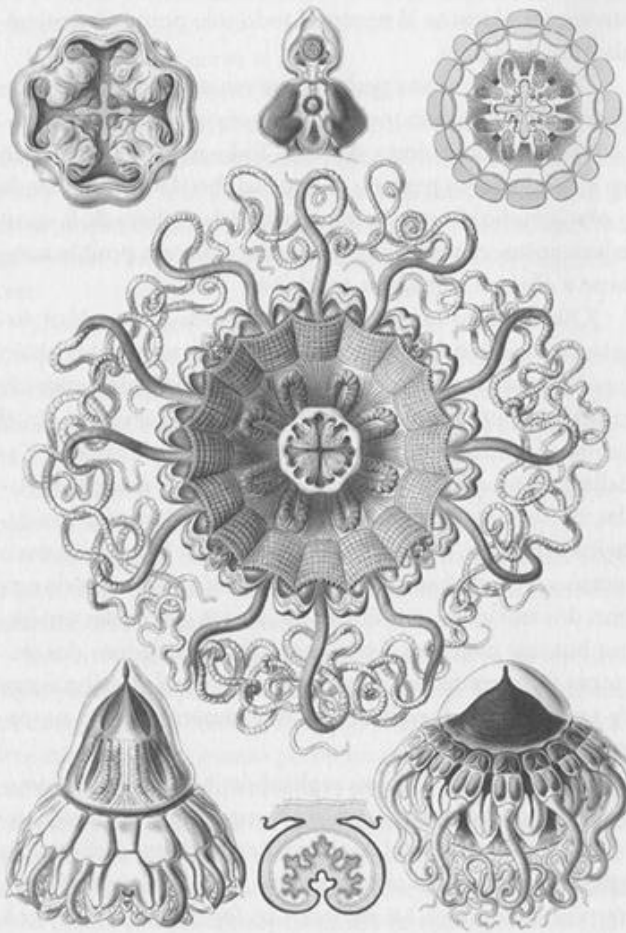
—Se trata de la impresión, de la *impression*, de forma totalmente inmediata, de ahí también el nombre. —La Schwanneke empezaba a animarse de verdad.

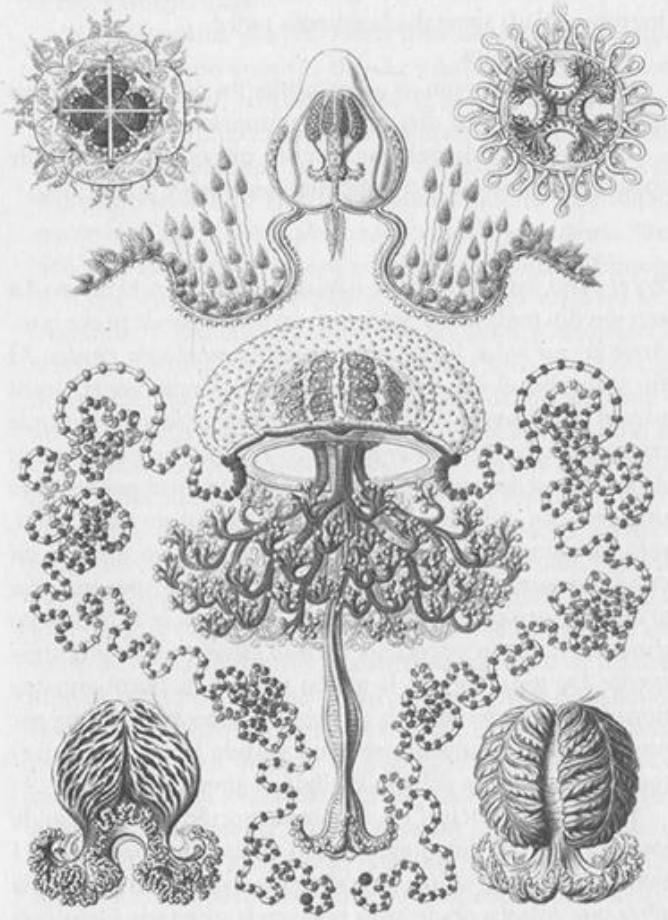
Los dos alumnos asintieron con expresión necia. No se atrevieron a largarse al recreo. Y todo solo porque les permitía llamarla Karola.

El cuadro de forma apaisada que rebasaba burdamente sus límites mostraba una mescolanza monstruosa. Manchas enmohecidas sobre colores pútridos. Todo arraigado en el lodo, en el fondo de un pantano de agua salobre. Dulzor hediondo y olor a moho. Con o sin modernidad. La belleza de la naturaleza no necesitaba distanciamiento. Solo era posible acercarse a ella con la máxima precisión.

¡Qué claridad cautivadora, qué rotunda suntuosidad poseían, en cambio, las medusas de Haeckel!: vista desde abajo, una *Peromedusae* con su corona de rayos ensortijados color lila, el orificio bucal octogonal como el cáliz de una flor. En el centro, el embudo purpúreo de la medusa *Cephea cephea*. Cabellera tentacular ondulante que salía de unas enaguas azuladas, circundadas por diminutas hermanas adornadas con estrellas cristalinas. Y totalmente a la derecha la magnificencia vidriosa de la *Anthomedusae*, de cuya campana desmotada surgían dos tentáculos casi simétricos. Largas guirnaldas ornadas por botones cnidarios como perlas. Enmarcadas por dos secciones transversales. Una con el plumaje rojiblanco llameante de un tulipán de Rembrandt, la otra, simétrica como un cerebro caucásico.

Inge había extraído esas espléndidas hojas de una monografía sobre las medusas, un libro grueso que había encontrado en el archivo del instituto. Era un buen archivo. Un agujero en el sótano al que habían exiliado los periódicos murales carcomidos, los retratos y las fotos enmarcadas y con vidrio, lienzos pegados sobre tableros de virutas. El cuadro de Peter en el zoológico con sus mejillas rubicundas, la joven pareja a orillas del mar Báltico y los girasoles descoloridos blanqueados por el sol. Las paredes quedaron de pronto muy desnudas. Hasta que Kalkowski le enmarcó las medusas en marcos plateados. Verlas todos los días era una gozada. En el principio era la medusa. Todo el resto vino después. Su perfección era inalcanzable, ningún animal bilateral podía ser tan hermoso. Nada superaba la simetría radial.





Basta por ahora.

—Las medusas viven en aguas saladas; los nenúfares, en aguas dulces. Muy buenos días, *Frau* Schwanneke.

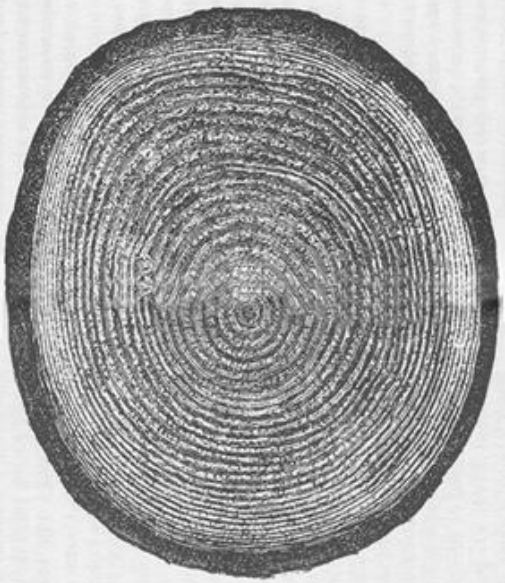
No tenía sentido pelearse con una persona que carecía de toda sensibilidad para lo realmente hermoso y grande.

En el patio, los pequeños se habían reunido para el recreo. La sección dos tenía desde hacía poco el privilegio de poder quedarse en sus aulas. Inge Lohmark había estado en contra. Al fin y al cabo, el aire fresco y la luz del sol eran beneficiosos para el organismo a cualquier edad. Aunque fuera solo por la transformación de la energía. Y ahí estaban, bajo el mosaico de una pared deteriorada por la intemperie, en el que se veían una grúa, un cohete y un receptor de radio de onda corta, solo los alumnos del décimo curso, reunidos en torno a un cubo de basura. Resultaba conmovedor ver lo torpes que eran al intentar ocultar sus colillas, tanto que a ella se le fueron las ganas de hacer lo necesario. Incluso saludaron muy cortésmente. De todas formas, le tocaba vigilar a la Bernburg, una fumadora empedernida a la que, sin embargo, no se la veía por ningún lado. Probablemente había pedido la baja por enfermedad a principios del año, medida de precaución.

El edificio principal era una construcción de dos pisos de los años setenta. Vista desde lo alto, tenía la forma de una H torcida, atrofiada, como se podía apreciar en una fotografía aérea que colgaba desde hacía poco en la secretaría. Debajo, el edificio de las oficinas como una gran I, un apéndice vermicular invertido. Dos letras de un gris alquitranado sobre fondo arenoso. Material de construcción de mala calidad. Detrás del canalón, el hormigón estaba en mal estado. El lado de la muralla se veía siempre húmedo. Unos senderos con guijarros conducían al rectángulo rojo ladrillo del polideportivo. En la pared junto a la entrada habían escrito con pintura roja: «¡El Darwin se está extinguiendo!».

Nada recordaba ya a Lilo Herrmann. Entonces habían querido hacerlo todo como es debido y habían retirado el antiguo nombre junto con los cuadros de madera contrachapada. Enseguida, el instituto ampliado cambió de nombre, aunque seguía ante la plaza de la Amistad de los Pueblos y la calle Wilhelm Pieck. Lilo Herrmann estaba muerta y definitivamente olvidada. Cuatro años más y aquello se acabaría. También para ella. Inge Lohmark no se hacía ilusiones. ¿Empezar de nuevo en algún sitio? Ella no. A un árbol viejo no se lo trasplanta. Y ella era una mujer, no un árbol, y tampoco un hombre. Kattner había engendrado otro hijo. Al menos eso decían. Con una ex alumna. Poco después del bachillerato. Ya no era punible por el derecho penal.

Probablemente no era cierto. Daba igual, de todas formas. Un hombre en la flor de la vida. Nacido el mismo año que ella, el vejestorio. Según como, ella llegaría a los ochenta o noventa años. Desde el punto de vista estadístico, era incluso muy probable. Formaba parte del abultamiento color rosa de la pirámide de edad en los informes demográficos anuales, que demostraba el descenso de los nacimientos y el alarmante aumento de la población de edad avanzada: del abeto a la colmena, y de la colmena a la urna. Todos peregrinaban hacia la tumba. Instinto y empuje sexual en tiempos de paz. El retroceso en la tasa de natalidad debido a la guerra y a la píldora. Mostrad vuestros pies. Ochenta, noventa años de esperanza de vida. Qué se espera de la vida. Y al final, aún tanta esperanza sobrante. ¿Qué debía hacer ella en todo ese tiempo? ¿Esperar y beber té? ¿Por qué no? Aburrirse no se aburriría, jamás se aburría. Pero ¿empezar otra vez algo nuevo?, ¿qué podría ser?, ¿algo nuevo? Al fin y al cabo era un árbol viejo. Vieja como un árbol. Cincuenta y cinco anillos de crecimiento, de distinto ancho. Madera temprana y madera tardía. Condiciones de crecimiento cambiantes. Arrugas en lugar de vetas. Ningún año era igual a otro. Pero todos pasaban. Mudarse ni se lo planteaba. No con Wolfgang y sus avestruces. Ahora que por fin estaban empollando. Mejor que Claudia regresara. Había estado fuera el tiempo suficiente para enterarse de cómo se vivía en el extranjero, doce años ya, media eternidad. Tampoco era muy joven que digamos. Podría empezar poco a poco a llevar una vida como Dios manda. Construirse una casa, por ejemplo. Junto a los corrales aún había sitio, un espléndido terreno con vista a los polders. Ella pasaría a verla todos los días y tomarían té juntas en la terraza y contemplarían la dehesa. ¿Bebería café Claudia? Ya iba siendo hora de que volviera.



En la sala de profesores estaban Thiele y Meinhard con sus latas de pan. Saludaron con la boca llena. Junto a la lista de sustituciones aún estaba pegada Lilo con sus gafas. Una mujer valiente, química comunista. Mártir de la que era entonces la causa justa. Y un recorte de periódico en el que se veía a un niño que, con una sonrisa maliciosa, pero necia, escribía en una pizarra el nombre de esa ciudad italiana. Al lado, el programa de los cursos de la universidad popular local, parásitos en un nido extraño: bases para crear tu propio negocio, taller de pantuflas de fieltro, cómo hacer papel. Filosofar con jubilados. Terapias ocupacionales para condenados a muerte.

Kattner entró en la sala, saludó a los presentes y estudió la lista de sustituciones. Grímpolas de colores en un panel de madera con ganchos. Un sistema demencial. Y, por llevarlo a cabo, él cobraba dos horas de reducción laboral por semana.

—¿Qué hay, Inge? ¿Qué piensas ofrecer ahora? ¿Tal vez biología para uso doméstico? —Cambió unas cuantas horas en la lista de sustituciones—, ¿Un curso sobre cómo recoger setas? ¿O algo para combatir las plagas de los jardines?

—Buenos días, Kattner.

¡Que se atreviera ahora a hacer chistes sobre la universidad popular! Ella no se dejaría sacar tan fácilmente de la reserva. Sí, podría quedarse. La universidad popular local ocuparía el edificio. En el piso más bajo ya se habían instalado unos cuantos cursos. Pero ella no. Que lo hicieran otros. Las ciencias naturales no eran ningún *hobby*. Nadie quería estudiar la estructura de la célula o el ciclo del ácido cítrico. Prefería buscar algún antepasado famoso o interpretar el curso de los astros o aprender lenguas extranjeras. Conferencias con diapositivas sobre el lejano Oriente. Y luego ver algo de mundo. Cuando en realidad el mundo estaba aquí: el bosque, el campo, el río, el pantano. Todo eso constituía un respetable espacio vital para innumerables especies. Entre ellas, muchas que el Ministerio del Medio Ambiente había declarado protegidas. Incluso algunas cuyos ejemplares eran capturados aisladamente, porque eran muy raros. De vez en cuando aparecían también nuevas especies, huéspedes indeseados, inmigrantes ilegales. El perro mapache de Siberia. Un omnívoro. Un necrófago. Parecía un oso lavador y les quitaba sus guaridas a los tejones y a los zorros. Introducía enfermedades y expulsaba especies locales de sus nichos ecológicos. Se reproducían con un éxito enorme, porque los dos progenitores se preocupaban de las crías.

Todos se reproducían alegremente. Los únicos que no lo hacían eran los compañeros de especie de Inge. En vez de hacerlo fingían que ahí no había nada que hacer, como si el futuro tuviera lugar en otro sitio, en algún sitio situado allá fuera, más allá del Elba, de la frontera, del continente. Todos

intentaban tocar un pedacito de una realidad que allí no querían ver que estaba en todas partes. Como si en este lugar no hubiera vida. En todas partes había vida. Incluso en el agua de lluvia estancada.

Al final la meteorología tenía la culpa de todo. También de que su hija se quedara al otro lado del charco. Como le había dicho en cierta ocasión: «Si te acostumbras al sol, ya nunca te acostumbrarás a Europa Central». Europa Central. ¡Cómo sonaba ya eso! El cambio de lugar. El cambio de aire. El clima estaba sobrevalorado. Después de todo, tampoco eran tuberculosos.

Todos se iban del terruño. No habían entendido nada. Si querías entender el mundo, tenías que empezar por casa. En la patria. En nuestra patria. Desde el Cabo Arkona hasta el Fichtelberg. Largarse no tenía ningún mérito. Eso ella siempre se lo había dejado a los otros. Hubo solo una época muy breve en que había acariciado la idea. Pero hacía mucho tiempo. Ella se había quedado. La libertad estaba sobrevalorada. El mundo había sido descubierto, la mayoría de las especies, determinadas. Una podía quedarse tranquilamente en casa.

—No, seguro que Lohmark irá a ver a su hija a Yanquilandia. Desde la mecedora de la veranda mirará jugar a sus nietos. —Kattner, que seguía manipulando la lista de sustituciones.

Buen intento.

Al menos, Meinhard y Thiele le hicieron sitio cuando se sentó junto a ellos. De todas formas, era asombroso ver qué rápido se había acostumbrado Meinhard. Un hombre joven con el cuerpo de una madre. Profesor de matemáticas en prácticas. Llevaba el cinturón un palmo demasiado arriba. Un tío sanguíneo torpe y pesado con mejillas rubicundas y, encima del labio superior, un vello que no llegaba a ser bigote. Debajo de su camisa clara, abotonada hasta arriba, se perfilaban dos tetillas puntiagudas. Un caso para la andrología. En él había algo incompleto y siempre lo habría.

Thiele, en cambio, tenía rasgos perfilados, la cara delgada, dos surcos hendidos en torno a la boca. Su cabello entrecano estaba peinado hacia atrás, y a pesar de su desaliñada barba a lo Lenin, daba la impresión de cuidarse mucho. Como muchos comunistas, parecía casi aristocrático. Siempre preocupado. Pero firmemente decidido a enfrentarse a la decadencia de su casa. Pasaba la mayor parte del tiempo en su cuartucho, un trastero para guardar portamapas y materiales de enseñanza del cual se había apoderado para instalar allí su oficina. Su politburó. Fumaba cigarrillos importados y aún seguía esperando la revolución mundial. Continuamente emitía ruidos. Su peristaltismo. Su magro cuerpo era un amplificador de todas las preocupaciones que lo atribulaban.

—Es la peste. —Típico de Thiele. Siempre murmuraba algo que simbolizaba su cosmovisión.

—¿Qué cosa? —Meinhard no comprendía.

—La peste de hoy. —Thiele clavó la mirada en el tablero de la mesa. Un

pobre diablo viejo—. Cien hombres por cada setenta mujeres. —Levantó la mirada—. ¿Entiendes? Pueden buscarse los mejores.

Su mujer lo había abandonado. En tiempos de la RDA había huido al otro lado. Pero él fingía ser víctima del cambio demográfico. Uno de los treinta hombres para los cuales no había quedado ninguna mujer. Condenado a la soltería. Por lo general, comida enlatada. Al borde del desamparo. Obligado a meter él mismo su ropa sucia en la lavadora.

—El resto pueden ser homosexuales. —Kattner otra vez.

Con una amplia sonrisa maliciosa se sentó junto a ellos. Se veía un poco cansado por las vacaciones. Bajo el pelo cortado a cepillo, una cara que ella aún no conseguía grabarse en la memoria. Empezó a remangarse la camisa. Aparecieron unos antebrazos notablemente bronceados. Kattner, el omnipotente, el que todo lo aguantaba, el ser heterotermo. Nadie había querido hacer ese trabajo. Él se había apiadado. Y con los años el profesor de sociología que había venido a enseñarles la democracia se había convertido en un macho alfa. El director transitorio había llegado a ser un ejecutivo de buen humor, que mantenía la tienda en funcionamiento mientras esa tienda existiera. Hacía quince años que dirigía el instituto, y hasta parecía divertirse conduciéndolo a su final. Afirmaba incluso que eso era una suerte para todos. Para él tal vez. Su campo de juegos. Kattner siempre tenía algo en reserva: dos planes alternativos, una casita, un divorcio, dos hijos descastados, quizá tres, si los rumores eran ciertos. Inhibido, pero no consumido por la tristeza. En el fondo daba igual quién liquidara la tienda. El último apagaría la luz.

—Una tercera parte sucumbió a la peste, en mil quinientos sesenta y cinco. Esta es ahora la nueva peste. —Como si eso viniera a cuento. Pero para Thiele siempre se estaba en clase.

—Thiele, de verdad podrías escribir algo sobre la historia de la región. —No debería excitarse así. Ella le acarició la mano manchada, suave como cuero joven.

—Treinta por ciento. Con eso ya se puede ganar una elección. —Sin duda quería desviar el rumbo de la conversación.

—Sí, gente. —Kattner se frotó las manos. Ya estaba otra vez con ganas de hablar. Se notaba enseguida—. Este es un instituto en proceso de desintegración, pero nosotros no administraremos el final, haremos que el instituto tenga futuro. —Estaba claro: la muerte también forma parte de la vida—. Los paisajes moribundos no son tan nuevos, ni tan dramáticamente únicos. En otros lugares también se cierran institutos. Incluso en la zona occidental. En la cuenca del Ruhr. Media Baja Sajonia está vacía. Es una evolución general. ¿No habéis oído hablar de los que huyen del campo a las ciudades? Creía que necesitaban horas de repaso. A la zona oriental le va incluso bien. Aquí al menos se ha invertido dinero. Todos los semáforos nuevos, la autopista…

—Pero han calculado que la autopista no es nada rentable, porque hay muy poco tráfico. —Al parecer, Meinhard leía también el periódico.

—Sí, la gente no viene aquí, se marcha fuera. Habría sido mejor que construyeran una carretera de sentido único. —Estación final: Pomerania occidental. Un espacio vital adjudicado.

—Es una locura. —Thiele carraspeó y enderezó la espalda—. Antes era un castigo tener que abandonar tu ciudad. El exilio era lo peor. —Levantó la mirada—. Hoy formamos parte de los ganadores.

Kattner mordió una zanahoria y se retrepó en su asiento.

—Los Marten hubieran podido ser un poco más astutos, ahora estaríamos muy bien.

—¿Los Marten? —¡Qué mirada tan tonta podía tener Meinhard!

—Como los conejos… —Kattner escondió la zanahoria en el puño—, Pero no importa. Tres familias así y nos hubiéramos salvado. Tendríamos cursos hasta la jubilación. Pero no. Quien tiene bachillerato, se vuelve frígido.

—Estéril, querrá usted decir. —También Meinhard había contraído la enfermedad docente. La manía de corregir.

—¡Ay, es lo mismo!

—Bueno, tú te esforzaste al máximo para que bastara. Pero habrías debido empezar un poco antes.

Dio en el blanco. Kattner volvió a inclinarse hacia delante. Con ganas de atacar.

—Escúchame, Lohmark. Todos tuvimos que dejarnos evaluar. Todos hemos tenido profesores en prácticas que asistían como oyentes a nuestras clases. No solo tú.

Que ahora empezara otra vez con eso… La época de los intrusos había pasado, la época de los sabihondos, que se instalaban en una silla en el rincón y querían pasar por ratoncitos, como había dicho con una sonrisa jovial el último de esos oyentes, un tal Knilch, que tenía perilla. Pero ese ratoncito era una rata que se había atrevido a criticarla por sus clases. «*Frau* Lohmark enseña mirando de frente a sus alumnos, sin que estos participen». Pues claro, ¿cómo si no? ¡Engreído! ¿Conversaciones circulares como la Schwanneke? ¿Trabajo en grupo? Los chicos solo hacían tonterías. Examinaban por el microscopio mocos en vez de piel de cebolla. Y lamentaban la pérdida de los paramecios en la infusión de heno cuando finalmente tiraban al inodoro el hediondo brebaje. De todos modos, copiaban los resultados de la cola de caballo en funciones.

Que sus clases deberían estar más cerca de la realidad, le recomendaron luego. ¡Vaya estupidez! De todos modos, la biología estaba cerca de la realidad. La doctrina de la vida, de sus leyes y manifestaciones, de su expansión en el tiempo y el espacio. Una ciencia de la observación, que hablaba a todos los sentidos. Pero eso también era típico: ¡primero prohibían

que matasen animales para la clase de disección y luego exigían más cercanía a la realidad!

¡Cuántas cosas no estaban permitidas ahora! ¡Qué importancia tenían los experimentos con animales! ¿Qué tortura había en ellos? Los animales ya estaban muertos. Objetos de estudio, destinados a la investigación. Experimentos. Dejar empollar por la luz roja un huevo fecundado. Abrirlo para ver palpitar el corazón. Apagar la lámpara. Prueba producida. La rana africana de uñas, que detecta el embarazo. Hembras aovando cuando les inyectaban orina de una mujer embarazada. Sarro dental en la cápsula de Petri. La contracción del anca de rana cercenada. Aún húmeda. Los músculos que ellos tocaban con plata y hierro. Dos metales, uno noble y otro común, de la serie galvánica muy lejana. La prueba producida. La fibra nerviosa aún estaba de todos modos viva. Un impulso nervioso. Un circuito. La energía química podía ser transformada en eléctrica. La naturaleza hablaba en el experimento. Pues no: ahora solo se permitía abrir el vientre a los peces muertos. Pero los arenques apestaban rápido. Y las truchas eran caras. Al menos aún estaban permitidos los ojos de vaca, aunque debido al síndrome de las vacas locas era preferible utilizar ojos de cerdo. Le gustaba el momento en que el cristalino caía sobre la hoja del periódico abierta y aumentaba alguna palabra del artículo. Por fin había calma. Los chicos olvidaban su asco y miraban con asombro y respeto el centelleo de la retina. Por supuesto que se trataba de claridad, de plasticidad. Pero ella no podía presentarse cada día con el reflejo de prensión, las lombrices de tierra ansiosas por regenerarse o los perros pavlovianos. En el Museo de Historia Natural había dioramas. Preparados húmedos, huesos fluorescentes y botones con luces intermitentes. No había nada mejor que enseñar mirando de frente a los alumnos. Sus clases eran buenas. Sus alumnos eran buenos. Cierto es que algunos le tenían miedo, sus controles llegaban inesperadamente, aunque eso ya se había rumoreado, por lo que la mayoría estaban preparados. Lo que ella enseñaba lo seguía decidiendo ella. Y el plan de estudios: el currículo en espiral. De lo simple a lo complejo. Todos temas que retornaban bajo una forma cada vez más complicada. Como un torno de banco que era enroscado lentamente. Lo que contaba era el resultado. Y sus resultados eran buenos. Las notas de sus alumnos estaban por encima del promedio del Estado federal. Claro que había tenido suerte. Biología y educación física. Tras las huellas de la vida. Las ciencias naturales no tenían que ser escritas de nuevo. En ellas no se trataba de opinar ni pensar. ¡Se observaba e investigaba, se definía y explicaba! Hipótesis, inducción, deducción. Las leyes de la naturaleza eran internacionales. Thiele y la Bernburg habían tenido que procesar mucho los nuevos datos y hechos. Unas cuantas fronteras menos, de todos modos. Pero la biología sí que eran hechos. Y la clase de biología, una transmisión de hechos. En ella se transmitían unos conocimientos que eran seguros y no caducaban por ningún cambio de sistema

político. El mundo solo se podía describir y explicar a partir de sí mismo. Y las leyes a las que estaba sometido tenían validez ilimitada. Sobre ellas no había nada que votar. ¡Aquello era una auténtica dictadura!

—Meinhard, ¿sabe usted cómo puede reconocerse a los hijos de los Marten? —Kattner se inclinó hacia delante—. Por las caras roídas. —¡Con qué placer se pasó la mano por la mejilla!

—¡Ah, deja ya esa historia escalofriante!

Y pensar que no podía olvidarla, aunque era muy anterior a su época. Vaya parásito de la historia.

—Querían tener también un cagadero. Entonces, en su granja. Instalaron simplemente un tubo en el sótano. El emparrado estaba listo. El emparrado del cagadero. Hasta que llegaron las ratas. Primero al sótano, luego escaleras arriba. Hasta el dormitorio de los niños. Y allí había niños suficientes.

Había diferentes estrategias de reproducción. Los de la selección K invertían mucho tiempo y esfuerzos en pocos descendientes. Los de la selección r, poco en muchos. Una cuenta muy simple: calidad contra cantidad. El objetivo era aumentar las posibilidades de supervivencia. Era como en las apuestas: o se apostaba todo a una carta, o se dispersaba la apuesta. Y aunque dos de los hijos de los Marten hubieran quedado con unas cicatrices horribles, parecidas a lunares, seguían estando vivos. Y al menos los colegas del instituto especial todavía tendrían trabajo unos cuantos años.

Kattner suspiró. Su manera de hacer que confiaran en él. Advertencia y mimetismo.

—Ah, compañeros, ¿aún os acordáis? Cuando las asignaturas emparentadas se sentaban todavía a una mesa… —La táctica del hermanamiento. Duchas colectivas—. Todos para sí. Junto a la ventana las profesoras de arte y alemán, cacareando, los tristes geógrafos e historiadores más allá, los malolientes profesores de educación física y el distinguido equipo de matemáticas y física aquí, delante del escaparate con las copas. —Señaló los trofeos. Se interrumpió. ¡Vaya espectáculo!—. Podríamos volver a limpiarlos, Lohmark.

—Sí, podríamos. —Como si ella no se lo hubiera dicho ya antes de las vacaciones.

—Pues bien. ¡Y ahora mirad a vuestro alrededor! Todo vacío. Ya solo quedan dos mesas. Aquí las ciencias naturales, allí las humanidades. Aquí los hechos, allí la ficción. Aquí la realidad, allí la interpretación. —Redoble de tambor y toque de fiesta—. Este instituto no se está muriendo. ¡Se concentra en lo esencial! —Dio un golpe en la mesa y frunció el ceño. Atención. Tal vez incluso se creía lo que iba diciendo—. Pero resulta simplemente que hablamos demasiado poco. —Al fin y al cabo, estaban en un instituto, no en una asamblea general del Partido—. Esta es una oportunidad única.

Aún distaba mucho de haber terminado. Como en las reuniones

semanales, donde le gustaba iniciar una discusión sobre postulados básicos y luego quería venderla como perfeccionamiento democrático. Siempre se le permitía decir algo a cualquiera. Y todos tenían razón. Paz. Alegría. Placenta. Todo podía ser contradictorio. Y nada tenía sentido.

Nadie estaba a la altura de la verdad: de la existencia de una realidad única, verificable y demostrable. Y menos que nadie esos hombres, que por miedo a la vida auténtica se habían quedado en el instituto y se esponjaban ante los adolescentes a puerta cerrada. Conducta de imposición de eternos repetidores. Había que tomar el mundo tal como era. No como uno lo deseaba.

—Os lo prometo: seremos competitivos. Haremos que este instituto tenga futuro. Todos juntos. Con los alumnos. Necesitamos más compromiso. También fuera de clase. Por eso he decidido pronunciar un discurso semanal. Un discurso motivacional para reforzar la cohesión. Un discurso de cara al futuro. ¿Qué os parece? Una especie de arenga. Algo que ya conocéis.

Estaba como una cabra. Seguro que no tenía demasiado trabajo. Y ahora, encima, consignas y niveles exigidos para aprobar el curso. Edificación y fortalecimiento psíquico de los alumnos. El reconstructor quería predicar. Leer la misa de difuntos. Todo el programa.

—Si de verdad lo haces semanalmente, ya no será nada particular. Todos quedarán sobresaturados de inmediato. —El truco ya había funcionado antes.

—Lohmark, tienes razón. Una vez al mes. ¡El lunes no! Mejor a mitad de la semana, ¡el miércoles! Durante el recreo. El primer miércoles de cada mes. Así lo haremos. —Parecía contento. Sonrió con malicia y señaló el retrato de la mujer con gafas.

—Por enésima vez, ¿quién fue Lilo Herrmann? —Voz notoriamente alegre.

—Una obrera fascista alemana. —La respuesta de Thiele, totalmente seca, sin levantar la mirada.

Se dice que así respondió una alumna en un examen, hacía más de veinte años. No como provocación, sino por pura estupidez. Era el mejor chiste de Thiele. Y a Kattner le encantaba contarlo. Su afición a las anécdotas del Land federal del que él debía desacostumbrarlos. En secreto lamentaba, sin embargo, no haber estado allí aquella vez. Se sentía orgulloso cuando la gente creía que él era de allí.

Kattner tocó a Thiele con la punta de los dedos.

—Camarada, pronto tendremos que hablar sobre tu politburó. Esto no puede seguir así.

Thiele no dijo nada. Kattner lo dejó. En la puerta se volvió una vez más:

—Bueno, ¡a hacer deporte! ¡Y un brindis por el aire fresco, colega Inge! —Saludó militarmente y se marchó.

Ese instituto era sin duda un barco que naufragaba. Hacía tiempo que remar era superfluo. Todos defendían solo su propio currículo. ¿Qué quedaba

aparte de dar algún sentido al curso casual, forzoso, de los acontecimientos? El matrimonio, el inevitable nacimiento del primer hijo, el casi forzoso del segundo. Thiele, cual rígido piel roja, le había hecho a su mujer incluso un tercero. Los comunistas tenían tres, los párrocos, cuatro o cinco, y los asociales por encima de seis. Nadie sabía exactamente cuántos hijos tenían los Marten a esas alturas. Ella se lo había preguntado una vez a uno de los críos, cuando los alumnos del centro de educación especial viajaron a la ciudad en el mismo autobús. El crío prometió preguntar en su casa. Luego, la siguiente vez, contó a sus hermanos con los dedos. Necesitó tres manos. Eran trece. Con los bebés de las dos hermanas mayores eran hasta quince. Como los cañones del órgano. Trece. Más de los que ahora se sentaban en su clase.

Ella tenía solo una hija, una hija única. Y estaba tan lejos que a decir verdad no contaba. Era pues, sin duda, una selección K. El peligro de extinción era grande si la tasa de natalidad se mantenía tan baja. ¿De qué servía una hija en el otro extremo del mundo? Una hija que estaba separada de ella por la diferencia horaria: nueve horas enteras. ¿Más de medio día? Una de las dos precedía siempre a la otra. Nunca se sabía muy bien quién a quién. Era imposible compartir aunque solo fuera un instante. Los Marten tenían reserva suficiente si alguno de ellos acababa mal. Pero una hija… Eso era todo o nada.

En su cuartito del polideportivo todo estaba exactamente como lo había dejado antes de las vacaciones escolares. Sobre la mesa, el silbato y el cronómetro. Las cortinas estaban corridas. Una agradable luz crepuscular.

¡Qué cansada se sintió de repente! Sentarse. Solo un momento. Apoyar la cabeza contra la pared. En el espejo encima del lavabo, una parte de su cabeza. La frente. Las arrugas. La línea de nacimiento del pelo, el cabello canoso, desde hacía más de veinte años. Respirar hondo unos minutos. La ropa deportiva azul grisáceo en el regazo. Las piernas desnudas, lechosas, como si no hubiera habido verano. En los muslos notaba las palmas de las manos frías. El calor subía en oleadas hacia arriba, a la cabeza. En los ojos, chiribitas. Y de pronto un sudor. Un sofoco de manual. Aunque eso no figuraba en ningún manual. Eso no lo estudiaban. La segunda transformación del cuerpo les era silenciada. El retroceso que avanzaba reptando. Atrofia del aparato genital femenino. Cese de las menstruaciones. Vagina seca. Carne marchita. Siempre se hablaba solo del florecimiento. Otoño. ¡Dios mío! Sí, era el otoño, susurro de hojas. ¿De dónde podría venir ahora una segunda primavera? Era ridículo. Acarrear la cosecha. Recoger redes. Estado de ánimo festivo. Alegría precoz por la jubilación. Encima de todas las cumbres había paz. Pero ¿de dónde venía ese cansancio?, ¿del tiempo que hacía o del primer día de clase?

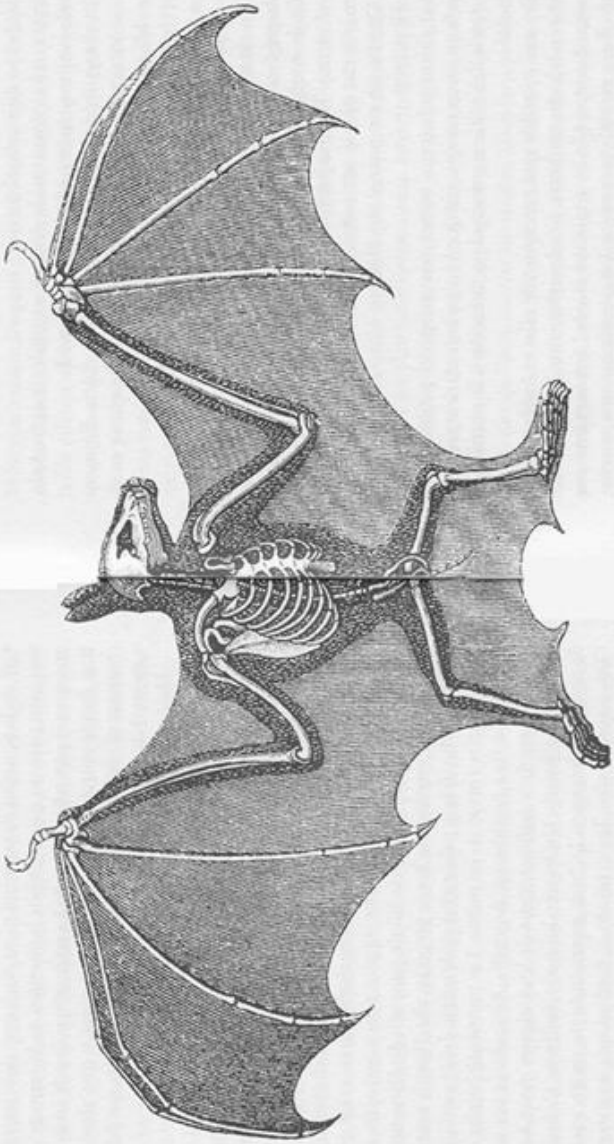
La noche anterior se había despertado. La oscuridad aún era total. No debían de haber dado las cuatro. Una corriente de aire le rozó la cara. Una vez.

Otra vez. El pulso enseguida a ciento ochenta. Un aleteo. ¿Una mariposa grande, una *sphinx ligustri*? Aunque era demasiado tarde para una mariposa de esas. Luego, calma. Debía de haberse posado en algún sitio. Tal vez ya no estaba ahí. Inge tuvo que buscar un rato a tientas el interruptor de la lámpara de su mesita de noche. Cuando por fin se iluminó la habitación, el animal, presa del pánico, la sobrevoló velozmente a tres palmos por debajo del techo, describiendo grandes lazos, odios imaginarios. Aleteo de tren fantasma. ¡Un murciélago! Un murciélago enano joven que se había extraviado. El sistema de radar le había fallado. Su infalible sentido de la orientación lo había abandonado. Tenía el hocico abierto, chillaba. Pero sus chillidos no se oían.

Tal vez le alcanzaba la inteligencia para volar a través de ventanas semiabiertas y darse cuenta de que no se había metido en la oquedad de un árbol ni en el agujero de la pared de una casa, pero no para salir por la abertura de la ventana. Seguramente procedía de una de las techumbres donde las hembras de los murciélagos se retiran para parir, y que ahora, al terminar el verano, se vaciaban. Todos los animales quedaban a merced de sí mismos. Y buscaban una casa.

Había apagado la luz y bajado en silencio al sótano. Por seguridad se envolvió la cabeza con la manta. ¡Menos mal que Wolfgang tenía un sueño profundo! Si no, se habría asustado al verla. Un fantasma en su ronda nocturna. Todavía podía oír sus ronquidos cuando se paró frente a la estantería donde guardaba los frascos de vidrio para envasar al vacío.

Luego, todo fue muy rápido. Probablemente el animal intuyó que ella era su salvación. Se escabulló varias veces, pero luego, cuando ella quiso cubrir de nuevo su cuerpecito con el frasco, el murciélago se rindió de puro miedo. Durante un momento se estremeció, luego plegó las alas. Parecía muerto, disecado. Muy frágil: pelaje grueso de ratón, color pardo. Pequeñas garras curvas en las patitas. Las puntas de las alas correosas. La fina membrana de vuelo. Articulaciones rojas prominentes. Los garfios negros de los pulgares extendidos. La cabeza achatada. Un hocico húmedo, brillante. Colmillos de vampiro diminuto. La boca aterrada de un recién nacido. Ojos atemorizados. Tanto miedo… Estaban más emparentados con los hombres que con los ratones. La misma estructura del esqueleto: brazo, radio, cúbito y muñeca. En las orejas en forma de embudo, el mismo cartílago. Órganos sexuales anatómicamente idénticos. Tetillas en el pecho. Un pene que colgaba hiera. Una o dos crías por año. Y al nacer también estaban casi totalmente desnudos.



Por un momento se planteó dar una clase sobre el murciélago. Presentar al curso nuevo un hemerófilo típico. El más pequeño de todos los mamíferos. Pero luego quiso librarse del bicho lo más rápido posible. Abrió la ventana. Y después, el frasco. El animal salió muy lentamente, se descolgó primero un poco, se estabilizó, desplegó las alas y desapareció en la oscuridad en dirección al garaje.

Inge cerró rápidamente la ventana y volvió a la cama. Solo cuando estaba amaneciendo se quedó dormida.

En el zaguán de la entrada cacareaban las chicas. En marcha. Se incorporó, se vistió y salió para hacerlas entrar en el patio del instituto.

—¡Firmes, formen fila!

La fila no estaba recta.

—¡Saquen pecho, metan pompis!

Dos chicas tuvieron que intercambiar sus puestos para que la fila quedara otra vez recta, y ellas en orden según su talla. La visión de conjunto lo era todo.

—¡A correr! Tres vueltas para calentar. Y nada de atajos. Ya saben que mis ojos lo ven todo.

¡Qué bueno era estar al aire libre!

—Hop. Hop.

Las chicas echaron a correr, atravesaron el patio contoneando su joven cuerpo, aunque ya algo lento, y desaparecieron detrás del edificio principal en dirección a la muralla de la ciudad.

Era casi increíble que precisamente ellas se hubieran impuesto en la lucha evolutiva. La selección natural era realmente ciega. Aunque ella les triplicaba la edad a esas memas, su estado físico era mil veces mejor. Las ganaría con una enorme ventaja. Carecían de toda tensión fundamental. Motricidad burda. Rollos de celulitis bamboleantes. Con esas no ganarían ni un tiesto de flores. Pero tampoco venían ya los muchachos de los cuadros del Partido a llevarse a una u otra de las potrancas del establo de Lohmark. Antes era diferente. El cuadro de honor aún seguía colgado en la entrada del pabellón polideportivo. Ella había insistido. Para que todos vieran lo que eran récords; números amarillentos. Los festivales deportivos de entonces: clavos en la suela de las zapatillas de correr que entraban de contrabando por la frontera. Las líneas blancas recién pintadas en la pista de ceniza. Gente que hablaba por los altavoces. A sus puestos. A los bloques de salida. Listas. Músculos tensos. Disparo. La salida lo era todo. Oro, plata, cobre. Cartón brillante bajo cintas de regalo rojas. ¡Cuántos tenía ella en su casa! Un cajón lleno. Cuerpos juveniles y musculosos que se estiraban hacia la línea de llegada y luego se precipitaban hacia delante por encima de la línea, tal y como habían visto en la

televisión. Por entonces, ella había entrenado a una serie de vencedores del Campeonato Distrital de la Juventud, e incluso a un ganador del Campeonato Regional de la Juventud. Siempre sabía detectar quién era bueno para qué deporte, más allá de los conocimientos deportivos. Los saltadores de altura con pértiga y los gimnastas tenían que ser bajos, los jugadores de baloncesto, en cambio, sumamente altos. Buen nadador solo podía ser quien tuviera los brazos largos y los pies enormes. Eso por un lado. Pero ella veía enseguida quién estaba dispuesto a subordinar todos sus intereses a un plan de entrenamiento estricto. Quién poseía la humildad y disciplina suficientes para en algún momento imponerse en la competición. Claro que hasta ese momento podían pasar años. Lo importante era canalizar las inclinaciones difusas hacia las vías adecuadas. Transformar talentos en campeones. Ahora ella ya podía darse con un canto en los dientes si les quitaba la costumbre a las chicas de darse de baja por enfermedad cuando les venía la regla. ¡Y que aún se atrevieran a organizar campeonatos mundiales cuando quedaban tantos talentos sin reconocer! Pero solo contaba el resultado, no el potencial.

Las primeras ya empezaban a entrar de nuevo en el patio con las mejillas rojas.

Comenzó a caer una lluvia titubeante y silenciosa. Enseguida pusieron cara de protesta. Nada de discutir. Recordar brevemente la bendición del fortalecimiento. Tomar impulso y caer en la arena húmeda. Algunas de las Gracias se quejaban de que en la pequeña pista había hojas. Como si se tratara de ganar oro olímpico. Para luego, cuando la pista por fin quedaba libre, seguir trotando sin ganas, sin que se notara ningún esfuerzo. Se dejaban caer en la arena cual sacos mojados. Así que eso era el futuro. Esas eran las madres de las generaciones venideras. Al menos, en teoría. Podían descuidarse así solo porque aún lo tenían todo por delante.

Todavía faltaban ocho semanas para las vacaciones de otoño. Giró la llave de contacto varias veces. El coche no emitió sino unos ronquidos sordos. Se bajó, abrió el capó, pero no descubrió ningún fallo evidente. Wolfgang pensaba que de todos modos le hacía falta un coche nuevo. No lo necesitaba. Debía de ser la batería. Ya le había pasado varias veces. Y ahora, justo el primer día. Pues nada. Iría en el autobús. Dejó el coche y se encaminó a la parada. Tres columnas de números en el horario. Mediodía. Tarde. Noche. El uno, el cuatro y el seis. Después ya no había. Hasta la partida del autobús uno aún quedaba tiempo.

Siguió el sendero que serpenteaba por el césped detrás del pabellón polideportivo hacia arriba, en dirección a la muralla, y avanzó un trecho bajo los castaños, bordeando la muralla desconchada de la fortificación. Los ladrillos carcomidos por la intemperie brillaban húmedos, y, en el suelo

enlodado, las hojas hinchadas por la lluvia elevaban sus dedos filamentosos. En las charcas se veían los erizos de las castañas, aplastados. Evaporación y precipitaciones. El ciclo hidrológico natural. Agua de camino al mar.

No era fácil distinguir qué casas seguían habitadas en la avenida de circunvalación. Todas con vista a las áreas verdes, a la muralla y al foso de la ciudad, un curso de agua maloliente, sin nombre. Huecos vacíos en la serie de casas. Construcciones de la época de los fundadores, embadurnadas, junto a fachadas a medio enlucir. Ventanas clausuradas con tableros de viruta. Restos de una casa derribada en una pared. Las paredes llenas de pintadas: Riqueza para todos. Alemanes occidentales a la mierda. Extranjeros fuera.

Solo la gran puerta de ladrillos del gótico desafiaba la ruina. Había sobrevivido a la guerra de los Treinta Años. Pero esto ahora ya no era una guerra. Era una capitulación. En la Hohe Strasse le salió al encuentro una mujer. Mayor que ella, vientre abultado, cara cérea. El pelo color amarillo cigarrillo recogido en un moño. Bajo el brazo llevaba un gran sobre cuadrado con radiografías. Era una de esas mujeres que se cambiaban la ropa interior solo porque temían ir al hospital. Un accidente. A su edad nunca se sabía. Mirada penetrante, casi exigente. No hacerle el menor caso. Mirada de águila pomerana. Aunque las dos fueran los últimos seres humanos sobre la Tierra, Lohmark no la saludaría. ¿Qué le importaba a ella la miseria ajena? Que la vieja vaya a satisfacer su necesidad de afecto en otro sitio.

En el mercado, frente al Ayuntamiento, había como siempre unos cuantos hombres que bebían en su tiempo Ubre. El último resto de lucidez también había que ahogarlo en alcohol. De pie en un pequeño trozo de hierba, uno de ellos orinaba contra un arbusto. El viejo truco de los niños, a quien yo no veo, no me ve. Su campo visual se reducía hasta donde llegaba su chorro de orina. El pene le colgaba libremente, una primacía de los primates. Ya era impresionante ver con qué concentrada impasibilidad se satisfacía esa necesidad. Una evidencia indecorosa. Libre como un animal. Un sexo más grande como compensación por la cola perdida. Seguro que los hombres se entristecían por no poder lamerse el sexo como los perros. Pero a cambio podían aferrarse a él con ambas manos. Una vida entera a dos. La desigualdad de los sexos. Ahí faltaba precisamente el segundo cromosoma X. No había forma de compensarlo. Con una morosidad sin miramientos, el hombre se abotonó el pantalón y volvió dando traspiés a donde había dejado su botella. No era un alcohólico delta.

Más bien un borrachín periódico. La esperanza es lo último que se pierde.

Por lo demás, la ciudad, o lo que había quedado de ella, se había adormilado en su siesta, silenciosa e irreal, como todo lo que los hombres abandonan. Antes se ponía a la gente en guardia contra los peligros de la superpoblación. Desde entonces seguro que había aumentado unos cuantos cientos de millones. Solo que aquí no se notaba nada.

Como aquella ciudad fantasmal en el desierto de Mojave, que habían visitado bajo el achicharrante sol de mediodía en un verano californiano particularmente caluroso. Hasta habían pagado una entrada. La única vez que ella y Wolfgang fueron allí a visitar a Claudia. Seguro que hacía diez años. Entonces les dijo que iba a regresar pronto, que solo quería terminar ese curso y antes mostrar a sus padres dónde había vivido el año anterior. Y se lo habían creído de verdad. Todos.

En el portón de entrada, una placa con los números de habitantes. Desde la fundación hasta el final. Desde unos cuantos centenares hasta cero. En el diminuto museo, una palangana esmaltada que conservaban como si se tratara de un fósil del yacimiento de Messel. Un folleto con los currículos de los que entonces habitaban la ciudad, escritos en un alemán disparatado. Fragmentos de frases apenas comprensibles. Europeos que habían ido allí en caravanas, o solos. Habían abandonado su patria ante la perspectiva de llevarse unos cuantos lingotes del metal precioso. Trabajo duro en las galerías de las minas en las que otros ya habían encontrado oro, plata, cobre o bórax. Nada era tan peligroso como abandonar el espacio vital natural. ¡Que el hombre no se detuviera ni ante el desierto! Su curva de tolerancia era realmente considerable. Podía sobrevivir casi en todas partes. Y forzosamente tenía que poner a prueba esa capacidad una y otra vez. Hacer alarde de la potencia ecológica. Las hormigas necesitaban miles de especies para colonizar el mundo entero. El ser humano lo hacía con un puñado de variedades.

El instituto quedaba un poco apartado. Una casita con entramado de vigas visible que por motivos inescrutables habían reconstruido a media escala después de un incendio. El interior parecía una casa de muñecas demasiado grande. Encima de la pizarra, un mapamundi. En el centro, América. Euroasia separada, a los lados. Una parte a la izquierda, otra a la derecha. Groenlandia era gigantesca. Un país blanco, tan grande como África. En las paredes, carteles con una serie de instrucciones para las profesoras: No fumar. No comer helados. Llevar puestas como mínimo dos enaguas. Cuando volvió a salir a la claridad, vio todos los grupos electrógenos de emergencia que abastecían de electricidad ese bastidor del desierto, por todas partes tienduchas donde se vendían *souvenirs* y piedras preciosas. Aunque las estacas de madera a las que en otro tiempo se ataban caballos siguieran estando allí, aunque detrás de la ciudad fantasmal aún se abrieran en el desierto de piedra, como ratoneras, las entradas de la antigua mina de plata, ella no lograba imaginarse, ni siquiera con la mejor buena voluntad, que en algún momento hubieran vivido allí hombres de carne y hueso, cuyos restos yacían ahora enterrados bajo los montones de cantos rodados y guijarros del cementerio. Todo aquello podía ser solo una maqueta. La maqueta de una aldea en medio de un desierto de piedra polvoriento, enmarcado por el panorama montañoso. Y para ver eso encima había pagado dinero. No, en verdad la historia no era su asignatura. Y

la historia natural no parecía desempeñar allí ningún papel importante. Puede que el desierto fuera interesante desde el punto de vista geológico, y un espacio vital importante para un puñado de plantas y animales. Pero la ausencia total de clorofila era profundamente perturbadora.

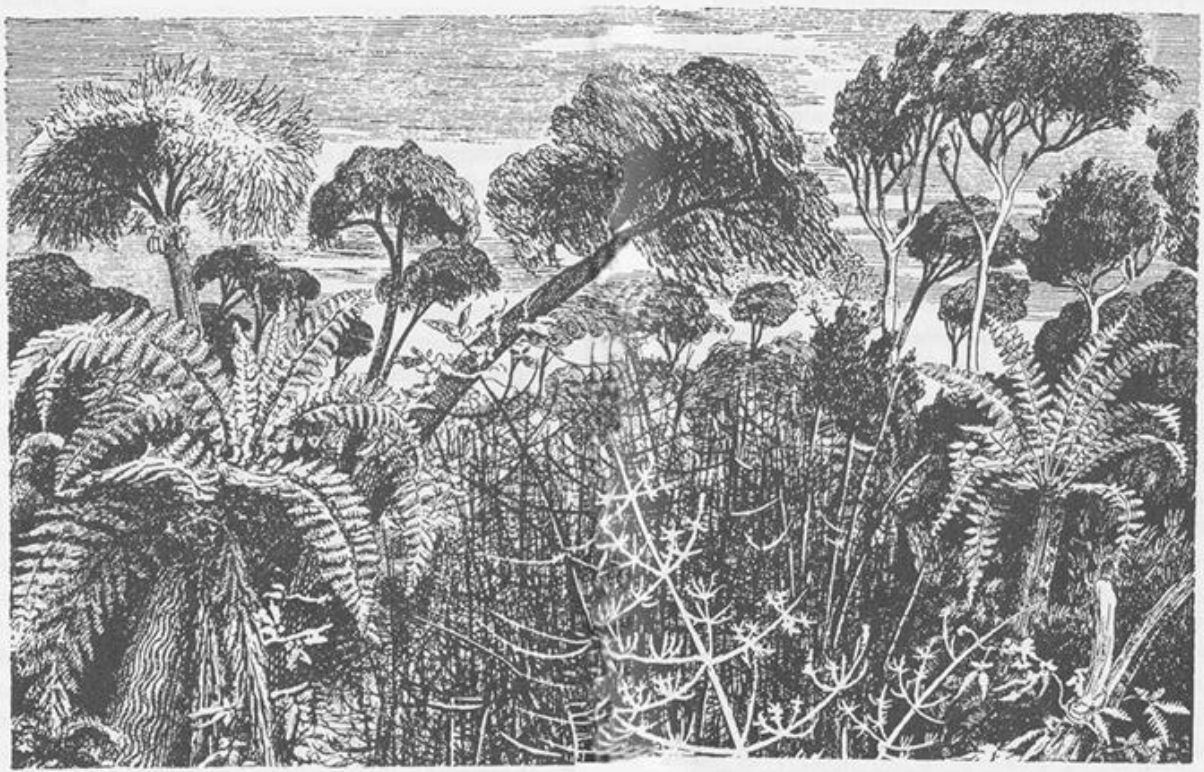
Aquí, tampoco esta ciudad se recuperaría de las oscilaciones de la población. Y más adelante pagaría para visitarla. Una ciudad en el interior de Pomerania occidental, que aparte de ser la sede de la administración del distrito no tenía nada que ofrecer. A orillas del angosto río, un rincón para tirar chatarra y escombros, una fábrica de azúcar y un museo. El mercado, un aparcamiento. Una o dos avenidas históricas. La iglesia sin torres, un gigantesco embrión del gótico de ladrillos. El centro mismo lleno de edificios nuevos, tecnología de construcción WBS 70, la versión más sencilla, sin baldosas y sin guijarros en el hormigón de piedras salientes. Primero habían sido saneados. Ahora estaban en su mayor parte vacíos. La nueva autopista, muy cerca. A solo media hora de distancia. A treinta kilómetros de ahí describía una curva cerrada hacia el este. Pero al menos aquí había algo: un batallón de flores de pensamiento frente al pasaje comercial. Una infantería de violetas. La medida de embellecimiento más reciente de las terapeutas ocupacionales. Hiedra común que trepaba por los balcones de las nuevas construcciones emperejiladas. Y había una gran cantidad de plantas que, sin intervención humana, habían encontrado su camino hasta esa colonia. Crecían espléndidas y casi inadvertidas: la poa anual, que con sus raíces planas ocupaba cada centímetro cuadrado sin construir. El llantén o la hierba de San Guillermo, que desde las lindes del campo había llegado hasta ahí, la plaza del mercado, el centro de la ciudad. Por entre las grietas del adoquinado se erguía la servil centinodia. Para no hablar del diente de león común, la planta que crece en todas partes y marcaba con exuberante potencia la esquina de cada calle. La vegetación salvaje estaba en todas partes. Las hojas blancas, afelpadas, de la artemisa. La alfombra vegetal de la pamplina o hierba gallinera. Los indestructibles cenizos. Una sorprendente riqueza de especies. Sobre todo en la Steinstrasse, donde las construcciones en ruina alternaban con edificaciones antiguas vacías. Casas en estadios ruinosos muy diferentes. ¡Alto! ¿No había vivido aquí la Bernburg? Habían arrancado el timbre, los letreros no podían descifrarse. La puerta estaba abierta. Del sótano subía aire frío. En el patio hasta florecía una siempreviva del monte. Una aquilea se alzaba entre un montón de escombros. Las falsas espigas de la cebadilla ratonera con aristas largas. La mala hierba nunca moría.

Aquí solo sobrevivía lo que proliferaba. Muy lejos de los cuidados arriates ornamentales, de los pequeños jardines mimados y otros biotopos secundarios laboriosamente arreglados.

La matricaria discoidea, las saginas, resistentes a las pisadas, la astuta grama, la conmovedora bolsa de pastor, hierba silvestre pertinaz, de

crecimiento recalcitrante. Era la reproducción lo que aseguraba la existencia. Aquí las polinizaciones complicadas no tenían ningún éxito. Todo tenía que ser rápido. Antes de que los contaminantes pudieran dañarla, la mala hierba ya se había multiplicado. Las semillas pegajosas del llantén de hojas pertinaces se adherían a las suelas de los zapatos. El helecho macho dejaba caer sus diminutas esporas. El diente de león hacía ondear paracaídas. Semillas llevadas por el viento. En caso de necesidad, la bolsa de pastor podía incluso autopolinizarse. De todas formas, los cambios de lugar no estaban previstos para las plantas. No tenían otra opción que quedarse aquí. Y le sacaban el máximo provecho. Invadían las superficies que quedaban libres, ocupaban los intersticios no utilizados, germinaban en las grietas de las placas de las aceras, echaban raíces en la tierra sucia de las escombreras, entre los restos de las construcciones. Lodo, cemento, mortero. No les importaba en absoluto. Todo lo contrario. Incluso la tierra más seca y rica en cal constituía un suelo nutritivo suficiente para esas empedernidas representantes del frente verde.

Las plantas con tallo eran simple y llanamente infravaloradas. Mientras cursaba sus estudios, Inge Lohmark tampoco había logrado entusiasmarse por el reino del verdor. Operarios serviles de la fabrica de fotosíntesis. Aún por definir en innumerables ejercicios. Siempre había que contar. Cuántas hojas tenían, cuántos estambres y tallos desnudos; equisetos, licopodios y helechos, gimnospermas y angiospermas, dicotiledóneas y mouocotiledóneas, fabáceas y crucíferas, Limiáceas y asteráceas. Alternas, fasciculadas y decusadas. Frutos. Forraje. Medicamentos. Ornamentación. Los distintos órganos de la fotosíntesis. Puesta en marcha de la gran circulación, motor del metabolismo. Las plantas convertían las sustancias pobres en energía en otras ricas en energía. Con los animales era distinto. Simplemente, no éramos autótrofos. En cada pequeña hoja, en cada minúsculo cloroplasto ocurría cada día el milagro que nos mantenía con vida. Epidermis, cutícula, parénquima. Si fuéramos verdes no necesitaríamos comer, ni hacer la compra, ni trabajar. Bastaría con tumbarse un rato al sol, beber agua, aspirar dióxido de carbono y todo, absolutamente todo, estaría solucionado. Cloroplastos debajo de la piel. ¡Sería maravilloso!



La vegetación muda, paciente. Maravilloso. Podían comunicarse sin lenguaje y eran sensibles al dolor sin tener sistema nervioso. Supuestamente, hasta tenían sentimientos. Lo cual no sería, claro está, ninguna ventaja. Tal vez eran superiores a nosotros precisamente porque salían adelante sin sentimientos. Algunas plantas tenían más genes que el ser humano. La estrategia más prometedora para llegar al poder aún seguía siendo ser infravalorado. Para luego, en el momento apropiado, pasar a la acción. No había que olvidar que la flora se hallaba al acecho. En zanjas, jardines e invernaderos, las plantas aguardaban la hora de intervenir. Pronto recuperarían todo. Con tentáculos que producían oxígeno se apoderarían nuevamente de los territorios mal utilizados, se enfrentarían a la intemperie, con sus raíces reventarían el asfalto y el cemento. Enterrarían los restos de la pasada civilización bajo un tupido manto de hierba.

La devolución a los antiguos propietarios no era ya sino una cuestión de tiempo.

Ortigas hambrientas de nitrógeno, que se complacían en la tierra menuda, donde los retoños lignificados de las clemátides formarían pronto una espesura impenetrable. El suelo recubierto de helechos, con las hojas extendidas. Medio frescas, medio podridas. Hongos, líquenes y musgos que crecían incluso en el asfalto. Espoleados para la eternidad. Un manto de silencio. Todo llevaba ya en sí la simiente de la futura naturaleza, del futuro paisaje, del futuro bosque. ¿Áreas verdes planeadas por el hombre? ¿Laboriosa reforestación? ¡Aquí trabajaba un poder más grande! Nadie podía detenerlo. En algún momento, al cabo de unos cuantos siglos, crecería aquí un imponente bosque templado de frondosas. Y de todos los edificios quedaría, a lo sumo, la iglesia, ahuecada, un esqueleto de ladrillos, una ruina en el bosque. Espléndida. Había que pensar con mayor amplitud, por encima de la ínfima escala humana. ¿Qué era el tiempo? La peste, la guerra de los Treinta Años, la evolución humana. La primera fogata en las cavernas de los homínidos. Todo eso estaba solo a un pestañeo hacia atrás. El hombre era un fugaz incidente sobre base proteínica. Un animal realmente asombroso, de acuerdo, que se había instalado por poco tiempo en este planeta y que al final, como otros seres maravillosos, desaparecería. Descompuesto por gusanos, hongos y microbios, o bien enterrado bajo una gruesa capa de sedimentos. Un fósil divertido. No desenterrado ya por nadie. Las plantas, en cambio, quedarían, estaban ahí antes que nosotros y nos sobrevivirían. Este lugar todavía era una ciudad que se reducía, la producción se había paralizado hacía tiempo, pero los verdaderos productores estaban ya manos a la obra. No era la ruina lo que desolaría este lugar, sino la total vuelta al estado silvestre primitivo. Una incorporación proliferante, una revolución pacífica. Paisajes florecientes.

El autobús debía llegar pronto. En la parada ya se habían reunido los alumnos que iban a viajar en él. También varios de su curso. Kevin, Paul, el gordo y las dos Gracias del banco destinado a los peores alumnos. La tenían tomada con Ellen, la víctima propiciatoria del sacrificio, que con su aspecto pusilánime no debía de extrañarse de que la eligieran. Se imponía el derecho del más fuerte. Siempre era cosa de dos. Inge ya escuchaba los lamentos: ¡*Frau* Lohmark, *Frau* Lohmark! Pero Ellen se había equivocado de destinataria. Solo uno mismo se acababa convirtiendo en víctima. La compasión necesitaba seis minutos. Y Lohmark no quería esperar tanto tiempo. Además, en principio no hablaba con los alumnos fuera de clase. Al mediodía se separaban sus caminos. Ese lugar ya no era su territorio.

Erika estaba un poco apartada, erguida con la mochila entre los pies, la pierna derecha doblada, un hombro más alto que el otro. La cara asimétrica como una hoja de olmo. Vista de lado, casi podía tomársela por un chico. Llevaba puesta una cazadora azul marino, delgada, raída. Por las mangas blancas asomaban sus dos tiernas muñecas. La mano izquierda, un puño semiabierto. Con unas castañas que hacía girar. Miraba con gran calma algo al otro lado de la calle. Pero era imposible que pudiera leer desde ahí la placa conmemorativa que había encima de la puerta de entrada. Además, no tenía importancia. La barbilla denotaba energía. En la mejilla, una mancha blanca. Un nevo. ¿De dónde procedía? Un accidente al nacer. Un fórceps que se deslizó. Una cicatriz mal curada. ¿Qué le importaba eso a ella? Podría ser su hija. ¡Qué va!, su nieta. ¿De dónde le venía ahora esa idea absurda? ¿Cómo lo había hecho Kattner? Galanteo. ¿Cómo había conquistado a la chica? De verdad podría ser su nieta. Al fin y al cabo, tenía una hija. A veces se le olvidaba que tenía una hija. ¿Qué cosa, por Dios santo, qué se le había perdido allí a Claudia? Ella jamás lo entendería. Tampoco era algo que pudiera entenderse. Primero solo le había interesado un examen de fin de curso, luego un viaje, finalmente un hombre y luego un trabajo. Primero desapareció el hombre, luego el trabajo y con los años también los otros motivos. Hacía tiempo que Claudia ya no reaccionaba cuando Inge Lohmark la interrogaba. Y en algún momento había dejado de interrogarla, para que las conversaciones telefónicas, ya bastante escasas, no se volvieran todavía más escasas. De vez en cuando llegaba un correo electrónico. Breves señales de vida. Muchos saludos. Ninguna noticia. Y sobre todo ninguna respuesta. Lo tenía crudo con lo de los nietos. Claudia tenía treinta y cinco años. A esa edad la ovulación ya no se producía regularmente.

Entretanto habían cercado a Ellen. Kevin como jefe de la manada. El gordo sonreía con malicia, contento de que lo dejaran participar en el juego. La empujaban un poco de un lado para otro. Le quitaron la diadema de la cabeza. La verdad es que ya eran demasiado mayorcitos para esas chiquilladas. Puro aburrimiento. Y ella era tan tonta que se prestaba a sus juegos y corría

detrás de ellos. La diadema del pelo en el suelo sucio. Kevin que la empujaba. ¿No podía llegar el autobús de una vez por todas? Si la cosa continuaba, ella tendría que intervenir. Ellen gimoteaba, cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás. La postura de defensa pasiva. Pero la inhibición de ataque no existía en el ser humano.

¡Qué extraño era el pabellón de la oreja de Erika! Hélix anguloso. Cartílago marcado. Extraña formación. Pelusilla blanca en los lóbulos fuertes.

Erika gira la cabeza y la mira. Casi indignada. ¿Qué le pasaba ahora a esa? ¿Qué quería? Esa mirada penetrante. ¿Por qué la miraba fijamente tanto rato?

Por fin llegó el autobús. Todos se precipitaron hacia él. Erika dejó caer las castañas y subió tranquilamente. ¡Qué presumida era esa chica! Inge Lohmark procuró ser la última en subir.

Al cabo de unos minutos habían abandonado el centro de la ciudad y rodaban por la periferia, por delante de superficies publicitarias, garajes con tejado plano, la colonia de huertos con casitas y los aparcamientos de las grandes superficies. Pronto estuvieron en la comarcal que llevaba al interior. Un gran letrero a un lado de la carretera: Este no es un lugar para morir. Unas cruces de madera y unos animales de peluche sucios en la cuneta decían algo diferente.

A la derecha, el intento fallido de transformar un viejo vagón de ferrocarril en un chiringuito estilo americano. A la izquierda la antigua granja, administrada por gente llegada de otro sitio. Los oriundos de la gran ciudad no podían abandonarla. No se daban cuenta de que solo mantenían viva esa zona artificialmente, con su importado entusiasmo por amplitudes indómitas y casas no revocadas. E incluso por la taciturnidad de los lugareños. Lo habían intentado durante unos años, se quejaban de que no pertenecían a la comunidad; hasta que en algún momento cayeron en la cuenta de que nunca pertenecerían a ella porque aquí ya no había ni pertenencia ni comunidad. No se dejaban comprar ni siquiera con leche biológica o centros culturales. Este no era un lugar para morir. Pero tampoco para vivir. Cada cual iba a la suya. Había que desconectar los respiradores artificiales. Adelantos de la medicina. ¿Querría ella que la mantuvieran viva artificialmente? Como a su madre, después de que le extirparon la matriz y los ovarios. Por precaución. Pero ya no había nada más que hacer por precaución. Ruidos como los de un surtidor de interior. Máquinas que hacían gárgaras. Monitores que chirriaban. Cada cuarto de hora le tomaban el pulso. La mierda caía directamente en una bolsa. Eso era práctico. Acariciar las manos como en la televisión. Algo había que hacer, de todos modos. Quizá ella también debía firmar un papelucho de esos, una declaración de voluntad. ¿Cómo se llamaba exactamente? El autobús salió de la comarcal y pasó por las tres aldeas describiendo un lazo. Perlas alineadas en una acera de placas de piedra o de cemento. Aunque no tenían nada ornamental. Los coches que venían en dirección contraria eran desviados por

unas calles laterales. Sí, eso era: testamento vital. Algo así haría ella. Debería haberlo hecho tiempo atrás. Nunca se sabía. A su edad. Nada era seguro. No había nada seguro.

Extraña, esa pequeña hondonada en la nuca de Erika, entre los hombros caídos. El pelo en desorden. Protuberancias vertebrales por encima de la capucha colgante. Huesos debajo de la piel blanca, y encima el delicado encaje de las sombras de las hojas: finas estrías alternaban con nubes ensortijadas. De pronto se puso en pie. ¿Por qué se levantaba? Eso es. El autobús se detuvo. Era la última de las tres granjas, unas cuantas casas en el linde del bosque. Todas habitadas, eso sí. Al menos, eso parecía. Gallinas detrás del cerco de tablas. Cuidado con el perro. ¿En cuál de ellas viviría? ¿Tendría hermanos?

¿Sería de allí? Fue la única en bajar del autobús. Caminó por la calle muy lentamente. La mochila colgada de un hombro. Daños posturales preprogramados. Y el autobús siguió avanzando. Una curva. Ya no se la veía.

En el cristal de la ventanilla correteaba un saltamontes que abría sus alas de un verde brillante, iba de un lado para otro, en busca de una salida.

Hacía años que ella no viajaba en el autobús escolar. Desde ahí arriba todo se veía distinto, casi hermoso: los tilos de la alameda, que desde los bordes carcomidos del asfalto se inclinaban hacia el centro de la calle. Terrenos baldíos con topineras. Zanjas con tuberías. En las praderas húmedas, abedules grises que no habían sobrevivido a la última inundación. Tela metálica agujereada frente a corrales vacíos y cobertizos de chapa ondulada. Un paso a nivel sin barreras, balasto reciente para rieles viejos. En un pastizal había ganado Holstein entre la tierra recién removida. A lo lejos brillaban unos graneros. Unas gaviotas tomaban el campo por el mar. Aquí y allá un camino alquitranado llevaba a alguna granja lejana a través de campos plantados con frutas diferentes. Charcas en huellas de tractor abombadas, montañas de neumáticos de coche, antiguos colectores de estiércol líquido. Escombreras abandonadas. Un paisaje desordenado, trabajado con máquinas, un mosaico de monocultivos. Escarificación del suelo. Regulación del agua. Ingesta de sustancias nutritivas. Plantas forrajeras y animales útiles. Éxitos en la crianza y producción de plantas. La socialización prescrita de los organismos para incrementar el valor de rendimiento. Ya no había naturaleza. Hacía tiempo que el paisaje era cultivado. Los altos álamos en el campo deportivo de la ciudad. El estanque con bojes. Adoquinado. Bienvenido a casa. El autobús se detuvo.

Frente a la parada del autobús, como de costumbre, unos adolescentes mataban el tiempo provocándose unos a otros con insultos, fumando, bebiendo licor. No era de extrañar que ninguno de ellos hubiera conseguido ingresar en el Darwin. El asfalto lleno de salivazos. Los chicos de esa edad tenían a todas luces una relación particular con su saliva. Lo primordial, la savia corporal.

En el supermercado se había instalado hacía poco una empresa de mudanzas. «¡A toda Alemania!». Las letras rojas estaban pegadas a los cristales. Con signos de admiración. En el aparcamiento los camiones amarillos, tan grandes que en cada uno de ellos cabía una casa entera. Vivir en un camión. Hoy cualquiera podía llevarse todo sin problemas. Pero ¿adónde? Ella se quedaría aquí.

Detrás de la tela metálica el terreno en el que antes se alzaba la casa, y el pajar que se incendió justo un año después de que un dermatólogo de Sauerland lo hubiera saneado invirtiendo mucho. En el aparcamiento la pequeña tribuna para las solemnidades y entregas de premios a los ganadores, banderas rojas. Olor a lilas. Salchichas y cerveza. La alcaldesa, que pronunciaba un discurso. Sus gigantescos senos detrás del documento. Un fuerte apretón de manos. De todos modos, con semejante pórtico era imposible pensar en un abrazo. La numerosa prole. Hijos a porrillo. Partidos de fútbol y reuniones de brigadas del trabajo socialista. Condecoraciones para los adultos. Insignias para los niños. Meritorios activistas del trabajo. El número de casa dorado para una fachada recién enjalbegada. ¡Todo el mundo fuera para celebrar el Primero de Mayo! Durante un invierno Claudia había jugado con la hija de la alcaldesa, una chica pálida, silenciosa. Hasta que, mientras construían un iglú, Claudia le destrozó un hueso metacarpiano con un carámbano de hielo. Claudia había contado que en el dormitorio colgaban solo fotos de mujeres pechugonas. ¡En realidad era asombroso que Claudia hubiera contado algo semejante! El marido de la alcaldesa era camionero, un auténtico armario ambulante. Y la alcaldesa se había presentado enseguida con una radiografía. Aunque solo había sido una fisura leve. Algo así podía ocurrirle a cualquiera mientras jugaba. Por entonces vivían en el edificio nuevo. Dos habitaciones y media con calefacción de estufa. Y allí, junto a la pequeña tribuna, había estado la sirena. Sonaba una vez por semana, poco después de la siesta. Pese a la costumbre, cada vez suponía un *shock*. Un aullido que se prolongaba. Cada vez el susto y la desagradable sensación de que reinaba la paz. Una paz que no era evidente, un peligro que era invocado una y otra vez. Y luego fue solo un simulacro. En el supuesto caso de que… ¿Acaso no estás a favor de la paz? En algún momento, en los años noventa, la habían desmontado. Y la sensación de estar aquí y ahora se esfumó. Seguir con vida. Una semana entera otra vez.

Habían repartido la aldea. Los que se quedaron ocupaban el centro. Los venidos de fuera, las lindes del campo. Allí estaba su casa, que apenas merecía ese nombre. El dinero solo había alcanzado para una caja de cartón que un *bulldozer* y un tractor habían construido en unos cuantos días con piezas sueltas. Extraño: primero uno esperaba toda su vida una conexión telefónica. Y luego resulta que en tres días se construía una casa. Las paredes eran delgadas. Cuando alguien bajaba por la escalera, se oía un chacoloteo en el

sótano. De todas formas, tenían vista al campo. La fachada estaba cubierta de hiedra. El escondite de una colonia de gorriones. Bastaba con palmotear y al punto salían volando.

¿La llamaba alguien?

Por supuesto, Hans. Siempre intuía alguna visita. Y para él visita era que alguien pasara junto a su cerca. Justo estaba saliendo del invernadero que había fabricado con restos de ventanas de madera. Llevaba una rama de tomate en las manos. Arrastraba los pies al caminar. Como siempre, tenía todo el tiempo del mundo.

—¿Tienes el coche averiado?

El intermitente.

—Sí, sí, la batería.

Hizo un gesto de rechazo con la mano.

—Sé lo que es. Antes tenía coche. Pero se le sumaron otras cosas. Siniestro total, me dijeron. Pero no parecía averiado totalmente. Son unos perros. Se limitan a decirte siniestro total, y ya está. Y eso que el coche iba muy fino, era una auténtica joya.

En el campo ya cosechado de detrás de su jardín se veían las pacas de paja dispersas. Cables eléctricos que colgaban debajo del vasto cielo. La última vez que le había contado lo del coche fue cuando el hijo de Thiele murió en un accidente automovilístico. Diecisiete años. No tenía permiso de conducir. A doscientos kilómetros por hora. Algo así no se le desea a una madre. Aunque el chico tampoco valía gran cosa.

Ella conocía todas sus historias. Eso no era lo importante. Hablar con Hans una vez al día era una buena obra. Así él podía imaginarse que existía. No lo molestaba el hecho de que ella estuviera allí solo porque él era un pobre diablo. El pobre diablo era su capital. Y se complacía en su autocompasión. Y esta era la oportunidad, el punto culminante de su día.

—¿Sabías que las abejas salvajes son más trabajadoras que las que producen miel? Porque no viven en colonias, sino solas. O bien en viviendas comunitarias.

¿Qué quería decir con eso?

—Pero todas mueren, las abejas. A ti no necesito decirte lo que eso significa. Cuando las abejas mueren, los hombres aún tienen cuatro años más.

Siempre esa mirada de conjurado mundial.

—¿De dónde has sacado eso?

Él mantenía la cabeza ladeada.

—Leo el periódico, escucho la radio. De todas formas siempre estoy haciendo algo.

Como si eso fuera una hazaña. Aunque en efecto era una hazaña. ¡Qué esfuerzo tan agotador debía de ser aquello! Quedarse sin una función en la vida. Existencia inútil. A costa de otros. Eso se daba solo en los humanos.

—Percibo el mundo exterior a través de la membrana de los medios. —Se llevó la mano a la oreja y escuchó.

En la ventana de su sala de estar había dos termómetros exteriores. Por seguridad. Quería al menos controlar la temperatura. De noche salía a pasear por el campo con su gata roja atigrada. A veces decía: Elisabeth y yo… Elisabeth y él.

Estuvo casado con una ucraniana que había puesto pies en polvorosa hacía tiempo. Por dinero, que él había despilfarrado hacía tiempo. Nunca hablaba de ella. Probablemente ya ni siquiera pensaba en ella. En cierta ocasión se puso a dar vueltas por la aldea con una muñeca de goma, borracho como una cuba. No tenía hijos. Los animales se encontraban al menos transitoriamente para el apareamiento. Se juntaban una temporada para incubar. Él se había arruinado especulando. Siempre se arruinaba especulando. Pero no podía dejarlo. ¿Por qué habría de dejarlo? ¿Tú no quieres invertir? Quiero decir, cinco mil euros, no es nada, ¡adelante! Él simplemente estaba ahí, en su casita de barro, la única casa maciza de la colonia, una cueva que más parecía un garaje que una vivienda. Un sótano para dedicarse a sus aficiones con bancos y cuadros pintados por él mismo. Él se había quedado fuera. Para siempre. Nunca más tendría una oportunidad.

Elisabeth llegó, se arqueó pegada a sus pantorrillas y se sentó sobre los pies de su amo; se comportaba como un perro.

—Y aunque me he retirado por completo de la vida pública, no hago tonterías.

¡Vaya, vaya! Como si fuera un mérito. Inge ya tenía bastante, quería irse.

—Espera un momento.

Hans se inclinó, acarició a la gata y levantó algo.

Un tornillo oxidado. Lo sopesó brevemente, lo lanzó al aire, volvió a atraparlo y abrió su mano.

—¡Ah, ves, aún puede utilizarse! —Y se lo guardó en un bolsillo de sus tejanos desgastados.

Se sentía satisfecho. Su día estaba salvado. Había conseguido un buen botín, que se llevaría a su guarida, junto a las otras cosas que podrían utilizarse algún día. A su almacén de reserva. Una vida de reserva. Hans el afortunado. Pobre diablo.

—Que pases un buen día, Hans.

Ya había recibido su ración.

—Me gusta que pronuncies mi nombre. Me hace bien. No ocurre a menudo. —Apretó los párpados—, ¿Sabes?, nadie habla con uno. La gente ya simplemente no se habla.

Naturalmente, se refería a sí mismo. Seguía siendo el mismo de siempre. Cuando le daban la mano cogía el brazo. Pero ahora de verdad.

Ella se fue sin más. Hans ya estaba acostumbrado.

De nuevo ese cansancio; se prepararía un café. Wolfgang seguía con sus avestruces. Había tiempo hasta que llegara a casa. Elisabeth se paseaba por el jardín. A lo lejos, las aspas rojas y blancas de los molinos de viento y las señales intermitentes de la torre de la radio.

El asunto del correo electrónico tenía dos palabras. De pronto sintió el corazón en el cuello, el músculo que palpitaba: «Just married». Esas palabras las entendió incluso Inge Lohmark, aunque no sabía inglés. De modo que *just*. Hizo un clic en la línea subrayada. Ahí estaba la foto. Una pareja sonriente, ambos de blanco. «Steven and Claudia». Debajo unos aros cruzados y dos palomas que se frotaban los picos. Aves de tarjeta de enhorabuena. Anunciadoras de la paz bajo el arco iris. Y eso que eran conocidas por su afición a picotearse. Solo una crianza endogámica anormal les había dado ese aire de inocencia.

Se retrepó en su asiento. Sobre la mesa se apilaba el material de enseñanza. Encima de todo, el plano de distribución de los asientos en el aula del noveno curso. ¡Qué desordenado se veía aquello! Tantas letras diferentes, difíciles de leer. I Algunas apenas podían descifrarse. Y abajo, en el margen, estaba el sitio de la mesa del profesor. Allí tenía que escribir su nombre. Los párpados le pesaban, los ojos se le cerraban, pero por todas partes había hilachas que se alejaban y volvían a aparecer. La boca seca. Sensación de estrechez en el cuello. Inge Lohmark tuvo la sensación de estar comiéndose una trufa de chocolate.

PROCESOS DE TRANSMISIÓN HEREDITARIA

Las grullas seguían allí. En el campo detrás de la casa, donde había una hondonada. Llevaban semanas instaladas en las rastrojeras y dormían sobre sus patas de aves zancudas sumergidas hasta los tobillos en el agua de los estanques cercanos. A la luz del amanecer eran una multitud de puntos grises que se movían de un lado para otro. Solo gradualmente se iban perfilando como animales ante el paisaje oscuro. Una bandada que caminaba de forma desmañada y aumentaba cada día. Aves que no se conocían entre sí, una asociación anónima que se mantenía unida por una meta común: las costas de Andalucía y de África del Norte. La retaguardia de la migración de las aves de Europa Occidental con destino al Mediterráneo. El aire era amargo y húmedo. En el alféizar de la ventana ya había escarcha. Nunca se habían quedado tanto tiempo. Mediados de noviembre ya. Parecían inquietas, como si esperasen algo. ¿Sería la inquietud de la migración? ¿Se marcharían finalmente algún día? ¿Desplegarían sus alas desflecadas y alzarían el vuelo con las patas pegadas al cuerpo y el cuello estirado hacia el cielo, emitiendo una especie de trompetazos y formando una falange irregular en el cielo? Una flecha curva hacia el sur. Quedaba un enigma: saber cómo se orientaban, ¿por el sol?, ¿por las estrellas?, ¿por campos magnéticos? ¿Tendrían una brújula interna?

El aliento de Inge Lohmark subía en forma de vapor. Hacía frío. Seguro que estaban bajo cero. ¿A qué esperaban? ¡Qué bueno debía de ser seguir un instinto! Sin razón ni entendimiento. Cerró la ventana.

Wolfgang seguía con sus avestruces y había dejado a medio poner la mesa para el desayuno. Unas migajas delataban dónde había desayunado. En la silla de Inge había un ovillo. Un mono verde arrugado, una camiseta y unos calcetines deportivos azules. Su manera de pedir ropa limpia. Tenía que ser de nuevo un mono verde, porque el cerebro de esos animales era demasiado pequeño para recordar caras. Si llevara ropa de otro color, no lo reconocerían. Pero eso no se podía decir, él jamás lo aceptaría. Para Wolfgang eran los animales más inteligentes del mundo. Estaba perdidamente enamorado de ellos, de sus pestañas pintadas por la naturaleza. Y porque ellos estaban emocionalmente unidos a él. Siempre y cuando llevara puesto un mono verde, en cualquier caso. Error de acuñación total. Aquello iba tan lejos que las hembras solo se dejaban cubrir cuando él estaba presente. Y eso no le gustaba nada al macho. Cada vez se esponjaba y arremetía contra él bufando. Gestos amenazadores del fecundador. Un macho que durante el período de incubación defiende su territorio era igual de peligroso que un toro que vigila a sus vacas.

Que Wolfgang pensara siempre que aquello no funcionaría sin él… Solo porque antes había inseminado a todas las vacas con sus propias manos. Cierto dominio aumentaba la disponibilidad a concebir. Y de todas formas, el apareamiento era un combate. En la mayoría de las especies de vertebrados el acto sexual iba acompañado de unos ruidos horribles. Bastaba con recordar el lamentable maullido de los gatos.

En cierta ocasión, Wolfgang no fue lo bastante rápido y los dos dedos cartilaginosos de un pie de ave corredora le dieron un fuerte golpe en el pecho. La noticia salió incluso en el periódico.

Una vez más había llenado el cajón de las verduras de la nevera con huevos de avestruz, del tamaño de una nuez de coco. ¿Quién iba a comérselos? Las células animales más grandes que existen. Una tortilla para una clase entera. No era de extrañar que esos animales vivieran precisamente donde aún había familias de cien individuos. Pero ¿para ellos dos? Con uno era más que suficiente. Además, un huevo así no se conservaba mucho tiempo. Cada vez comían menos juntos. Ella almorzaba al mediodía en el instituto, donde tía Anita. Él en la cabaña, donde también preparaba la comida de los animales. Con frecuencia llegaban visitantes interesados. Y cada dos o tres semanas alguien del periódico *Ostsee-Zeitung*, y él se pasaba horas hablándole al periodista sobre la cría de avestruces, que si los cuellos de los machos perdían su coloración rojiza después de la época de apareamiento, que si un avestruz

gritaba como lamentándose cuando se sentía abandonado, que si los avestruces jóvenes crecían un centímetro por día, que era muy importante, cuando eran polluelos, mezclarles en la comida piedrecillas redondas para ayudar a sus poderosos músculos estomacales a triturar la hierba cortada, y que había unos cuantos restaurantes en Berlín que pagaban bien por carne de avestruz. Sobre todo pedían muslos. Al parecer, era la carne más sana del mundo. Magra y baja en colesterol. Él afirmaba siempre que sabía a carne de vacuno, pero esa idea solo podía deberse al hecho de que también era carne oscura. El estímulo visual involucra al gustativo. Sin embargo, aparecía en cada artículo. Wolfgang Lohmark era el héroe del suplemento regional. Al fin y al cabo, era uno de los triunfadores que había empezado como técnico veterinario de la antigua producción de animales hasta convertirse, en su tiempo libre, en un campesino autónomo que criaba animales exóticos con los que se podían hacer fotos estupendas: polluelos de avestruz rayados a la luz de lámparas rojas. Avestruces trotando. Avestruces bailando en la época del celo, avestruces en la nieve. Y encima los titulares: AVES GIGANTESCAS EN LA ESTEPA DE POMERANIA OCCIDENTAL. INCUBACIÓN EN GRANJA DE AVESTRUCES. ESTE HUEVO ALCANZA PARA VEINTICINCO PERSONAS. MACHO AGRESIVO ATACA A CRIADOR DE AVESTRUCES.

Había recortado y enmarcado todos los artículos. Colgaban en su sótano. En la sala de estar no tenían nada que hacer. Al fin y al cabo, los avestruces no formaban parte de la familia.

Mientras se limpiaba los dientes, miró una vez más las grullas. Las últimas aves habían abandonado también sus lechos húmedos y se arreglaban el plumaje, sacudiéndose; estiraban el cuello, comprobaban el viento y la temperatura. Ahora podían distinguirse incluso las patas negras sobre las que recorrían el campo con dignidad y ligereza. Ni punto de comparación con el contoneo de los avestruces. Aquí eran aves zancudas. En sus cuarteles de invierno, aves residentes. Una doble vida. A lo sumo tres días más y se marcharían. El cálculo era simple. Cada comportamiento exigía una inversión determinada de tiempo y energía. Y esa inversión solo valía la pena si el beneficio esperado era mayor que ella. Siempre se trataba de efectividad. En todo orden de cosas. Seguro que el lugar al cual volarían era hermoso. El mar Mediterráneo. ¿Qué hora era? Tenía que irse.

En la parada estaba Marie Schlichter. Leve meneo de cabeza. La cabeza hundida en la nuca. Nariz respingona. Encima del caballo. El cerebro era una fruta caída, idealmente empaquetado en el cráneo. Hija de médico. Venidos de fuera para olfatear aire de campo. Pero Marie Schlichter no olfateaba. ¿Respiraría realmente? ¡Qué nerviosa parecía! Todo eso era una exigencia. La juventud como período de incubación de la vida. Esperar el autobús escolar. Esperar el permiso de conducir. Esperar poder irse de nuevo. El vano

convencimiento de que lo mejor aún estaba por llegar. Si no se equivocaba. Pero al menos cerraba el pico.

El autobús llegó puntualmente y, como siempre, estaba casi vacío. Todos ocuparon sus sitios acostumbrados. Marie Schlichter delante. Inge Lohmark en la penúltima fila. Donde el motor diésel rugía con la máxima furia, superando el ruido que a lo sumo cinco paradas después sería ensordecedor. Ella había trastocado el orden en que se sentaban, al expulsar a Paul y a sus amigos del último banco. Ahora, la jauría de gamberros con retraso en la pubertad se repantigaba en el centro del campo. Por supuesto que había habido miradas de curiosidad. Todos se habían preguntado por qué ahora ella viajaba todos los días con ellos en el autobús a través de la campiña. Pero muchas cosas hablaban en favor de que no viajara sola. El simple peligro de accidente. Con la cantidad de idiotas para quienes la vida no valía un ardite. Por no hablar de la caza mayor. Todos los corzos y jabalíes que en el crepúsculo matutino se quedaban mirando fijamente y con ojos vidriosos la luz de los faros de los vehículos que se acercaban y no se movían de donde se habían parado. En esos casos había que detenerse, de lo contrario el seguro no pagaba. La región estaba llena de pasos utilizados por los venados. Por todas partes había construcciones elevadas. Casetas de madera alzadas sobre altos postes a las que conducían escaleras empinadas. Casas para adultos en los árboles. Al fin y al cabo, antes ella viajaba siempre en autobús, al instituto y a la capital del distrito. Y en el otoño iba a menudo con Wolfgang al norte, donde estaban las grullas. Primero en autobús. Luego en tren. Después otra vez en autobús. Paseos interminables, sendas coloreadas por el otoño. Con termos y bocadillos. Hasta que por fin descubrían el lugar donde se reunían las grullas. Trepaban a una construcción elevada y simplemente se sentaban uno al lado del otro y observaban a las aves. Durante horas. Eso le había gustado de él, que no tenían que hablar. Y él también parecía alegrarse de lo mismo. Su primera mujer hablaba por los codos. No podía cerrar el pico todo el santo día. Y Klaus, el hombre con el que ella había vivido antes, siempre quería discutir. De política. Sobre el gobierno y el futuro. A medida que hablaba se enfurecía cada vez más, y ella se cansaba y en algún momento tenía dolores de cabeza, y Klaus, una cabeza roja como la de los hombres en traje de perlón, con un clavel en el ojal, cuando en alguna tribuna, bajo las banderas del futuro, hablan sobre un mundo que se han imaginado: con trabajadores eficientes, planes cumplidos y medios de producción mejorados. «Según como trabajemos hoy, viviremos mañana». Nunca se sabía si eso era una amenaza o una promesa. Tal vez ambas cosas. En algún momento Klaus había puesto pies en polvorosa. Aunque hacía tiempo que ya no estaban juntos. De todos modos la interrogaron. Tres horas y media. Ella conocía eso. Unos caballeros cuidadosamente afeitados. Trajes elegantes. No esos de los trajes de perlón. Allí sentados con aire muy serio. Café y tartas. Y luego simplemente no

querían irse. No tenía por qué reprocharse nada. Otros también habían informado. Y unos cuantos informes no habían perjudicado a nadie, y que ahora eso se propagara tanto e inútilmente. Hasta Kattner había tenido que hablar con ella del asunto. Y eso que él mismo no era del todo intachable. Hacía semanas que iba llamando a su oficina a cada uno de los colegas, y luego nadie podía decir nada. Hans dijo una vez que antes al menos la policía secreta de la RDA se había interesado por él. Cuando se sentía particularmente solo, leía sus actas. Se consolaba pensando en lo importante que había llegado a ser en alguna ocasión. Al menos para unos cuantos soplones y el oficial que los comandaba. ¿Qué se leía en ellas? Apenas tiene muebles, ninguna visita femenina. Que era asocial. «En la vivienda colectiva, H. G. era evaluado por los inquilinos como una persona poco amiga del trabajo. El indagado no posee automóvil, pero sí una bicicleta que utiliza todos los días. Además es muy hablador». Hoy uno puede hacer lo que quiera. Solo que ya no le interesa a nadie.

Jennifer subió tirando de Kevin. Hasta el último asiento. Tras la retirada de Paul, ella se había convertido en el campo de pruebas de los apareamientos púberes. Jennifer había tomado la iniciativa poco después de que Kevin llegara al instituto con un anillo de toro en la nariz. Un aro de metal reluciente. Lo que les ponían a las terneras para que dejaran de mamar, y a los toros para conducirlos con una vara. Increíble que se tomara tan literalmente esa forma de juntarse. Para eso Jennifer no necesitaba ninguna vara. Ese pequeño toro era manso.

Ventanillas empañadas. Agua condensada. Un calor sofocante. Limpió la ventanilla. Fuera parecía que no quería clarear. Cielo turbio sobre campos pálidos. Tallos amarillentos de maíz cosechado en el terreno arado. Unos cultivos intermedios que germinaban por el bien de la rotación trienal. Berza. Plantas de escarda sobre cereales. Remolachas después del trigo. Agujeros revueltos en los pastizales vacíos. Solo una delgada raya de luz débil pendía a lo lejos sobre el bosque azul pálido.

Arboles que pasaban velozmente, los troncos agrietados de los tilos sin hojas. Casetas de espera hechas de vidrio. Los cristales empañados por el frío nocturno, con trozos de carteles adheridos, destrozados por la competente juventud de la aldea. Postes amarillos coronados por la letra H que señalizaban las paradas en los bordes ampliados del asfalto y de las aceras. Y por todas partes niños en edad escolar. Aislados o en pequeños grupos. Eran juntados como botellas de leche. Botellas de leche al borde del camino. Ya no había leche para las escuelas. Ningún personal de servicio que cobrara semanalmente los peniques contados. Vainilla, fresa y normal, veinte; chocolate, veinticinco peniques. En invierno los carámbanos de hielo en las cajas de la leche. Kalkowski las acercaba a los radiadores de la calefacción. La leche tardaba en deshelarse hasta el recreo. Calcio para los huesos de los niños. Y flúor para la

dentadura. Tabletas en el jardín de infancia. Hoy nos perseguiría la policía si diéramos tabletas a los niños. El viaje en autobús duraba una eternidad. Tres cuartos de hora. No era debido al gran número de paradas, sino a los extravagantes rodeos que daba. Ahí no tenía sentido algo tan fundamental como ponderar la inversión y el beneficio. Doblaban en cada callejón sin salida. Paraban en todas partes. Todos tenían que subir.

Ahora estaban también casi todos los de las hordas de quinto y sexto cursos. ¿Por qué cargaban también con ellos? Increíble que no tuvieran un autobús propio. Si murieran todos en un accidente, los institutos regionales tendrían que cerrarse enseguida. Al menos habría calma. Ese griterío. Apenas perdían los dientes de leche, empezaban a chillar. Llaves que se bamboleaban en torno al cuello. Estuches para teléfonos móviles y cepillos de dientes. Sus mochilas gigantescas ocupaban asientos enteros. Y ellos mismos se instalaban como podían al borde. Con los zapatos en los asientos. De ese modo, al menos no se veía la mugre. En cambio, los mayores, como muertos vivientes. Ese juvenil arrastrar de pies por el pasillo. Las mochilas que podían deslizarse de los hombros en cualquier momento. Sueño en los ojos. Flequillos que terminaban poco antes de que empezara la nariz. O sin pelo. Cabezas rapadas Y orejas enrojecidas por el frío bajo gorras de béisbol, bocas juveniles abiertas. Mostrando los dientes entre sonrisas maliciosas y amenazas. Cabezas que se juntaban. Gran vaivén. A toda marcha.

Esa chiquilla inquieta delante de ella. Pelo fino. Una peineta en forma de mariposa color violeta, que no paraba de dar saltitos sobre el respaldo. Una capucha forrada de piel, de piel falsa. ¿Había realmente mariposas color violeta? Seguro que en la selva. La cantidad de especies era exponencial. Una multiplicidad casi intolerable. Extraño animal. Después de cada expedición siempre nuevas especies, subespecies y variedades. Bastardos fertilizados por aislamiento. Allí no había orden. Era preciso imponerlo. Algo casi imposible. Programas nocturnos de televisión. Manchas de color en la jungla. En toda su vida aún no había visto un martin pescador. Algo imposible. En todos esos años. Pero sí una cigüeña negra y dos veces una oropéndola, el maravilloso pájaro amarillo. Entonces aún era pequeña. Con su padre. Ahora subió una chiquilla contoneándose. Alta, deforme. Y despeinada. Carrillos como nalgas. Senitos turgentes que presionaban la tela del abrigo. A lo sumo doce años. Pero ahí ya estaba todo. Todo había pasado. Se detuvo junto a la chiquilla de la peineta. Se empinó.

—¡Tienes que venir adelante! ¡Dónde está Juliane!

Eso era una orden, no un recado. Juliane parecía tener bien controladas a sus cómplices. La mariposa se puso en camino al instante.

El orden de picoteo estaba muy bien estructurado. Reyes y pueblo llano. Abejas obreras que extraían el néctar. En ningún otro grupo de edad era tan estricta la jerarquía. Un ascenso entre los rangos era prácticamente imposible.

Alguna vez, solitarios excéntricos. Todo el tiempo víctimas. E ideólogos fanáticos los había siempre. Escaramujos aplastados en los cuellos de los abrigos. Espiar el camino a casa. Maletines deportivos robados. Paliza en el retrete. Bajarse los pantalones. Alimento para la sensación de pertenencia a un grupo. También a Ellen acababan de hacerle una llave de boxeo sujetándole la cabeza en el pliegue del codo. No parecía realmente peligroso. De todas formas, se defendió. Que se protegiera a sí misma. Las cosas ya se arreglarían.

El autobús se detuvo otra vez. El nuevo pasajero era Saskia. Como siempre, avanzó hasta muy atrás. Se inclinó hacia Jennifer. Tres besos en la mejilla, pero ni una sola palabra. El pelo como una cortina. Tintineo de brazaletes. Una mano estirada en dirección a Kevin. Luego se dejó caer con fuerza en el asiento, se puso los gigantescos auriculares y subió el volumen unos cuantos decibelios. Antes sorda que solitaria. Había flirteado poco tiempo con Paul, para dar alcance a Jennifer. Pero el juego alterno de entrega y rechazo acabó siendo una exigencia excesiva para él. Competencia perdida. Ocasión desperdiciada.

Silencio en el último banco. Jennifer y Kevin se aburrían.

—¿Me quieres? —La voz infantil de Jennifer.

—¡Claro! —¡Qué adulto sonó!

—Dime el número de mi móvil.

—¿Qué?

—El número de mi teléfono móvil. Supongo que lo sabrás de memoria. —Lógica femenina.

—¿Por qué? Está guardado en la memoria.

—Venga, dilo ya.

—Cero… Uno… Hmmm… Siete…

—Sigue…

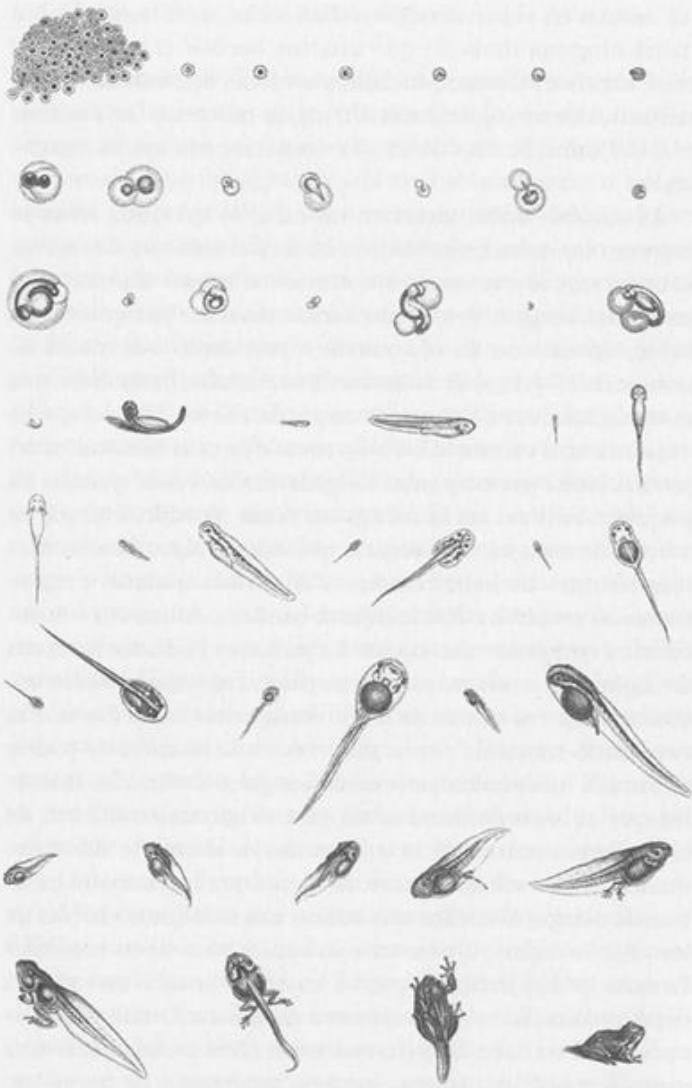
No pudo seguir. Ella lo ayudó con pequeños indicios. Luego se dejó besar. En cualquier caso, no se oyó nada más. Era repugnante. Pero ¿de qué iban a hablar? La gente hablaba demasiado. Que Wolfgang y ella no hablaran entre sí no era extraño porque pasaban días enteros sin verse. Además ¿para qué tanto parloteo? Se habían quedado juntos solo porque la crianza de los polluelos era infinitamente dispendiosa. Ya no había ninguna razón biológica para que siguieran juntos. La hija se había marchado de casa. Asunto concluido. ¿Qué más hubieran podido hacer? ¿Escribir una postal de enhorabuena? Se habían llevado bien. Ahora cada cual iba a la suya. Él tenía trabajo. Se habían arreglado. Habían formado una pareja donde todo había funcionado a la perfección, habían pasado por todo tipo de experiencias. Si, de hecho, ella se jubilaba primero, él no le supondría ninguna carga económica. En cierta ocasión le había dicho, antes de la boda, que le gustaban las mujeres que pasaban inadvertidas. Nunca había sido un gran amor. No lo habían necesitado. Siempre le había gustado de él que tuviera buena mano con los

animales. ¿Qué era, después de todo, el amor? Una coartada en apariencia impermeable para simbiosis enfermizas. Joachim y Astrid, por ejemplo. No tenían hijos. No habían funcionado. Y cuando ya fue demasiado tarde para todo, se echaban la culpa mutuamente de ser el causante. Paseos juntos en grupos de a dos. Delante, los hombres. Detrás, las mujeres. La cabeza calva de Joachim junto a la melena rizada de Wolfgang. La voz débil y nerviosa de Astrid. Cuestiones de arbitraje. ¿No te parece también a ti? No, no le parecía, ¿qué le importaba a ella la miseria ajena? Eran lamentables, no dignos de compasión. Se pegaban hasta dejarse medio muertos, se acechaban mutuamente y uno amenazaba al otro con suicidarse. Carnaval en la Casa de la Cultura. Un conjunto musical de Sajonia. Cuatro tipos de pelo largo. Intercambio de parejas al bailar.

Mucho aguardiente Goldbrand. A primera hora de la mañana, dramas en el bar donde vendían leche en el mercado. No había ninguna duda de que estaban hechos el uno para el otro. Una mezcla extremadamente eficaz de simbiosis y parasitismo. Gemelos siameses. En algún momento se marcharon. A Berlín. Por la cultura. Ya eran francamente impresentables.

El autobús dobló ahora en un callejón sin salida en cuyo extremo esperaba Erika cuando no estaba enferma. De ser así, habrían tomado en vano ese desvío de cuatro kilómetros a través del bosque. Pero Erika estaba sana. En cualquier caso, subió, saludó con su ojo perruno y se sentó a la altura de Lohmark. El cristal de la ventanilla reflejaba. Erika bajo una iluminación suave. Frente al bosque de abetos. De soslayo. La cazadora azul ceñida había sido sustituida unas semanas antes por esa parka gruesa y muy holgada. Color verde ejército. La pequeña bandera en la manga no tenía martillo, compás ni corona de espigas. Aún parecía que faltaba algo. Para las manifestaciones de aquel entonces ella había quitado simplemente el emblema. Era la misma bandera. Al menos no necesitaba comprarse una nueva. La parka no podía ser herencia de algún hermano mayor. A un chico Langmuth ella lo recordaría. Tal vez venían de fuera. Aunque no la del Oeste. Era demasiado tranquila como para eso. En la reunión de padres de familia no se había presentado ninguno de los dos. Increíble que el lugar de nacimiento ya no figurara en el libro de clase. Todo estaba bajo la protección de datos. Se sabía demasiado poco sobre esos chicos. Y eso que la profesora pasaba más tiempo con ellos que con su marido. Por no hablar de los propios hijos. ¿Qué estaba sacando ahora de su mochila? La tarea de la pizarra. Se puso a hojearla, buscaba una página determinada. Su cumpleaños era en agosto. Durante las vacaciones. Leo. Una lástima, realmente. Ella podría hacer una visita domiciliaria. Inspeccionar la habitación de los niños. Un tablón de anuncios. Lápices de colores. Póster. Del renacuajo a la rana. En las visitas domiciliarias se sabía enseguida qué estaba pasando. Aquella vez, cuando aún estaba en el instituto secundario politécnico, la madre le había abierto la puerta. Ya no era muy

joven que digamos. Ojeras y sombreado violeta de ojos. El bebé en el brazo y el cigarrillo en la boca. Así conversó con ella sobre uno de los seis hijos, que corría peligro de repetir el curso. De vez en cuando caía un poco de ceniza sobre el bebé, luego la soplaba. Hoy se hacían visitas domiciliarias solo en casos excepcionales. Y Erika no corría peligro de repetir el curso ni llamaba la atención por su conducta. Seguro que tampoco tenía moretones. Tal vez ni siquiera tenía padres. Vivía sola en el bosque. No tenía ni una sola amiga. Mejor así. La amistad terminaba siempre con traición. Véase Saskia y Jennifer. ¿Algún amigo? Ni hablar. Con o sin menstruación. Seguro que mascotas. Pero no un perro ni un gato. Más bien animales pequeños. Salamandras, caracoles. Contentadizos y fáciles de observar. En el jardín, una casa en un árbol. El miedo a acariciar un venado. Mirar fijamente charcas centelleantes, con manchas de aceite. Quitarles la piel a los abedules. Frotar yescas hasta que salgan chispas. En realidad, Erika era rara. Aunque evaluaciones solo había a fin de año. Antes con la mano, hoy con el ordenador. Una evaluación. Entre querer y poder. En general no pasaba del esfuerzo. Ni siquiera se veía el horizonte de expectativa. No mirar tan fijamente. Ojos como platos. Como las antenas sensibles. Tardes de caracoles. De niña ella jugaba siempre con caracoles. Les construía una vivienda al aire libre. Paredes de maderitas delgadas agujereadas. Hundía ramitas en la tierra. Les hacía camitas de arena. Luego acostaba a los caracoles. Aunque todavía no fuera de noche. Los tapaba con los trocitos recortados de una fregona. Al día siguiente los caracoles siempre habían desaparecido. De paseo. Y ella volvía a reunirlos. Los traía a casa. A veces aparecía un caracol de aspecto extraño. Una tía de visita. Era extraño que les construyera una casa precisamente a unos animales que llevaban la suya consigo. Pensaba que todos necesitaban una casa. Una cama. Erika también. Con vistas al bosque. Se desvistió. Simplemente para estar desnuda. Se paseó por toda la casa. Los padres no estaban. Se sentó en el sofá. Era una sensación extraña. Gritos de lechuzas en la noche. Caracoles desnudos. También eran seres vivos. Solo que nada bonitos. Para pisotearlos. Tal vez era tonta. Erika seguía con la mirada fija en las fórmulas. Decirle algo. Lo que sea. Simplemente eso.



—Qué, ahora escribe muchos trabajos, ¿verdad?

Erika levantó la cara, la miró, irritada, claro está.

—Sí, sí. —Titubeante.

—¿Se ha vuelto a mirar todo otra vez con atención?

Erika estaba asustada. Ella también. ¿Qué era aquello? ¿Qué había hecho? Ni una palabra más. Desviar la mirada. Fuera. Por la ventanilla. Apoyada en la ventanilla. Tranquila, sangre. ¿Qué le había ocurrido? Absolutamente nada. No había dicho nada. No había revelado nada. Seguir viajando en el autobús. Cada vez más lejos. Todo aquello era completamente normal, ¿qué era normal? Pues todo. Cómo se aparean los caracoles. Dura una eternidad. Los jóvenes se trepan sobre los viejos. Y los descendientes, a su vez, sobre aquellos que alguna vez fueron jóvenes. Jóvenes con viejos. Eran todos hermafroditas. La separación no tenía lugar entre los sexos, sino entre los jóvenes y los viejos. ¿Qué podían pensar los otros de ella? Extraño. La calma era casi total. Calma antes de la tempestad. Nadie pensaba nada. Jennifer y Kevin cabeceaban. Saskia se había quitado los auriculares y había empezado a almohazarse la melena. Un viaje. Cada día. Aún iban todos al instituto. ¿Y Erika? Hojeaba su cuaderno de biología. Tonta no era, en cualquier caso.

La señalización de entrada al lugar. Enseguida llegaron. El sueño de la noche anterior. En el comedor del Darwin. Era gigantesco. Todo de cristal. Inundado de luz. Como el área de embarque de un aeropuerto. Pero ahí estaba la mesa de los profesores. Todos los asientos ocupados. Por colegas a los que no conocía. De modo que se dirigió a las otras mesas, a las que estaban sentados los alumnos, o los viajeros, no se sabía exactamente. Y solo cuando hubo tomado asiento se percató de que también Erika estaba allí, sentada frente a ella. Se la veía adulta de verdad. Pareció no advertir su presencia. Pero por debajo de la mesa le apretó las piernas con sus rodillas. Firmemente. Las cosas que una sueña.

La clase se hallaba sumida en la oscuridad otra vez. Estado crepuscular general. Espectros grises ante la fachada de cristal azul. Encender las luces. Los tubos fluorescentes parpadeaban. Había que cambiar el de la izquierda, delante. Luz deslumbrante de laboratorio. Se acabó la calma nocturna. Ponerse de pie.

—Buenos días. —En voz alta y potente.

Eco débil en coro. Ojos firmemente cerrados.

—Siéntense.

Movimiento de libros y cuadernos, búsqueda de lápices. Pasó un buen rato hasta que todo estuvo en su sitio y ellos cruzaron los brazos como les había

enseñado.

—No quiero ver libros ni cuadernos. —¡Qué suave sonó su voz! No era su intención.

Ahora sí que estaban bien despiertos. Los ojos desorbitados. Terror pálido. Rigidez de *shock* colectiva. No habían contado con eso. Los sollozos y suspiros habituales y las inevitables miradas perrunas cuando ella repartió la hoja con las tareas. Solo Ellen y Jakob no dijeron esta boca es mía, la recibieron sin rechistar. Erika ni siquiera levantó la mirada. Incluso Annika parecía insegura, veía su promedio en peligro. Todo el programa. Hacía solo una semana que había entregado su último trabajo escrito a puerta cerrada. Forma y función del núcleo de la célula. El centro de todo ser. La calle de dirección única desde la información genética hasta la proteína. Allí estaba enterrado el núcleo de la célula. No había sacado malas notas. Cuatro cuatros, tres treses, dos doses y un uno. Pero ahora venía el examen de verdad. No estaban allí para pasarlo bien, para pasar el tiempo. Allí se exigía rendimiento. Como en todas partes. Un breve control no anunciado era lo más próximo a la vida que aún podía ofrecer el instituto. Preparación a la realidad, a la sucesión inmisericorde de acontecimientos sorprendentes. Tampoco era bueno anunciar el examen de bachillerato. Tenía mucho más sentido pillarlos por sorpresa. Una gran tómbola para todas las apuestas no acertadas. Para todos los inútiles. El beneficio: hojas con tareas en sobres lacrados. Sí, lo mejor sería sortear a los candidatos e ir sacándolos uno por uno de la clase a lo largo de todo el año. Poner buenas notas después de una larga preparación no tenía ningún mérito. Había que intercalar pequeños *tests* entre las fases de transmisión del saber y su control. De lo contrario, al final solo tendría perros pavlovianos, y en la vida no suenan campanillas.

—Solo así se sabrá quién ha escuchado con atención. En el camino de la memoria a corto plazo a la memoria a largo plazo se pierden muchas cosas.

Eso no había sido necesario en absoluto. Ellos ya se habían rendido. Empollaban las hojitas, aterrados, y alzaban una y otra vez la mirada buscando algo, hacia ella y hacia las ramas negras del castaño, frente a la ventana. Pero allí tampoco había soluciones. Era solo teatro. En el fondo, estaban felices de que por fin les exigieran algo. Todos los animales querían ser dominados, y ellos no eran la excepción. Aquello sí que era algo muy especial. Un rayo de esperanza en su mísera existencia. Una sensación paralizante, pero sublime, y una ración diaria de adrenalina. Esos corazones palpitantes los tenía ella en su mano. Sí, chicos, eso era vida. Y la vida estaba estrictamente dividida. En causa interior y fenómeno exterior. Saber duro. Pan seco. Era sumamente sencillo. Cuanto más se les exigía, más rendían. La voluntad de rendimiento se hallaba en la naturaleza del hombre. Y no se podían eludir las leyes de la naturaleza. Solo la competencia nos mantenía vivos. Nadie había muerto porque le exigieran demasiado. Todo lo contrario. Pero sí morían de

aburrimiento.

Pasar de nuevo entre las filas, desde los armarios hasta la ventana. Podía volver a regar la monstera. Cinco dedos polvorientos que colgaban flácidos. Algo asombroso. Al parecer, el crecimiento pertinaz también era una forma de arreglárselas con la negligencia. Pero ya se sabía. Probablemente era incluso la más efectiva. La planta parecía aferrarse realmente a la vida. Crecía y crecía. Simplemente cada vez más. Solo que no florecería en esas latitudes. Pronto caería la primera nevada. Zona de clima templado. Cuatro estaciones bien definidas. No siempre brillo solar, y raras veces una lluvia como la de la costa californiana. ¡Qué oportuna fue aquella vez! Después del paseo por el desierto. El cielo por fin cubierto. El Pacífico gris y sin brillo. Pelícanos marrones que se arrojaban al mar como pilotos kamikazes. En la orilla correteaban jóvenes calcidris detrás de las olitas con sus picos largos y curvos. En la arena había hombres patrullando con detectores de metales. En ese país todos parecían estar buscando siempre algo. Y las palmeras no se veían como en la televisión, totalmente desaliñadas y resecas. ¿Y aquí? Hacía días que el sol brillaba por su ausencia. Todo el mundo hablaba de eso. Pero ellos no eran plantas. Es lo que había dicho una vez Claudia cuando levantó las persianas. Durante años se pasaba las tardes sentada en la oscuridad. Encapsulamiento hasta el estadio adulto. Sin duda no eran plantas, pero Claudia parecía una máscara. Un fantasma pálido, de piel fina. Muy delgada. Y esa música aterradora. Centelleo de palitos de sándalo. Diarios con candaditos adheridos. Cuadernos borradores escritos hasta los márgenes. Llaves ocultas. Y por todas partes polvo. Como si se hubiera muerto alguien. Aquello era aun peor que la doctrina cristiana. No una planta, pero sí un animal: mudo e inquieto.

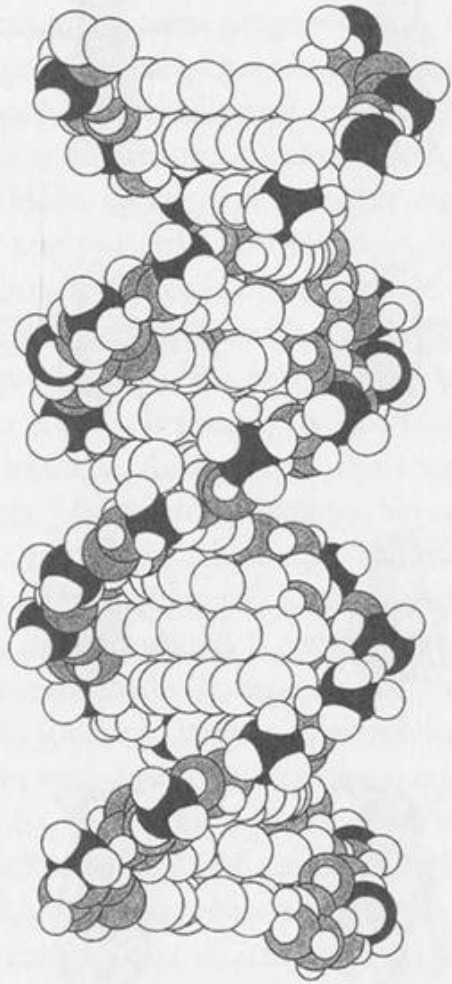
Otra vez entre las filas. Había que controlar. En algún lugar un suspiro. Hay que ver cómo estaba Tom ahí sentado. Un saco lánguido. Laura presionaba el borde del pupitre con el pecho. Por nerviosismo o presunción. Kevin al acecho. El pendiente de la nariz a casi un palmo de la hoja. Movimientos de cabeza titubeantes. Maniobra para copiar. Pero Ferdinand estaba demasiado lejos. La distancia era mayor que cualquier distancia individual.

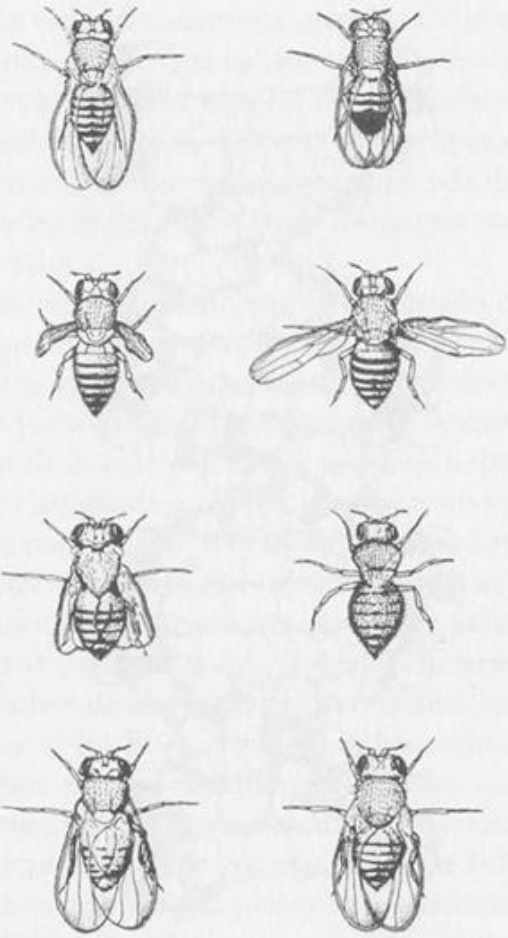
—Kevin, puede usted ahorrarse la molestia, ni siquiera yo soy capaz leer la letra de Ferdinand.

Todos se volvieron hacia él. El instinto gregario. Un pequeño chiste para distender los ánimos. Ella tampoco era un ogro. Él cesó en su empeño. Miró su hoja con aire preocupado.

¿De dónde venía realmente la monstera? Tal vez era un regalo. Pero ¿de quién? Atrás habían quedado los tiempos en que los profesores recibían regalos. El brazo entero lleno de flores el día del Profesor. El 12 de junio. La época de floración más hermosa. Sobre todo peonías. La sala de profesores era un mar de flores único. También los gestos ordenados tenían cierto valor.

Y luego Jakob, ese animalito con gafas criado entre algodones. Tieso como un huso. Aspecto de confirmando. Ya había abandonado la primera tarea. Aquello no era exigir demasiado, sino provocar. Todo le daba exactamente igual. No esperaba nada de la vida ya antes de que esta hubiera empezado. Se había resignado a todo, a los controles sorpresa y a la calificación estricta. Todo eso no le importaba en absoluto. Era exactamente como su padre, un señor afable con barba de defensor de los derechos humanos y civiles y gafas sin montura. No solo la miopía era una herencia dominante. Cada reunión de padres de alumnos, una revelación. Suprema ley de la herencia: si los hijos eran malos, los padres eran aún peores. En ellos estaban totalmente formados los atributos que aún dormitaban de manera inocua en sus retoños. La madre sobreexcitada de Tabea. Por supuesto que la había criado sola. ¿Qué mosca la había picado? Continuamente la interrumpía al hablar. Para decir que cada niño era un individuo especial, sobre todo la suya. ¡Lo que no dijera! El intento lamentable por revalidar la propia vida frustrada mediante una descendencia menos fracasada. Huida hacia delante. La niña era su talento. El factor hereditario como única inversión en el futuro. Era la esperanza de que los propios genes pudieran resultar beneficiosos en una nueva combinación, y el efecto de esa mezcla distinguiera retroactivamente a quienes transmitían la herencia. Sobre todo cuando el otro heredero se había largado.





Se podía oler formalmente la aglomeración. Sudoración excesiva. Los esfuerzos para sacar de nuevo a la luz cosas olvidadas. El recuerdo podía ser engañoso. El recuerdo era engañoso. Solo puntos ciegos que el cerebro llenaba. *Horror vacui*. La naturaleza no toleraba ningún vacío.

¡Qué mal aspecto tenían! ¡Qué obnubilados estaban! «Nombren cuatro caracteres hereditarios recesivos y cuatro enfermedades genéticas dominantes».

Todo eso lo habían estudiado. Era muy fácil. ¡Había tantas…! Solo en los dedos: polidactilia, braquidactilia, aracnodactilia. Un ejercicio más adelante incluso estaba dibujado el árbol genealógico de una familia con polidactilia, junto a una foto en blanco y negro. Un padre y sus tres hijos, que estiraban sus dedos de vampiro, el dorso de las manos hacia delante, la mirada hacia la cámara. De un antiguo libro de biología. Años treinta. Tenía un poco de gabinete de horrores. Mezcolanzas extrañas. Seres atrofiados que nadaban en su propia sopa. Muchachas peludas. Mujeres barbudas. La dama sin bajo vientre. El muchacho de su calle cuando ella era una niña. El tullido Reschke. Vivía con su madre en una casa de entramado de madera que amenazaba ruina. Un hombrecillo jorobado vestido miserablemente. La camisa de seda de color rojo vino con las mangas raídas tensada debajo de su joroba. Se deslizaba por las calles como un mono. Sin cuello e inclinado hacia delante, con los hombros levantados, tal vez debido a la joroba, en la enorme manaza llevaba una red de la compra que se arrastraba sobre el pavimento. No se le podía calcular la edad. Cualquiera era posible. Un niño gigantesco. O un anciano con cara de joven. Lo normal solo se manifestaba en las desviaciones. Las malformaciones eran necesarias para reconocer lo sano. Monstruo venía de *monstrare*. Al fin y al cabo, se trataba de claridad, de evidencia.

Siu embargo, ¿qué mostraban hoy los libros de biología? Fotografías abstractas. Espirales dobles. Microscopios electrónicos de barrido. Una foto de grupo en blanco y negro de las veintitrés parejas de cromosomas en forma de salchichitas, de los cuales se componían todos. Guisantes arrugados. El monje Mendel con sus gafas finas y su cadena gruesa. Dolly, la oveja tonta. Y una pareja mayor de hermanos gemelos que exponía su condición de univitelinos. Clones naturales. Puede que los descendientes con caracteres genéticos iguales fueran útiles para la investigación, pero ella no hubiera querido tener uno. ¿Alimentar doblemente la misma sustancia genética? ¡Solo faltaría! Y eso que al principio, cuando vio su gigantesca barriga, el ginecólogo lo había supuesto. Aunque si Claudia hubiera tenido una hermana gemela, tal vez se habría quedado aquí. Y por supuesto la mosca de la fruta, el animal heráldico de todos los genetistas, jamás se extinguiría. Fácil de criar, fácil de mantener, fruta fermentada había siempre en casa. Un organismo modelo: *drosophila melanogaster*. Cambio generacional cada dos semanas, descendencia prolífica.

Solo cuatro cromosomas. Y los caracteres hereditarios eran fáciles de reconocer. Un buen día había aparecido sobre cada mesa del seminario un matraz de Erlenmeyer cerrado con un tapón de algodón. En el interior había un sinnúmero de mutaciones de moscas de la fruta, que algunos investigadores llevaban años esperando o habían inducido con rayos X: ojos ultraterrenales. Rojos o blancos. Cuadriculados como un tablero de ajedrez. Pelillos diminutos. Tenían que narcotizar a las moscas y clasificarlas. Pero si se aplicaba demasiado éter, morían enseguida. Si se ponía demasiado poco, alzaban el vuelo y desaparecían. Las pérdidas eran grandes y les echaban a perder el resultado. Animales de experimentación muertos o desaparecidos. Mendel lo había tenido más fácil con sus guisantes. Puede que la naturaleza hablara en el experimento. Pero cada experimento tenía vida propia.

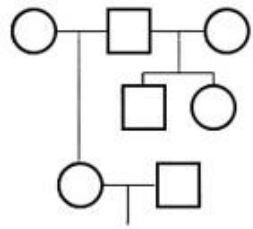
En el capítulo sobre las enfermedades hereditarias había una sola fotografía. Mostraba a un niño mongólico que sonreía con malicia y tenía una mariposa en la mano. Parecía una blanquita de la col. ¿Qué significado tenía eso? La plaga y el engendro. Antes eso se llamaba oligofrenia de trisomía. Pero en la actualidad no estaba permitido decir eso. ¡Cuántas cosas no se podían decir!: negros ,*fidschis* para designar a los trabajadores vietnamitas, gitanos, enanos, tullidos, alumnos especiales. Como si con eso se ayudara a alguien. La función del lenguaje era esclarecer lo que se quería decir. A fin de cuentas, a los invertebrados se les llamaba también invertebrados. Siempre había algo que no estaba permitido decir: que la URSS era un Estado formado por muchos pueblos. No. Solo gente soviética. Últimamente no debía de haber ni razas humanas. Quien lo negara estaba ciego. Pues era evidente que un negro era diferente de un esquimal. Si había razas de vacunos, también había razas humanas. Incluso las leyes de Mendel eran hoy solo reglas. Todo eran síndromes llamados como sus descubridores. Igual que las islas. Banderas izadas en cuerpos enfermos. Inmortalizarse mediante diagnósticos. Down, Marfan, Turner, Huntington. Sin especificar cuán malo era todo eso: oligofrenia, enanismo, pies planos, infertilidad. Baile de San Vito hereditario. Muerte temprana. La vida se acababa a los cuarenta. Como si fuera diferente. Eso valía para todos. Al menos para las mujeres. Una tercera parte de la vida totalmente desperdiciada. Supervivencia posreproductora. Eso solo se daba en los seres humanos. Los genes hibernaban en nuestro cuerpo y aguardaban tiempos mejores. Y en algún momento, la irrupción. Defectos que uno arrastraba. La genética era dramática.

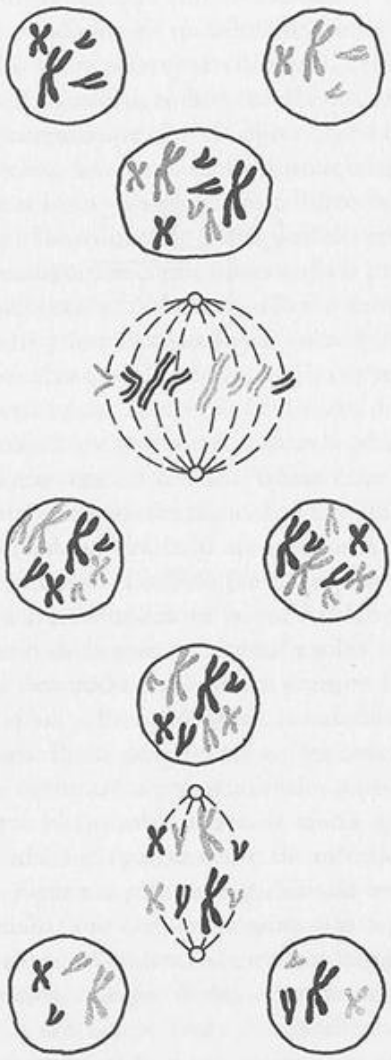
La herencia genética recesiva era lo más emocionante. Uno la tenía, pero no se manifestaba. O tal vez sí, en algún momento. Como en un *thriller*. Heridas abiertas. Sangre que no coagula. Antes Inge Lohmark hacía copiar el árbol genealógico de las familias reales europeas. Desde Victoria hasta casi la época actual. Un ejemplo fabuloso de herencia genética gonosómica. Tenía que abrir la pizarra para que todos prestaran atención. La primera transmisora,

sus hijas y sus nietas. Todas sanas. La dote era elevada. Por fin la palabra idónea. Madres culpables y sus hijos muertos a edad temprana. Marcado con tiza roja.

La mitad de los chicos tenían que creerlo. Caídas inocuas. Pequeños accidentes de coche. Heridas leves. Hemorragias internas. Bancos de sangre que aún no existían. El último zarevitch. Una vida pendiente de un hilo. Incluso sin revolución.

Lo del cuadro en la pizarra se comentó. Y ella tuvo que presentarse ante Hagedorn, el director del instituto. Que era una agente del enemigo de clase, le dijo él. Una cómplice de la contrarrevolución, del revanchismo. ¡Cómo imaginarse todo aquello! Como si hubiera agitado en público la bandera de Pomerania. Pero Hagedorn no había podido probarle nada que mereciera castigo. Ella había presentado la prueba biológica de que la nobleza se había destruido a sí misma mediante el matrimonio y la procreación en consanguinidad. Por entonces ella no sabía que, de hecho, aún había reyes que gobernaban en ciertos países. Personal de cuentos de hadas. Personajes de películas checas para niños. Pero la pérdida progresiva de antepasados era un hecho. Podían criar caballos de carreras, pero no herederos del trono. Eso era simplicidad genética. Siempre habían prestado atención a la sangre, pero no al genoma. También el tullido Reschke provenía supuestamente de una aldea católica en la que habían estado aislados siempre, antes de la guerra. Intensificación de caracteres no deseados. La depresión endogámica siempre se manifestaba primero en la boca. En los Austrias, la mandíbula completamente desviada. Picos desgastados en los avestruces. Simplemente había demasiados pocos animales reproductores en el Estado federal. No se sabía a ciencia cierta qué se conseguiría. Solo quedaba el apareamiento de animales de procedencia distinta. Jugar a la gallina ciega. Eso no era crianza. La crianza funcionaba solo cuando se sabía con seguridad qué huevo provenía de qué padres. Al menos a los machos se los dejaba aparear solos. Aunque Wolfgang estuviera al lado. Cubrición natural. Cada macho tenía dos hembras. Una principal y otra secundaria. Era siempre un trío. Los avestruces vivían en grupitos de tres. Los machos empollaban de noche, las hembras, de día. ¡Qué fácil podía ser todo!





Ante ella tenía el árbol genealógico de la familia con aracnodactilia. Círculos y cuadriláteros que daban origen a nuevos círculos y cuadriláteros. Líneas finas que se ramificaban nuevamente. Solo contaban los niños nacidos.

Wolfgang también había tenido dos hembras. Doble éxito al incubar. Dos mujeres, tres hijos. Un cuadrilátero entre dos círculos. Ilona y ella. Pero ella no tenía nada que ver con esa mujer. Aunque una no podía elegir de quién era pariente. Sobre tres ángulos o un cuadrilátero. Una ni siquiera podía elegir a sus hijos. Solo gestar. El parentesco consanguíneo no obligaba a nada. No se podía confiar en la consideración de los genes. Ni siquiera en su egoísmo. Lo tenía mal con eso de los nietos. Un salto al vacío. Un callejón sin salida. El final muerto de un desarrollo. Claudia ya tenía treinta y cinco años.

Pero los avestruces tampoco volvían a ver nunca a sus polluelos. En el reino animal nadie pasaba los domingos a tomar café. No cabía esperar gratitud. Y tampoco había derecho a devolución. Ninguna proximidad. Ninguna comprensión. Ni siquiera similitud. La división de los cromosomas en la meiosis se producía casualmente. Nunca se sabía qué resultaría. La mayoría de los hijos no se parecían a sus padres. Excepto en una o dos características tal vez. El resto era desviación. La herencia genética del color de los ojos era poligénica. Y la del color del pelo era aún más complicada. Nada de eso podía predecirse. Tan solo atribuirse laboriosamente *a posteriori*. Su pelo castaño y rebelde lo había heredado Claudia de Wolfgang, y los ojos verde claro, de la madre de este. Era evidente que ella misma no había podido imponerse en esa hija. Que si era bonita, le había preguntado una vez Claudia. ¿Qué responder a una pregunta semejante? Eres mona. Cara ancha, pecas oscuras, leve sobremordida. Mona era una palabra simpática. Un terrón viscoso, arrugado, feo como unas secundinas. ¿Quién había dicho eso? Su madre. Para ella seguía siendo un enigma que esa mujer la hubiera traído al mundo. No había pruebas fidedignas. ¿O le había dicho eso a Claudia? A veces había llegado a pensar que Claudia no era hija suya en absoluto. Aunque hubiera estado presente en el alumbramiento. Después de treinta y seis horas de dolores en el parto. Un día y medio. Al cabo de veinte horas ya había dejado de creer que de verdad fuera a tener un hijo. Estaba convencida de que todo eran solo imaginaciones, un gran infundio. Un vientre hinchado y nada dentro. Tal vez un tumor, pero no un hijo. Un varón, decían todos a causa del vientre gigantesco. Hacía dos semanas que había salido de cuentas. Antes de que por fin la llevaran a la sala de partos, la enfermera le introdujo en el ano una manguera de caucho roja. Dos lavabos detrás de una pared de madera. Baldosas negras y blancas, como en una carnicería. El agua fría le bajaba por las piernas. No había caliente. Al parecer, debido a un corte de fluido eléctrico. ¡Apriete bien!, gritó la enfermera, y levantó un poco más la jarra.

Luego repitió: ¡Apriete bien! Pero ella quería liberarse de todo eso: del agua, de la mierda, del hijo. Recuperar por fin su cuerpo para sí misma. Tres centímetros, dijo alguien. Y luego: Esto va a tardar. Al borde de la inducción del parto. Y cuando pensó que por fin iba a empezar todo, no había nadie con ella. Ninguna enfermera. Ningún médico. Todos estaban con una mujer que, dos camas más allá, había tenido un ataque de epilepsia durante el parto. Totalmente hecha polvo. Y ella seguía tumbada allí, sola. La mujer epiléptica no había querido aceptar luego a su hijo.

¡Qué seria parecía Erika! Atenta. Repasaba sus respuestas una vez más. ¡Cómo recorrían sus ojos, inquietos, las líneas, la boca deletreaba palabras aisladas! Erika reflexionó y escribió algo más. El tubo de neón volvió a parpadear. Se apagó. Ellen estaba casi en la oscuridad. Basta. De todos modos, el tiempo se había acabado.

—Terminamos. Empieza la cuenta atrás. —*Sprint* final. De lo contrario, empeorarán.

—Diez segundos más.

Ya conocía eso. Al final escribían cualquier tontería. Simplemente. Para que quedara algo escrito.

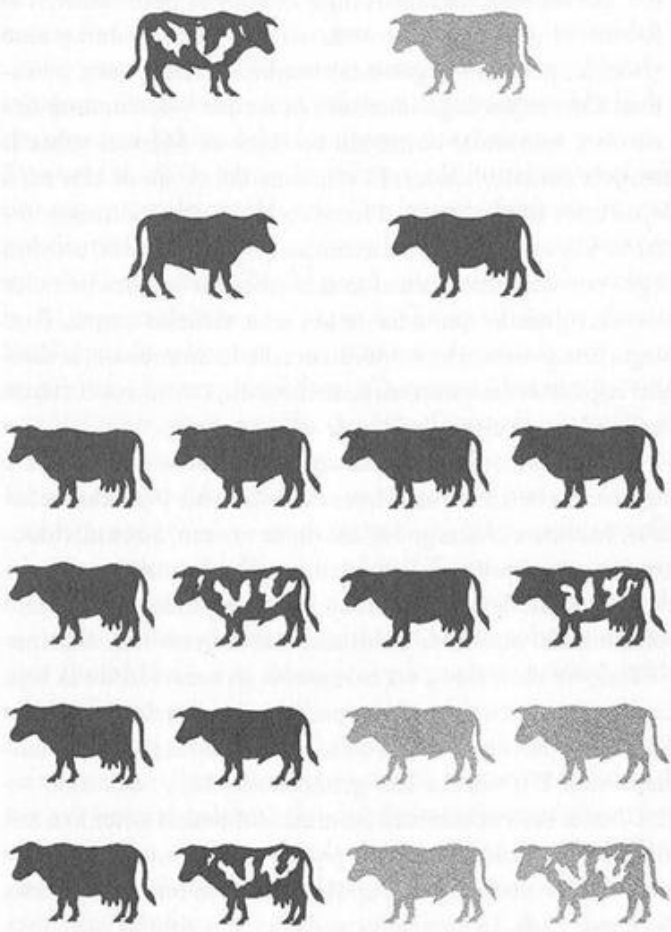
—Fuera manos y bolígrafos.

Otra vez gimoteos, pero obedecieron. Todos fingían estar exhaustos, como si hubieran rendido algo. De todas formas, se mostraron dóciles. Las mejores condiciones para enfrentarlos a nuevas circunstancias. Inge levantó el gran rollo en el soporte. El gancho negro sostenía el lienzo lavable y algo agrietado, pero la imagen era asombrosamente clara y hermosa. En ningún lugar estaban tan simple y claramente expuestas y resumidas como allí las leyes de Mendel sobre la herencia genética clásica. El esquema del cruce de dos razas de vacunos homocigotos. Herencia biológica dominante recesiva. Un crisol de cosas extrañas. Arriba de todo, un toro negro con manchas blancas se apareaba con un vaca de color marrón rojizo, lo que salía de ahí eran terneras negras. Pero luego, una generación después, sucedía lo asombroso, la división regular de las características: dieciséis, cuatro veces cuatro posibilidades. Puros híbridos de varios colores.

—La manera que tienen las características de desaparecer y reaparecer obedece a unas leyes determinadas y puede predecirse. Escriban conmigo: «Cuando se cruzan dos individuos homocigotos que se diferencian en más de una característica, en la segunda generación de la hija se produce una nueva combinación auténtica y duradera de factores hereditarios».

Todo se manifiesta en la segunda generación de la hija. La regresión a los tipos de los padres, a los abuelos. La hija de Claudia se parecería a su abuela, o sea a ella, más que a Claudia misma. Un trítono. Tres generaciones bajo un mismo techo. Antes eso era habitual. Su nieta aún podría tener una vez más sus ojos azules. Claros, sin pigmentos. Ni siquiera sabía de qué color tenía los

ojos el tipo aquel. En la foto no se podía distinguir nada. La cara deformada por una sonrisa maliciosa. Un hombre cualquiera, que hablaba otro idioma. Un extraño. La niña no volvería a casa. Claudia no se construiría una casa, al menos en los pólders. Al menos en la región de Sauerland. Al menos en los suburbios de Berlín, adonde se había mudado el hijo de la Bernburg. Esperar no aportaba nada.



Nada se compensaría. Y si Claudia tuviera un hijo… Al fin y al cabo, se había casado. Un nieto en otro continente. A doce horas de vuelo de distancia. El niño no podría entenderla. Inge solo sabía unas cuantas palabras en inglés. Hablar como si tuviera patatas calientes en la boca. Inglés de Mickey Mouse. Claudia siempre se había burlado. Ese impulso a largarse le venía a Claudia de Wolfgang. Siempre que las cosas se complicaban, él se marchaba. Aquella vez también se fue simple y llanamente, dejó a Ilona y a sus hijos. Por ella. Hoy apenas podía creerlo.

—¿*Frau* Lohmark?

—Sí, Paul.

—¿Por qué se llama eso «generación de la hija»?

—¿Con qué otro nombre debería llamarse?

—Pues no sé. —Jugueteó un poco con su capucha—. ¿Tal vez «generación del hijo», por ejemplo?

Esto llevaría tiempo.

Se levantó y se apoyó en la mesa.

—La aportación de los hombres a la reproducción es, en fin de cuentas, muy escaso. ¿Qué son millones de espermatozoides en comparación con un óvulo que solo madura una vez al mes? ¿Qué es el acto sexual realizado a toda prisa en un mirador de cazadores en comparación con nueve meses y medio de gestación?

»Todo hombre es dado a luz por una mujer. No hay ni células hijo ni generaciones hijo. La reproducción es femenina.

Las chicas se reían con disimulo. Les hubiera gustado saber más de todo aquello.

—¿Por qué, por ejemplo, los hombres también tienen tetillas si no deben amamantar?

Desconcierto.

—¿Cómo zona erógena? —Kevin. ¿Quién, si no?

—Porque, en principio la embriogénesis completa primero lo femenino, aunque desde el momento de la fecundación queda claro qué sexo tendrá el embrión algún día. El cromosoma Y solo está ahí para que se reprima el desarrollo hacia lo femenino. Los hombres son no-mujeres.

De pronto todos escucharon con atención. Ahora, en ese instante, habían captado por primera vez lo que les estaba enseñando sobre la reproducción. Por fin se comían los granos que ella venía echando hacía semanas. Cuando a los avestruces se les cubría la diminuta cabeza con un saco se dejaban guiar tranquilamente y uno podía hacer todo lo que quisiera con ellos. Yo veo algo que tú no ves. Ahora solo faltaba ajustar los lazos con toda calma.

—La mayoría de las enfermedades hereditarias se deben al cromosoma X.

Por eso los hombres no tienen ningún tipo de compensación. Están más expuestos, y mueren más pronto.

Casi daban lástima. En verdad tenían que compensar una serie de cosas. Por eso también debían encontrar soluciones: inventos y guerras. Vigilancia en el servicio secreto, discursos en el patio del instituto. Cambiar el nombre de las calles. Criar avestruces.

Fuera, un grupo de cornejas se había encaramado en el castaño. Se disputaban los mejores puestos. Pero ninguna abandonaba el árbol. Eran inteligentes, sabían distinguir a los amigos de los enemigos. Aunque las aves estaban obligadas a tener cerebros livianos para ser capaces de volar. Una corneja no le saca los ojos a otra. Pero los avestruces tenían cerebros pequeños y no podían volar. Wolfgang no echaba de menos a Claudia. Estaba acostumbrado a no saber nada de sus hijos. Por entonces los mayores habían afirmado que no querían tener ningún contacto con él. No reconocería a sus hijos por la calle. Para qué, además. No tenían nada que decirse. Con su hermano ocurría lo mismo. Eran dos gotas de agua. El hijo del primer matrimonio. Y los gestos, toda la postura. La manera como se frotaban la nariz, y caminaban ligeramente indinados hacia delante. Y es que en los hombres aquello era diferente. La prole no les interesaba. Tenían trabajo y aficiones: ordenadores, coches, saltar en paracaídas, jugar al Skat, criar avestruces. Su padre se iba siempre al bosque. A cazar.

Pero a su madre no le apetecía en absoluto fingir que recogía setas o frutas del bosque. Eso no hubiera podido funcionar mucho tiempo. Una mujer ingenua. Tal vez tuvo algún encanto en su juventud. Pero más tarde su belleza no pasaba de ser una afirmación temeraria. En el mejor de los casos, era una mujer que se cuidaba. Incluso en el hospital se arreglaba. Brillo céreo. Una reina de las nieves. Ojos como cristal de Bohemia. Artísticos, diáfanos, sin fondo. Por suerte había muerto.

—¿Cómo se llama el vacuno salvaje?

Un solo brazo.

—¿Sí, Ellen?

—Uro.

—Bien. —La atención empezaba a decaer otra vez.

—¿Y dónde vive actualmente el uro?

Vaga inseguridad.

—En Baviera. —La respuesta llegó de Kevin. Por lo visto, le parecía divertido.

—¡El uro se ha extinguido, está muerto, enterrado! Para siempre… ¡Aun antes que la vaca marina de Steller! ¡No lo olviden! —La tensión arterial. Tuvo que sentarse—. La vaca es el animal doméstico más antiguo y útil. Suministra carne, fuerza de trabajo y leche. Sí, con la domesticación de la vaca hace unos diez mil años comenzó la civilización. En realidad, el hombre civilizado ha

estado siempre colgado de la ubre de la vaca domesticada.

Sí, era una buena imagen. También hubiera podido enseñar filosofía. El tablero de la mesa lleno de tizas. Por más que se lavara las manos, nunca se quitaba del todo ese polvo.

—La crianza es una ciencia en sí. Una parte de la educación. La educación para el bien. Se hace hincapié en las características elegidas y se reprimen las malas. Se eligen los ejemplares productivos y sociables y se los sigue cruzando. Así, por ejemplo, se ha cruzado la vaca lechera de color blanco y negro de la RDA, que antes se criaba mucho aquí, con toros Jersey daneses, para aumentar el contenido graso de la leche. Y sus descendientes fueron cruzados, a su vez, con vacunos Holstein, para aumentar la producción de leche. El objetivo era conseguir una nueva raza de vacunos.

Caminos hacia la vaca socialista. Longeva, fértil y robusta. Dos pájaros de un tiro. Ubres rebosantes, músculos fuertes. Unos cuantos años de engorde con leche. Listos estaban el vacuno de doble utilidad y la puerca lanuda, lechera y ponedora.

—«Cultura» viene de cultivar. De la crianza de animales y la agricultura. Pueden escribir esto tranquilamente. Y los animales domésticos, por ejemplo, son bienes culturales. Monumentos vivos. Si se extinguen razas aisladas, se habrán perdido para siempre. No ocurre como con las casas, que se pueden reconstruir si vuelven a encontrarse los planos en algún lugar.

A ella siempre le había gustado ir al palacio. Tan luminoso. La luz. Amplio, realmente noble. Mármol blanco. Cristales ahumados de tono cobrizo. Y ese maravilloso restaurante en el segundo piso. Sillas de madera tapizadas junto a las mesas para cuatro personas. Todos los camareros llevaban la misma indumentaria. Un auténtico uniforme. En algún momento lo reconstruirían. Pero pronto ya no existirían las vacas de su infancia, las vacas lecheras de color blanco y negro de la RDA. El escaso esperma congelado que aún habían encontrado. La reserva de genes se había agotado.

—El vacuno de doble utilidad ha muerto. Actualmente ya solo hay vacas Holstein en los pastizales. Son auténticas productoras de leche. Verdaderas vacas de alto rendimiento. División del trabajo. —Por todas partes. Incluso las vacas se habían especializado.

Pero la clase ya había vuelto a perder el hilo. Eran incapaces de pensar sin dar rodeos.

El brazo habitual.

—¿Sí, Annika?

—Pero en realidad las vacas no se aparean, ¿verdad?

La entonación la delató. Era una pregunta retórica. Lo sabía muy bien. Conocía la respuesta y solo quería que le estampara en su cuaderno una abejita como signo de aprobación y reconocimiento.

—Annika, claro que las vacas no se aparean.

Las hembras se montaban una sobre otra a lo sumo para mostrarle al toro cuán en celo estaban.

—¿Cuál debe ser entonces la pregunta correcta, Annika?

Ceño fruncido. Boca abierta. Pues… Le resultaba penoso.

—Hmmm… Me refería al ganado vacuno. Ya no se aparean como es debido.

—No.

La tensión iba en aumento.

—Apenas se utiliza ya la cubrición natural. Resulta demasiado caro acarrear a los toros por la región. El técnico en inseminación artificial insemina a las vacas con semen congelado.

—Follavacas. —Una vocecita desde la última fila de bancos. Ferdinand. O sea que ahora él también. Retroceder poco a poco por el pasillo, directamente hacia él.

—No… ¡Toro con mochila! —Pero no era culpa suya. En cuanto las gónadas eran capaces de funcionar, surgía el impulso a la actividad sexual. Y cuando este no era experimentado a fondo, se abría paso a través del lenguaje.

Regresar nuevamente a la pizarra.

—Con la mano derecha se va palpando el recto de la vaca en dirección a la cerviz, mientras que con la izquierda se desliza cuidadosamente en la vagina la pistola de inseminación, en dirección al útero. —Inge imitó los gestos. Varios movimientos de los brazos. Inseminar era artesanía. Y parir era trabajo.

Las chicas, asqueadas. Y los chicos no se lo creían.

Eso era auténtica educación sexual. No esa verborrea insulsa sobre el escarceo erótico previo a la unión corporal. Los tortolitos, la erección del miembro. La eyaculación. La estructura y función de los órganos sexuales. Zonas erógenas. Higiene. Enfermedades. Protección. La sexualidad era un comportamiento del ser humano. Y la pubertad, una fase de su desarrollo. La cama, la célula más pequeña de la sociedad.

—Y para obtener el semen, el toro semental era llevado tres veces por semana a la cámara de inseminación, tiraban de él con una vara larga, bien atada al aro del hocico.

Kevin no dejaba traslucir nada. Impresionante. Lo hacía realmente bien. Ni siquiera tenía las ventanas de la nariz dilatadas.

—En la cámara de inseminación está lista la pareja. No una vaca, sino un toro. Un animal tranquilo, que el toro monta unas cuantas veces.

Para las vacas era demasiado peligroso. Se podían romper la grupa. Al toro que aguardaba erguido eso no le importaba en absoluto. De cualquier forma, los toros sementales montaban todo cuanto de lejos les pareciera unas ancas. También cuando eran de plástico, de altura regulable y colocadas sobre ruedas.

—Solo necesita intentarlo dos o tres veces para estar suficientemente estimulado y desenvainar el pene, que el inseminador aferra e introduce en la

vagina artificial.

Piel de caucho precalentado, temperatura adecuada, presión óptima, eyaculación inmediata. Eran los mejores toros sementales. Solo había pocos padres reproductores de alta calidad. El resto iba al matadero.

—El semen es diluido un centenar de veces, refrigerado a baja temperatura y repartido por todo el mundo. Una eyaculación basta para más de cien inseminaciones. Esa es la explotación efectiva de una cadena de estímulos clave. —Reflejo de arco de portal. Estimulación táctil por los intentos de cubrición en los que la cabeza y el pecho tocan el lomo del toro que hace las veces de pareja inmóvil. Como punto culminante, el reflejo de cubrición—. Para eso no necesita sentimientos. Todo se realiza de manera automática.

Miradas atontadas. Sí, había tantas cosas incontrolables… Sentimientos al parecer auténticos, que no eran sino estímulos clave. Ya sea el hipo, o el líquido que a veces uno babeaba de la boca al bostezar, o algunas glándulas que eran o no eran activadas. Oscilaciones hormonales. Reacciones químicas. Conservación de la especie. El proceso del parto no era sino la separación de la madre y del hijo inducida por hormonas.

—¿Son homosexuales o qué? —Paul. La sonrisa maliciosa no expresaba nada.

—Tú eres el homosexual. —Kevin, por supuesto.

En el nuevo plan de estudios se afirmaba, en efecto, que la homosexualidad era una variante del comportamiento sexual. ¡Como si la vida sexual necesitara variantes!

—La reproducción del ser humano solo conoce una vía: transmitir la información genética a la generación siguiente. ¿Se acuerdan ustedes de los paramecios? ¿Cómo era? Ellos pueden hacer ambas cosas. La división asexual transversal. Y la división longitudinal, en la que los organismos unicelulares se colocan unos junto a otros e intercambian diminutos núcleos celulares a través de un puente plasmático. Podría afirmarse que los paramecios inventaron el sexo. ¿Y para qué es bueno? Para renovar el genoma y corregir posibles defectos. ¡Recombinación genética! ¡Pluralidad genética! Esa es la ventaja decisiva. La partenogénesis y la autogamia valen solo para los seres vivos inferiores. Todos los organismos medianamente complejos se reproducen por la vía sexual. —Ahora podía apagar la luz. Había suficiente claridad—. La tarea más importante de todos los organismos es procrear el mayor número posible de descendientes. Se trata siempre de transmitir factores hereditarios.

De célula a célula, de generación a generación. Transmisión de información mediante cadenas de ácidos nucleicos, macromoléculas que aseguraban su permanencia a cualquier precio. Telegramas de comportamiento al mundo futuro. La vida quería vivir. Hasta los suicidas lamentaban su acción en el último momento.

Ya era asombroso que cada especie produjera individuos semejantes. Que

de los vacunos salieran vacunos y del trigo, trigo. Y que de un feto con aspecto de larva se desarrollara un ser viviente parecido a sus progenitores, ya fuera avestruz, caracol o ser humano. La especie era una comunidad de sexo. El instinto de reproducción era poderoso. Incluso los tigres y los leones sucumbían a él en cautiverio y procreaban entre sí híbridos infértiles.

—Y de las diferencias anatómicas entre los sexos resulta solo una acción concluyente y forzosa. La llave debe entrar en el candado.

El recto no era un órgano sexual. La enfermedad de los homosexuales. Era en verdad el más inteligente de todos los virus. Su táctica era francamente genial. Atacar precisamente el sistema inmunitario, que debía proteger el cuerpo de las infecciones. Un *thriller*. El enemigo en mi cama. Con la sexualidad llegó al mundo también la muerte. Enrollar preservativos en palos de escoba: tuvo que aprenderlo expresamente para la clase. Caucho sobre madera. Y llegó a escenificarlo con precisión técnica. Ella nunca los había utilizado. ¿Para qué, además? Antes tomaba la píldora. Todas las hormonas que contaminaban el agua subterránea y ablandaban a los hombres.

—Y ahora abran, por favor, el libro en la página ochenta y nueve. Tarea doce. Tom, lea en voz alta, por favor.

Annika hizo un mohín. El caballo de tiro estaba ofendido.

—«Decide en cuáles de los siguientes cambios de las características…».

¡Qué tartamudeo!

—«… se trata de mu-ta-cio-nes…».

¡Qué palabra tan difícil!

—«… o de modificaciones…».

¡Vaya incompetencia para leer!

—«… y justifica tu elección».

¿Y por qué el libro de texto los tuteaba?

—Gracias. Ahora toca trabajo personal. Las soluciones en el cuaderno, por favor.

Las pecas, el pelaje de invierno de los animales, los músculos de un físico culturista, los conejillos de Indias, ¿mutaciones o modificaciones?, ¿programa genético o influencia del entorno?, ¿dentro o fuera?

Un gritito de éxtasis.

—¡Oh, un conejillo de Indias! —Venía del corazón. Siempre había alguien al que le encantaban esos roedores idiotas. Esta vez, Laura.

Vértebras desviadas. Mechones exaltados. Crianzas absurdas. Mutantes. En ningún ecosistema de la Tierra había un lugar reservado para eso. A Claudia le regalaron uno cuando cumplió doce años. Regalo de una amiga. ¡Vaya amiga! Chantaje fue aquello. Freddy. Supuestamente, un machito. Y luego Freddy empezó a engordar cada vez más y al final parió dos crías. En todos los mamíferos no era tan fácil determinar el sexo como en el hombre. Pero ¿qué cabía esperar de animales que tenían el mismo aspecto por delante

que por detrás? Por suerte, los descendientes eran femeninos. Esos bichos maduraban sexualmente a las tres semanas de vida y no conocían el tabú del incesto. Freddy era *beige* con manchas marrón oscuro. La presentación estándar. Las pequeñas presentaban otras características debilitadas por la cría excesiva: pelaje con mechones rubio claro. Trasero rubio oscuro con mechas largas que recordaban un vestido de cola, en las que se enganchaban pequeños trozos de excrementos. ¡Qué hediondez en la habitación de la niña! Por suerte, Freddy murió al poco tiempo de un tumor cerebral. Enterraron los restos detrás del nuevo bloque de edificios, junto a los garajes. A las crías las regalaron.

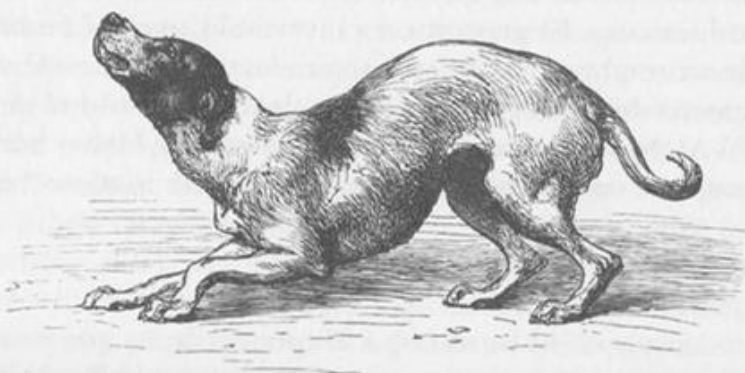
Niño y mascota. Eso nunca acababa bien. Regalarle un animal a un niño era una manera particularmente pérfida de torturar a los animales. Que no le hablaran de competencia social. Ahí solo se trataba de vida o muerte. El animal quedaba totalmente a merced del niño todopoderoso. Y los niños no eran inocentes. Nunca lo habían sido. Con todo el amor. Eran honestos sin hipocresía, brutales sin hipocresía. Como la naturaleza. Tarde o temprano el animal moría. Por lo general, temprano. Periquitos que se escapaban volando. Hámsters aplastados por vigorosas manos infantiles. Restos de pelaje en rigidez cadavérica. Y luego venía un gran griterío. El juguete había terminado de jugar. El duelo tenía otro aspecto. Peces ornamentales muertos sobre el enmoquetado. Patitas de mosca arrancadas. Ranas descuartizadas. Sobre eso no informaban los periódicos, pero sí sobre Rottweilers que devoraban bebés. Y esto era totalmente natural. El instinto de caza. ¿Qué había quedado de la naturaleza, de los instintos? El tirar de la trailla. Los roncos ladridos en la noche.

De niña solía pasar las vacaciones con sus abuelos. Tenían un campo y parte de un bosque. Beneficiarios de la reforma agraria. En el patio picoteaban gallinas alemanas blancas. En el corral se encaramaban en palos en estricto orden de picoteo. En el establo, una vaca y unos cuantos cerdos. La puerca en la paja, como muerta. Bajo la luz roja se pegaban los cochinillos a los pezones. Muy pegados uno al otro. Y siempre el riesgo de que la pesada madre aplastara a uno de los pequeños. Por todas partes niños del vecindario y nietos. Niños y heno. Niños a porrillo. Olor a establo. Calor de nido. Robaban los huevos a las gallinas en la paja y se comían las patatas destinadas a los cerdos, directamente de la olla. Metían la mano en el hocico de las terneras. El reflejo de prensión. Pánico al pavo, su obsceno moco en la cabeza, ese apéndice carnoso ornamental. Como si sacara a pasear su miembro sexual en la cabeza. Dos gatas que la mayor parte del tiempo estaban preñadas. A las crías las ahogaba el abuelo en la cuba de agua de lluvia. En un saco con una piedra. Abortos tardíos. Aún no tenían ni ojos.

—¿Quién de ustedes tiene una mascota? —Ahora era el momento oportuno. Los animales siempre resultaban atractivos. Incluso después de la

madurez sexual. Pero debían tener pelaje y pezones.

Ocho brazos se alzaron.



No hacía falta que preguntara por caracoles. Perros y gatos. Se veía enseguida. El hombre había domesticado a su peor enemigo. Había degradado al lobo a la categoría de un ser perruno. Del bosque a la pequeña cesta. Un acompañante sin dignidad. Y como luego se había aburrido de esa fidelidad que destilaba saliva, había metido en su casa también al gato. Increíble que eso se considerase domesticación. Solo porque el animal comía en una escudilla. El ronroneo era una estratagema de diversión. Una provocación única sobre el cojín del sofá. No era de extrañar que el pene del gato tuviera púas.

Pertinaz tamborileo con los dedos. Se habían imaginado algo así. Ahora tenía que abreviar. Hoy no habría clase de zoología.

—¡Ajá! Bien, bien, gracias.

—¿Y usted, Erika? —No había levantado el brazo. Ni dicho nada en toda la hora.

—Mi mascota se murió. Durante las vacaciones de verano. —Tono objetivo. Pero su mirada, el párpado colgante. Fuera del tiempo.

—¡Caray!

Ella no lo había querido.

Erika desvió la mirada, se encogió de hombros. Un animal herido. La reproducción asexual tenía una ventaja: no dejaba cadáveres. Los paramecios eran potencialmente inmortales. A ella le habían permitido una sola vez elegir un gatito. Uno negro con manchas rojizas. Era el más bonito, pero no el más fuerte. Murió al cabo de ocho días.

Ahora cambiemos de tema.

—No lo olviden: hay factores hereditarios e influencias medioambientales. El genotipo es invariable, pero el fenotipo puede ser totalmente diferente según las condiciones de vida. El aspecto de un organismo no lo determina solo el genoma. El ADN solo transmite los presupuestos. —Habas homocigotas, que en suelos distintos crecían con distinto resultado.

Se levantó un brazo.

—¿Sí, Tabea?

—Es como en el horóscopo. Depende de lo que se haga con él.

Tenía que ser, como en el cuento de hadas de la niña de las estrellas y los táleros. No solo tonta, sino también indiscreta. Estaba realmente en la luna.

Se volvió hacia la ventana. Las cornejas habían desaparecido.

—No todo pensamiento merece ser articulado.

Pasen a la página siguiente.

—Tabea, si quiere seguir estudiando en el instituto, compruebe por favor en adelante si de verdad tiene algo sustancial que aportar a la clase.

En plena cara.

—Y antes de abrir la boca.

Ahora sí que había cerrado la boca.

—Y averigüen su grupo sanguíneo. Y el de sus padres. Junto con el factor Rh.

Sonó la campana del recreo.

—A todos, hasta la próxima hora.

A ver si había alguno que no tenía padre. Ella se hallaba en el lado seguro. Todo estaba en el plan de estudios. Y estaba más cerca de la vida que la tarea que proponía el texto sobre los bebés trocados en la sala obstétrica. Además, siempre se exigía proximidad a la práctica. Y había ciertas dependencias forzosas entre padres e hijos. La verdad era exigible. También se podía exigir a los hijos. Precisamente a ellos. Tan temprano como fuera posible. La Bernburg le había restregado una vez por las narices que el guaperas de su hijo no era en absoluto de su marido. Llegó a un nido ya hecho. Llevar consigo un embrión nueve meses podía volverla a una muy segura. Y poderosa. No solo la reproducción era femenina, sino también el hecho de saberlo antes que el otro. Tampoco era tan guaperas el hijo de la Bernburg. Más bien un recuerdo de buenos momentos. Inge habría tenido problemas con un segundo hijo. Se lo habían dicho enseguida. Claudia era Rh positiva. Y ella Rh negativa. Formación de anticuerpos. Les había bastado con una hija. Los animales pequeños también producen estiércol, palabras de Wolfgang. Ella no necesitaba un *souvenir* como la Bernburg.

—Pueden irse.

Todos se precipitaron afuera. ¿Y Erika? ¿Qué estaba esperando? Pasó muy lentamente junto a la mesa de la profesora. Como si lo hiciera a propósito.

Mirada firme. Ojos verdes.

—Gracias. —En voz muy baja.

—De nada. —Seguro que no se lo comentaría a nadie.

En la sala de profesores estaba Thiele. Totalmente solo.

—¿No hay clases?

Él levantó la mano, como queriendo apartarla.

—No, ahora mismo tengo una hora libre. Hoy el curso duodécimo tiene preparación profesional en las dos primeras horas.

¿Qué hacían ese rato? Probablemente una visita a la Delegación del Trabajo. Aprender cómo se llenan las solicitudes de ayuda social Hartz IV. Inge puso la pila de papeles junto a él. Encima estaba la hoja de Erika. Su letra juvenil, grande y angulosa. Apenas había curvaturas y lazos. En efecto, había contestado a casi todo bien. Se reservaría para el final esa corrección. La hoja siguiente. Jakob. ¿Dónde estaba el lápiz rojo? Thiele podía volver loco a cualquiera. El periódico estaba delante de él. Pero él tamborileaba sobre la lata de pan y tenía la mirada perdida.

—¿Y tú qué clase has tenido? —preguntó. No sabía qué hacer consigo mismo. Un animal expuesto. Daba lástima.

—Biología en el noveno.

—Hmmm… —Meneó la cabeza.

Realmente, tenía mala cara. Kattner le había quitado su cuartucho ya antes de las vacaciones de otoño. Supuestamente era un cambio de utilización. Aunque más bien una recolocación. De todas formas, se daba pisto últimamente. A ella había querido prohibirle escribir en la pizarra los nombres de los perdedores en la hora de educación física. Pero ¿quién iba entonces a sacar las colchonetas y los aparatos después de la clase?

—Pues yo he tenido el undécimo curso. Sí, el undécimo he tenido. Historia reciente. Casi en el límite con la sociología. ¿Sabes?, aún no es historia propiamente dicha. La historia tiene que haber pasado hace ya cierto tiempo… y esta acaba de acontecer…

A Jakob le faltaban diez de treinta puntos. Y solo estaba en la tercera pregunta.

—¿Y tú?

Él se acercó, sacó una hoja de la pila y la miró.

—¡Ah! Genética. Mendel y esas cosas… —Parecía querer hacerle una confesión.

—¿Sabes qué es demencial, Inge? —Puso la hoja en su lugar—. ¡No estudié genética en el instituto! Solo Mitschurin y Lyssenko.

—¡Ah! El dios del jardín y el profesor descalzo. Retoños mutantes y trigo de Odessa.

La puerta se abrió y entró Meinhard. Saludó con la cabeza y se acomodó sin hacer ruido. Asombroso, dada su corpulencia. Thiele desplegó el periódico. Ella escribió la nota debajo de la última respuesta. Había corregido el primero. Siguiente candidato. Si se daba prisa, terminaría antes del recreo.

Thiele empezó a reírse disimuladamente.

—Mitschurin comprobó que la mermelada contiene grasa.

Ella también lo sabía.

—Por eso con cada comida comemos un montón de mermelada bien cocida.

Canciones de campamento infantil. La mermelada de cuatro frutas la vendían en paquetes de cartón. Y el té de escaramujo en cubos gigantescos. Aprender de la Unión Soviética significa aprender a triunfar. Eso lo marcaba a uno de por vida.

—Lo teníamos todo. Vivero y compás de Mitschurin. Incluso un club de agrónomos. —Deslizó sus manos huesudas sobre el tablero de la mesa.

—Mitschurin, nunca he oído ese nombre, ¿quién era? —Meinhard era un despistado total.

—Mitschurin cultivó centenares de nuevos tipos de frutas. Resistentes a

las heladas, y productivas.

Algunas incluso muy sabrosas. Peras de invierno. Manzanas Antonovka de libra y media de peso.

—Sí, lo cruzaba simple y llanamente todo. —Thiele, muy entusiasmado —: Fresas con frambuesas. Almendro con melocotón. Incluso calabazas con melones. ¡Matrimonios por amor entre distintas especies de plantas! Así los llamaban.

Para nada matrimonios por amor. Organismos que son obligados a cruzarse. Matrimonios forzados, eso eran. Frutas con verduras. Algo francamente inmoral.

—¿Sabéis cómo murió? —Thiele sonrió otra vez maliciosamente, por precaución.

Un chiste viejo.

—Se cayó de un arbusto de fresas cultivado por él mismo.

—¡Exactamente!

Carcajadas roncas de Thiele. Tos de fumador. Su caja torácica temblaba.

Meinhard seguía sin parecer impresionado.

Inge puso a un lado el lápiz rojo.

—El mayor mérito de Mitschurin consistió en ser el primero que encontró para cada planta aprovechable la pareja adecuada para injertar.

Mutantes de retoños. La mezcla de las savias. Una forma de injertar. El principio era apreciado incluso en el instituto. Sentaban a un idiota junto a uno que aspiraba a mejorar y confiaban en que este ejerciera una influencia positiva sobre aquel. El profesor como jardinero. No en vano eso se llamaba vivero. Arrancar la mala hierba y confiar en la cosecha. Algún día. Solo que la cabeza de los más inteligentes no crecía por desgracia en cuerpos tontos. Injertar no tenía sentido en este caso. Y ¿de quién debía ser la cabeza? Tampoco quería tener su clase llena de Annikas. Hacer que un árbol creciera de un hueso de cereza duraba una eternidad. Y cuanto más vástagos hubiera, menor era el rendimiento. Los hijos de los Marten también tenían la cabeza bastante diminuta.

Meinhard sacó su bocadillo, como si ya lo supiera. Y no tenía la menor idea.

Ella aún no había acabado.

—Por entonces se creía que era posible modificar las plantas si se conocían con la máxima precisión sus condiciones de vida. Por eso se estudiaron las necesidades de la col, de las patatas y del trigo. Solo para inducirlas a plantear exigencias totalmente nuevas. Por supuesto, solo las deseadas.

Una única complacencia y reacción contraria. La educación del mijo. La conquista del pan. El campo como laboratorio. Experimentos para los que las plantas eran castradas, a fin de impedir que se autopolinizaran. Un ejército de campesinos que salían al campo con pinzas y pinceles para eliminar las anteras

y fecundar artificialmente a las plantas. Un pueblo de abejas.

—Y de hecho funcionó. —Thiele, con aire de estar mejor informado—. La jarovización.

Cuánto tiempo hacía que Inge no oía esa palabra.

—La vernalización del trigo.

Los cereales eran inducidos a germinar ya antes de la siembra. Semillas que eran iluminadas las veinticuatro horas del día, tratadas con rayos ultravioleta, ablandadas en cubas. Depósitos gigantescos. Ventanas abiertas con temperaturas bajo cero.

Meinhard mascaba y asentía con la cabeza, pero no daba la impresión de comprender. ¿Para qué, además? Había crecido sin brigada de padrinos, no conocía las cosechas de los temporeros, ni las breves vacaciones en las que los alumnos cosechaban patatas. Seguro que nunca había trabajado en el campo. No tenía la menor idea de lo que estaban hablando.

—Dicho en lenguaje común y corriente, creían que si metían primero los gérmenes de trigo en la nevera, podrían cultivarlos también en Siberia.

—Ya lo entiendo.

Pues no lo parecía.

—Aquello nunca funcionó del todo, claro. Y si a veces salía algo bien, la inversión superaba ampliamente al beneficio.

—No es cierto. —Thiele, con ganas de pelear.

—Oh, venga ya. Lyssenko lo echó todo a perder. ¡Valiente darwinismo creativo! Eso era pura biología de koljós. Las leyes de la naturaleza no valían nada. La práctica fue enaltecida y se desdeñaron una serie de conocimientos teóricos fundamentales. La teoría pasó a un segundo plano.

—Pero la teoría funcionó. —Thiele lo decía en serio.

—Pero solo en teoría.

—¿Y cómo si no? —Estaba enfadado.

—La teoría de la gravitación también es solo una teoría. —Ahora Meinhard quería hacer las veces de mediador.

—Cuánta verdad, amigo mío. —Alabanza de lo antiguo. Thiele el sabio.

Se lo habían imaginado así. ¡Vaya tontería!

—Sí, pero era evidente que los planetas se atenían a ella. Pues no hay teoría sin práctica.

—Sí, sí, es como en las matemáticas. Ahí hay cosas que no se sabe para qué son buenas, sino solo que son fácticamente correctas. Que son verdaderas en sí.

Como si eso importara algo. Todo ser humano es verdadero en sí. Puro instinto de autoconservación.

—En las mates uno puede confiar siempre. Son una ciencia pura. La más fiable de todas.

¡Dios mío, un fanático total y absoluto! Poco después de los estudios aún

eran reos por convicción.

—Y tan fáciles de corregir. —Inge no pudo prescindir de la anotación. En cualquier caso, los números eran más fáciles de descifrar que los garabatos de Ferdinand.

¡Caray!… O sea que Meinhard podía tener cara de malo.

—En cualquier caso, en las matemáticas no hay falsificaciones. Aquello fue…

—Lyssenko no era un falsificador. —Thiele estaba ahora fuera de sí—. Tal vez no estaba muy al tanto. Pero tenía visión. ¡Cereales en el círculo polar! ¡Revolucionar la naturaleza!

¡Pan para el mundo! No lo olvidéis: fuimos los primeros en el cosmos. íbamos por delante.

El tema de Thiele. Tratamiento con rayos ultravioleta y viajes alrededor de la Tierra. Al Sol, a la Luna y a los campos de cereales siberianos, remolachas en Asia Central, fresas en la estepa. Del koljós a la célula. Sígueme por el sendero de Mitschurin. Un camino del bosque. Trigo con varias espigas en un tallo. Estaba claro: si el trigo duro de verano se dejaba transformar en trigo duro de invierno, ¿por qué no el trigo en centeno y los abetos en pinos?

—Todo eso estaba bien, muy bien, pero ¿por qué tenían que decir tantas tonterías? ¡Cuántas cosas se anunciaban! Que transformaban bacterias en virus. Y células vegetales en células animales. O que podían obtener células de la materia orgánica muerta. Y vasos sanguíneos de la yema del huevo, ¿o bien hablaban del proceso de cultivar patatas en suelos divididos en pequeños cuadrados y de las cabañas para cerdos? ¿Y qué había de los establos abiertos para vacunos? Supuestamente, debían de ser una forma natural de preservación de los animales. ¡No me hagáis reír! Los animales se quedaban en su propia mierda y en invierno se morían. Puede que la biología proletaria buscara una orientación práctica. Pero no podía utilizarse.

Si se les cortaba la cola a los animales, no por eso tendrían descendientes sin cola. Los experimentos necesitaban tiempo. Las conclusiones necesitaban tiempo. Todo necesitaba tiempo. Pero nadie tenía tiempo. Querían resultados rápidos. Cosecha abundante. Espigas gruesas y ubres rebosantes. Los pequeños toros Jersey con las gordas vacas Kostroma. Con mierda querían hacer bombones.

Thiele suspiró.

—A decir verdad, el método más importante del marxismo-leninismo es analizar las cosas a fondo.

—¿De veras? No lo habría pensado. —Meinhard era extraño. Nada de barba, pero sí pelillos en las orejas. Si a los corzos se los castra demasiado tarde, les crece una peluca en vez de la cornamenta.

—Tienes razón, Inge. Demasiada propaganda. Y no nos hacía ninguna falta.

Primero los escarabajos de la patata, que supuestamente unos aviones norteamericanos habían lanzado para destruir las cosechas. Un penique por pieza. Frascos de mermelada llenos. ¿Y el maíz, que de pronto empezó a cultivarse en todas partes y contaminaba el suelo con nitrógeno? La salchicha en el tallo, lo llamaban. ¡Vaya estupidez! En cualquier caso, nadie había visto trigo con varias espigas en un solo tallo. Los campos de Mitschurin seguían siendo escasos, agostados por el tórrido calor estival. Al final el que se comía los sembrados era siempre el gorrión. ¿Y qué inferían de eso? Que el gorrión era una de las cosas que más perjudicaba la economía. Y que el rendimiento de la cosecha dependía sobre todo de una siembra correcta. Si un experimento no quiere salir bien, hay que pensar cómo formular el enunciado debidamente. Palabras de su profesor de genética cuando descubrió las moscas de la fruta que ellos habían matado. Todos sabían a qué se refería. Sin tapujos ni cortapisas. Un leve empujón en la dirección correcta. Para que todo salga bien. Lo que no es apropiado se adecúa. A la Teoría del Todo sigue la prohibición de hablar.

—En Budapest destruyeron incluso cultivos enteros de moscas de la fruta. Como símbolo del morganismo.

—Está bien, Lohmark; de todas formas, ha vencido tu genética capitalista norteamericana.

Esa no era en absoluto su genética. Incluso en la biología había obviamente orientaciones religiosas.

Thiele estaba mosqueado. Cruzó los brazos; ¿por qué siempre tenía que tomárselo todo como algo personal?

Meinhard apoyó los codos en la mesa.

—No entiendo qué es realmente tan capitalista en la genética.

Mirada a Thiele. Él debía responder a esa pregunta.

—Pues… Afirmar que todo es factor hereditario…

Thiele sopesó su manojo de llaves en la mano.

… la vida predeterminada. El número del destino: el pobre sigue siendo pobre, y el rico, rico. Esa mierda burguesa.

Siempre con los viejos dichos.

—La transformación de la sociedad no se detiene ante la naturaleza. ¡La naturaleza es una parte de la sociedad! ¡Y debe ser igualmente revolucionada! Si cambiamos el entorno, las costumbres, a corto o largo plazo cambiaremos también a los hombres. ¡El ser determina la conciencia! Es obvio.

Las llaves cayeron sobre el tablero de la mesa.

—Quiero decir que es algo así como la competencia en el interior de las especies… aunque eso puede afirmarlo solo una sociedad en la que se aplica día a día. Pero eso no es una ley natural, ¡sino una construcción de la cosmovisión capitalista! —En ese momento Thiele se encendió de verdad. Tenía las orejas totalmente rojas.

—Ah, Thiele, nos hemos engañado mutuamente y a nosotros mismos… Hemos negado que hay tales y cuales hombres. Buenos y malos. Perezosos y diligentes. No se puede sin más ni más convertir a todos los niños campesinos en profesores universitarios. La educación no lo es todo. Y olvidémonos de la unidad biopsicosocial. Nos hemos esforzado mucho con los últimos idiotas, empollando con ellos durante las vacaciones de verano. Todas, horas de repaso no pagadas. Pero que el socialismo triunfe no es algo tan seguro como la ley de la gravedad.

Thiele se inclinó hacia delante.

—Pero también ha salido bien muchas veces. ¿Qué fue de esa bióloga marina? Provenía asimismo de una especie de familia Martens.

—No con tantos hijos. Pero más alcohol. —La excepción de la regla.

—Además —Thiele se levantó y acercó la silla—, si solo se permite enseñar lo que es absolutamente impermeable, tendríamos que cerrar todos los institutos.

—Pero las matemáticas… —Meinhard de nuevo.

Thiele hizo un gesto de rechazo.

—Está bien. Tú también aprenderás que en la vida hay cosas más importantes que tus necias ecuaciones. Pues una cosa sí puedo decirte: la realidad, lo que acontece en el mundo es incalculable. De pronto estalla en algún lugar una bomba, y ya estamos en la próxima guerra mundial.

Apoyó las manos en el respaldo de la silla. Parecía dispuesto a pronunciar un discurso. Por encima de sus cabezas.

—Nos interesaba la superación de las circunstancias existentes. La superación de la forma de sociedad capitalista.

—Pero la naturaleza no se deja superar.

¡Cómo no se daba cuenta! Lentamente empezaba a crisparla. Tendría que terminar de corregir los trabajos más tarde.

—Si es capitalista, sí.

Simplemente incurable. Creía que lo sabía todo. Cuanto mayores eran, más peculiares se volvían.

Meinhard suspiró.

—Hombre, es que aún estáis metidos en ese modo de pensar.

—Dime, amiguito, ¿cuánto tiempo hace que vives aquí? —Thiele volvió a sentarse. Postura de interrogatorio.

—Un año y medio. —Muy orgulloso. Como si esto fuera Siberia.

—Y dime, ¿te gusta vivir aquí?

Nunca se lo había preguntado, ¿por qué de pronto le interesaba?

Meinhard titubeó, sin duda desconfiaba, no era de extrañar.

—¡Ah! Pues no sé, sí, mucho, quiero decir. Pero aún no está todo listo.

—¡Ya lo ves! —Thiele levantó el índice. Un viejo maestrillo de escuela—. Porque esto de aquí es un país utópico.

Cuando los comunistas sueñan. Fantasías del Lejano Oeste. Ahora sí que estaba perdiendo el control de sí mismo. Riqueza para todos. Algas sobre el pan. El hermanamiento de todos los pueblos. Derretir los casquetes polares. Irrigar los desiertos, domar osos. Desecar el mar Mediterráneo. Erradicar el cáncer, la vejez, la muerte. De todas formas, era más original que subastar vuelos privados al cosmos o clonar ovejas. La primavera anterior habían creado un embrión híbrido. Un ser combinado de hombre y vaca, que habían destruido después de tres días y cinco divisiones celulares. El superhombre era solo una cuestión de tiempo. Al espíritu no se le puede prohibir que piense. Pronto injertarían de verdad cabezas de inteligentes en cuerpos de tontos.

—Ya hablas como Kattner.

—¡Ah, ese! Os lo aseguro, Kattner nos liquidará a todos. Uno tras otro. Al final solo enseñará él.

Mirada de conjurado.

—¡En cualquier caso, yo me quedaré aquí! Hasta que el agua se pudra en las tuberías.

Dobló el periódico.

—Y algo más: este es un pequeño paso atrás. Pero las generaciones futuras nos darán la razón. La historia venidera. Solo falta que crezca un poco de hierba encima, y luego volverán a atreverse. A una verdadera revolución. —Se retrepó en su asiento—. Con los libros de lectura de aquí no puedes trabajar. En ellos se vende la reunificación como revolución. Es inconcebible. Todo contaminado.

—Hoy como entonces. —Era verdad.

Thiele volvió a levantarse.

—Inge, entonces teníamos un motivo para eso. Se trataba de algo. Pero lo de ahora… Llamar revolución a una anexión pacífica. ¡Revolución! Imagínate. —Estuvo a punto de soltar un gallo—. ¡No me hagas reír! ¡Algo tan poco sangriento como eso! Hace falta violencia para mover algo realmente. Hoy ya nadie tiene la menor idea de lo que significa luchar. Por un país. Por la causa justa. Tienen que rodar cabezas. Arder barricadas. —Ya estaba en la puerta—. ¡Todo lo que hoy se llama revolución es falsificación de la historia! — Incorregible. Ultimas palabras. Salió dando un portazo.

¿Adónde quería ir? Aún faltaba mucho para el recreo.

En el patio del instituto todos formaban un paseíllo. La totalidad del alumnado, ordenados por año de nacimiento. A la izquierda, los cursos superiores. A la derecha, los inferiores. Todos alineados unos junto a otros sobre las placas de cemento resquebrajadas. Si al menos fuera según la estatura… Los profesores junto a los portavoces de los cursos. Como era de esperar, Annika había sido elegida. Ahí estaba de pie, lista para combatir. La espalda curvada. Seguro que hubiese llegado a ser una buena secretaria de la Juventud Libre Alemana. Ahora solo faltaba que todos se cogieran de la

mano, como en esa cadena humana que habían formado aquella vez a lo largo de la B-Noventa y seis. Una gran cruz a través de los dos Estados federales alemanes. Divertido. Ella no sabía para qué lo habían hecho. O contra qué. Perjuicios tardíos por asistir a todas las manifestaciones masivas. En algún momento ya solo por el tipo de flores se podía saber si era el Primero de Mayo, el cumpleaños de la República o el día del Profesor. Lilas, dalias o peonías.

Entonces apareció el maestro de ceremonias. Kattner salió del edificio principal, avanzó a grandes pasos por el corredor formado entre alumnos y profesores y se plantó en el escalón más alto, ante la entrada principal.

De su cartera sacó una pistola del tamaño de un revólver de señora, y la apuntó hacia el cielo. Esa era la señal para esconder la cabeza. La arenga de Kattner al pueblo. El primer miércoles de cada mes en el recreo largo.

En realidad él quería que en esas ocasiones una banda de músicos tocara algo.

Pero habían conseguido disuadirlo de esa idea. Solo habría faltado eso. Timbales y trompetas. Pero al final le había entusiasmado la idea de Inge: iniciar su discurso del miércoles con un disparo de la pistola que ella solo volvería a utilizar en la fiesta deportiva del verano. El estallido. Un disparo de salida.

—Queridas alumnas… —silencio dramático—… y queridos alumnos. Sin olvidar: muy estimados colegas.

Siempre esas exageraciones. Su sonrisa de vendedor. Los vacunos no disponían de ninguna mímica. Solo podían comprenderse con el cuerpo.

—El instituto es, y esto forma parte de su naturaleza, un espacio de cambio, de transformación…

O sea, una ceremonia oficial con banderas, de esas que antes se organizaban una vez por semana en los patios de los institutos, antes de empezar las clases, por la mañana. Solo que esta era sin banderas, aunque con mucho discurso. Hagamos florecer cien flores. Hagamos competir cien institutos entre sí.

—Aquí aprenden ustedes lenguas extranjeras…

Si Inge apretaba los párpados, la cabeza de Kattner no era sino un punto claro ante las puertas de vidrio. Todo se veía como la entrada de ese instituto en los antiguos billetes de veinte marcos, los pequeños papelitos verdes. Con niños que salían de la escuela, dando traspiés, felices, hacia la tarde. Una escalera para las fotos de cursos. La escolarización de Claudia. El agujero entre sus dientes encima de la bolsa de azúcar. Detrás de todo, tercera fila. Alta. Ella hubiera preferido tener un hijo. A veces soñaba con un chiquillo, de unos diez años y ojos tristes, que le enterraba la cara en el regazo. Como un cachorro. Y olía a pinos y brisa marina.

—Aquí aprenden el canon de la cultura y la historia tradicionales.

¿De dónde habría copiado todo eso? ¿Se lo habría escuchado alguien? La cara de luna de Meinhard. Un botón de su gabardina se había salido del ojal. Parecía una matrona vieja. Y Thiele estaba ahí con la cabeza inclinada, como en un entierro. Los alumnos se hallaban asombrosamente tranquilos, adaptados como nunca.

De pronto apareció marchando la Bernburg con el duodécimo curso. Ocuparon sus puestos. Cada uno llevaba un libro verde bajo el brazo.

Kattner no se dio por enterado, siguió hablando imperturbable…

—Aquí aprenderán a familiarizarse con los fundamentos de las ciencias naturales.

¿Qué olor era ese? Las ventanas de los retretes estaban cerradas. Apestaba a vómito. Ácido butírico. ¿Habría vomitado alguien en el patio del instituto? Intoxicación alcohólica. Todas las narices alerta.

—El instituto humanístico es una conquista de nuestro Estado liberal democrático.

Humanismo, antes era una procacidad.

Detrás de él, una gran mancha blanca en la pared. Para tapar las pintadas. Lo principal era que la fachada se viera en buen estado. Él ya se encargaba de las consignas.

—Pues solo en una sociedad libre y democrática puede transmitirse el conocimiento, que…

Pero si todo era la misma cosa. Quitemos democrática y libre y sustituyámoslas por socialista. Quedaba siempre la formación de personalidades desarrolladas por todos lados. En el centro siempre estaba supuestamente el hombre.

Antes debía educarse a los niños para que se convirtieran en personas progresistas y pacifistas; ahora, para que se convirtieran en personas libres. Y eso que la libertad no era otra cosa que la intuición perspicaz de la necesidad. Nadie era libre. Y tampoco tenía por qué serlo. Solo la escolaridad obligatoria. Eso era una privación de la libertad organizada estatalmente. Urdida por la Conferencia de Ministros de Cultura. No se trataba en absoluto de transmisión de conocimientos, sino de acostumbrar a los niños a un decurso del día regulado y a la ideología imperante en ese momento. Eso era asegurar el dominio. Unos años de vigilancia para evitar lo peor. El instituto como ocupación silenciosa hasta la mayoría de edad. Buenos ciudadanos. Súbditos obedientes. Reservas para el sistema de pensiones.

—Análisis. Interpretación. Actuación independiente. Capacidad de juicio. Pensamiento crítico…

Ella sabía de qué iba eso. El pensamiento crítico siempre estaba permitido. Solo que debía ser fiel a la línea. Precisamente en un sistema enfermo había que prestar atención a la salud. Y el núcleo de toda salud era la adaptación.

—… pero ¡sobre todo creatividad!

Y ahora ese argumento irrefutable. La creatividad era como Dios. No podía medirse, no podía probarse, es decir, era inexistente. Una quimera a la que se aferraban los fracasados. Quien no sabía nada, al menos era creativo. Y lo principal: que la Schwanneke estaba feliz. Como si él le hubiera otorgado una condecoración en presencia de los ahí congregados.

—La división de todo el conocimiento en disciplinas aisladas e independientes solo es provisional. Todas están, en última instancia, emparentadas entre sí.

¿Y qué? ¿Qué significaba eso? Todos los hombres estaban emparentados entre sí. Al nacer uno caía en la trampa de la que nadie escapaba. Todos eran seres que tenían padre y madre. Dos personas a merced de las cuales uno estaba durante años. Dependencia por privación duradera de la libertad. El silencio en la siesta bajo la liebre de Durero. Los largos pelos de su barba, la cruz de la ventana en su pupila negra. Las patas delanteras juntas, listas para el salto. En algún momento empezaba la habituación, que uno podía confundir fácilmente con la proximidad. La piel asquerosa sobre la leche calentada. El síndrome de Estocolmo. Y lo único que le dejaban a uno era el genotipo.

—Nunca acabamos de aprender… aprendemos a lo largo de toda nuestra vida… no para el instituto… para la vida.

No le parecía indigno ir desgranando en público perogrulladas de almanaque. Ahora solo faltaba Lenin: aprender, aprender y seguir aprendiendo. El mal olor no se disipaba. Lo mejor era respirar por la boca.

—Realmente vamos al instituto durante toda nuestra vida.

Es lo que hacían ellos, sí. Pero ¿de qué servía? De cualquier forma, no podían prepararse para los grandes desafíos. Nacer, crecer, tener un metabolismo, envejecer. Eso no podía aprenderse. Todo eso se producía espontáneamente. Para ella seguía siendo un misterio la razón por la que sus padres habían vivido juntos. Dos personas que por razones inescrutables dormían en la misma cama doble todas las noches. Sin necesidad. Una pareja no eran, en cualquier caso. Nunca lo habían sido. Su padre murió muy tempranamente. Se desplomó de repente. Como si no hubiera tenido valor para regresar de uno de sus largos paseos por el bosque, en los que ella lo había acompañado con frecuencia. Observaban animales y recogían setas, que luego su madre les preparaba a regañadientes. Y cada pluma que encontraban la metían en una bolsa que, en primavera, vaciaban en la pradera. Como ayuda a las golondrinas para que construyeran sus nidos. Una vez la había dejado participar en el ejército de arrieros que golpeaban los troncos con los palos. Los jabalíes ahuyentados por las escopetas. En la espesura los fusiles de quienes tenían autorización para cazar, los miembros del Partido, los colegas de su padre. Un privilegio de su cargo. Dirección del Consejo del Distrito del Partido. En qué trabajaba realmente no lo sabía ni su madre.

—Vivimos en una sociedad del conocimiento, la educación es el bien

supremo…

Era obvio que siempre había que invertir en educación. Quien estudiaba se acababa marchando. El afán de saber, eso era procreación, alimentación y reproducción. Elogio de la monogamia. Dilema de la conservación de la especie. Células que se multiplicaban y morían. Trocitos protoplasmáticos. Camarines diminutos, unidades microscópicas muy ampliadas. *Omnis cellula a cellula*. Un todo hecho únicamente de partes aisladas. División del trabajo en grado sumo. Cada organismo, una máquina extraordinariamente complicada. Un Estado en el que cada parte, por mínima que sea, tiene su tarea. Colonias de células genéticamente idénticas. La convivencia de ciertas células a costa de otras. El mejor Estado. El país más hermoso. Nuestra patria. Por el Este sale el sol. Palabras de su padre. Ir hacia la luz. Como las plantas.

—Recuperaremos este instituto para el futuro…

Una vez la dejó cruzar con él la frontera. A su ciudad natal. Nueva red vial. Bloques de viviendas funcionales. El mercado como un cráter volcánico. Él no reconoció nada. En la estación del ferrocarril el nombre, traducido al polaco. Realmente asombroso. Solo porque la misma posición geográfica continuaba estando habitada. Habría que cambiarles el nombre a las ciudades cuando el genotipo urbano cambiaba excesivamente. Ya no era la misma ciudad. Una especie totalmente nueva.

—… Y solo en forma conjunta…

Cooperaciones con el poder del Estado. La ayuda mutua en el reino animal y humano. El comportamiento cooperativo era correspondido con la cooperación. Como tú a mí, yo a ti. A veces el coyote y el tejón iban juntos a cazar a la marmota. El tejón cavaba los agujeros para hacer que las víctimas salieran de sus escondrijos. A la salida atacaba el coyote. Al momento de comer, con frecuencia le daba prioridad al tejón. Pero a veces también se lo comía. La cooperación era siempre un riesgo.

—… Y solo en forma conjunta, unos con otros y…

Un dar y recibir. ¿Qué quería decir exactamente Kattner? Antes daban de comer a las gallinas la boñiga de los vacunos, y a estos el excremento de las gallinas. Clara de huevo contra genotipo. Energías no digeridas. Talentos en barbecho.

—La evolución no solo tiene que ver con el crecimiento…

Renovación celular a cualquier precio. Servicio según prescripción. Decurso sin fricciones. La célula era política. La familia, la célula más pequeña de la sociedad. La pirámide de las edades de la vida. En la cúspide estaba la familia. ¿Qué familia? Ella tenía un marido que amaba los avestruces, y una hija de la que a duras penas lograba acordarse. La célula. El centro de todas las enfermedades, de todos los males. Que su padre simplemente hubiera muerto así. Ella había encanecido en tan solo unas semanas. Disminución brusca de la melanina. Poco antes había cumplido treinta años. Claudia estaba en un

campamento de vacaciones. ¡Qué susto se llevó al regresar! La niña casi no la reconoció.

—Todo lo contrario: nos reducimos. Pero nos reducimos sanos…

Esa pestilencia era realmente bestial. Unos cuantos ya se tapaban la nariz. Al parecer, la Schwanneke había perdido el sentido del olfato. Seguía sonriendo en todas las direcciones.

Al año siguiente tuvo a Claudia en la clase. Hoy ya no estaba permitido. Y eso que muchos colegas habían tenido a sus propios hijos en su clase. Seguro que Claudia no había padecido por eso. Una sabía adonde pertenecía. Tenía sus ingresos. Sabía que la chica estaba bien provista de todo.

—Pero esto aquí no es un vacío. Son espacios inexplorados de posibilidades…

Ya estaba hablando como Thiele. Los mismos gestos, el mismo *pathos*. El azul del cielo.

—¡Tanto espacio, espacio para lo nuevo, espacio para las ideas! —Abría los brazos. Hubiera debido ser pastor. El pastor Kattner. Ya el miércoles el sermón del domingo.

Por fin cayó en la cuenta de qué era lo que apestaba ¡El árbol de gingko! ¡Cómo no se había percatado antes! Eran los frutos reventados, la pulpa de la semilla podrida. Un olor acre, rancio. Ese árbol gigantesco era un remanente del antiguo vivero, pensado como adorno. Con su pequeña placa y el poemita. Lo Uno que se divide. Ni árbol de hoja caduca ni conífera. Germinado a partir de una semilla el año goetheano de mil novecientos ochenta y dos. El árbol de Goethe. El hueso de Goethe. Él había creído descubrir realmente el hueso intermaxilar. Haber investigado lo investigable. Si era un árbol masculino o femenino solo se sabía al cabo de veinte años, cuando daba sus primeros frutos. Casi como el conejillo de Indias. Hacía unos cuantos años que el gingko había alcanzado la madurez sexual e infestaba el aire cada otoño. Miserable gimnosperma.

—De vosotros, queridos alumnos y alumnas, dependerá lo que llegue a ser esta región.

Llamada a la conciencia. ¡Juventud, escuchad las señales! El fracaso como oportunidad.

—Vuestra generación es la que…

Aquello siempre dependía de las generaciones futuras. El futuro se vendía una y otra vez a la juventud.

El viento era desfavorable. ¡Qué hedor tan insoportable! Se podrían clavar clavos de cobre en el tronco. Pero probablemente ni así disminuiría. Esos árboles eran indestructibles. Fósiles vivientes como los inmóviles lagartos gigantes de las islas Galápagos. Un gingko había sobrevivido incluso a Hiroshima. Podían llegar a los mil años. Como esas secuoyas que querían ir a visitar con Claudia. Pero al final no llegaron a viajar al norte. Arboles de la era

paleolítica. Aquel lugar era un paisaje único de los tiempos primigenios. Todo demasiado grande y amplio. Demasiado inabarcable con la mirada. Cuando descubrieron y colonizaron ese continente habían tenido todas las posibilidades. ¿Y qué había resultado de todo eso? Casas de cartón y madera. En cambio, su casa era sólida. Armarios roperos tan grandes como habitaciones. Autopistas de cinco carriles. Aceras muertas y calles que se llamaban como series televisivas. Y ciudades que solo existían porque se había inventado el aire acondicionado. La guía con una de esas ingenuas caras estadounidenses en las que aún se reconocían los restos de fisonomías de europeos inmigrados. Un pueblo de inmigrantes. Claudia iba traduciendo. Continuamente le exigía a Inge que mirase alrededor. No paraba de hablar sobre el agua que en otros tiempos había habido allí, un océano gigantesco. Y afirmaba que ese desierto no era sino el fondo de un mar enorme, y esas montañas rojas, extrañas, una cadena montañosa submarina. Pero ahí solo había un paisaje muerto. Cactáceas picoteadas por pájaros carpinteros que habían anidado en ellas. Más tarde, en la reserva indígena, mujeres indias gordas acuclilladas ante contenedores que servían de vivienda. Cercos y tierra baldía en la que parecían cultivar bolsas de plástico. No estaba permitido mirarlas ni fotografiar sus tumbas. Por todas partes letreros que prohibían cosas. País de la libertad.

Sonó el timbre. Fin del recreo largo. Aunque no lo suficientemente largo para Kattner. La vez anterior también se había excedido unos minutos. Poder del autócrata. Predicar la democracia e imponer la propia voluntad. De todas formas, daba igual qué nombre se le diera. Justa no era, en cualquier caso.

—¡Sed valientes! ¡Quedaos aquí! ¡Cambiad algo! ¡Cread perspectivas!

Inge conocía eso. Al final todos los discursos se diluían en consignas. Ninguna forma de Estado era mejor. Todo se organizaría espontáneamente.

La tía Anita se había vuelto a portar bien con ella. Una ración enorme. Albondiguillas de Kónigsberg. Alimento escolar acreditado. El plato estaba lleno hasta los bordes. Había que cuidar que la salsa no goteara sobre el linóleo.

Inge llegó temprano. La mesa de los profesores aún estaba vacía. Detrás, unos cuantos alumnos. Un ambiente francamente pacífico. Por fin estaba sola. Le parecieron incluso sabrosas.

Un manojo de llaves se estrelló contra el tablero de la mesa. Atadas con una pequeña cinta.

—¡Buen provecho a todos! —La Schwanneke entró en escena—. Enseguida estoy con ustedes. Puedo, ¿verdad?

¿Para qué preguntaba? Una plaga. En ningún lugar se estaba a salvo de ella. Al parecer, seguía rebosando buen humor. Extasiada por la prédica de

Kattner. Se sentó y se deslizó fuera de su abrigo.

—El director tiene razón. En efecto, nunca acabamos de aprender, ¿verdad?

¡Qué papagayo! Tenía que repetirlo todo.

—Realmente vamos al instituto a lo largo de toda nuestra vida. —Desplegó la servilleta y se la puso en el regazo.

Poco a poco se enfriaba la comida. Al parecer, no tenía mucha hambre. Tal vez hacía dieta. Ese tipo de mujeres siempre hacen dieta. Cocinar no he cocinado, pero mira cómo existo.

—¿*Frau* Schwann… e… ke…?

Que los alumnos tuvieran que prolongar siempre al infinito la última sílaba. Con su apellido no podían hacerlo, por suerte.

Una chiquilla. Nariz pequeña. Ojos grandes. Labios muy finos. A juzgar por el tratamiento de usted, décimo curso. El tuteo era a partir del undécimo.

—¿Síííí? —La misma entonación exagerada. La Schwanneke giró muy lentamente el tronco. Cómo disfrutó haciéndolo.

—¿Tenemos que presentar mañana mismo el poema?

—Pero Karoliñe, eso ya lo habíamos acordado.

¡Qué dientes tan grandes tenía la Schwanneke! Las encías se le habían reducido.

—Es que yo solo tengo el comienzo.

—Pero eso es estupendo. Mañana comentaremos en clase qué podríamos hacer, ¿vale?

Insinuación de la bondad suprema.

—Gracias, *Frau* Schwanneke.

Solo faltaba que la chica hiciera una reverencia. Esa mujer no podía ser tan querida.

—Pues sí… los queridos alumnos… —Cantilena meditativa. Aplastó sus patatas—. Todos son de algún modo mis hijos.

No hacía falta escuchar. Era siempre la misma canción. El tenedor se dirigió a la boca. Por fin introdujo allí unos bocados.

—A algunos de ellos hay que… —masticaba al hablar—,… hace poco se me hizo claro… amarlos… —deglutió— para soportarlos… —Debería prestar atención. A un animal que hablaba se le podían deslizar muy fácilmente trozos de comida en las vías respiratorias—. Cuando están ahí ante nosotros, tan desalentados y pequeños, a veces incluso un poquito frescos, solo quedan en verdad dos posibilidades…

La Schwanneke era la prueba viviente de que el ser humano no se diferencia del animal solo por la razón, sino por su ostensiva capacidad al hablar.

—Largarse o…

Esa mirada. Como si se estuviera disculpando.

—… amar…

Esa mujer no conocía la vergüenza. El lápiz de labios ya había palidecido, pero el contorno seguía allí. Polvos claros, que obstruían los poros. Nostalgia de un gran escenario.

—Y yo siempre me he decidido por el amor.

Pathos en la voz. Realmente, debería haber sido actriz. De hecho, lo era. Embriagarse en público con las propias oscilaciones hormonales.

—Pienso que intercambiar ideas es, en realidad, algo muy bonito y… —Risa coquetona. Esos dientes. ¡Qué miedo!—… algo muy íntimo.

¿Por qué le contaba eso a ella? ¿Qué quería exactamente? En varias leguas a la redonda no había candilejas, ni público, ni expectativa de aplausos. Pero a quien carecía de sentido del olfato le faltaba también cualquier tipo de olfato para percatarse de lo que conviene hacer o no hacer.

—El Eros pedagógico. —Hacía ruido con la boca al comer, disfrutando de la comida.

Claro, quien obligaba a los niños a que la llamaran por su nombre de pila, también se los llevaba a la cama para acariciarlos. Una llave de profesor de educación física. Ayuda ahí donde el pantalón deportivo era particularmente corto. El cajón más bajo. Braguitas infantiles bajadas. Escuela para manosear. Ellos siempre lo querían.

—¡Ah! —Mano a la boca. La Schwanneke se llevó un susto—. Se me había olvidado que ya no como carne. —Hizo rodar una albóndiga hasta el borde del plato. No podía apartar la mirada.

Claudia también había pasado por una fase así. Wolfgang se había quedado sin trabajo. La producción animal se redujo. Y su hija dejó de comer carne. Insulso. Pero Inge Lohmark no le freía una salchicha de más a nadie. Ni en el instituto ni en casa. Claudia no aguantó mucho tiempo. La albóndiga regresó rodando al punto de partida.

—Pienso que esto también supone una incidencia ecológica. El efecto invernadero. Son auténticos asesinos del clima. Todo el metanol.

Tan tonta que causaba dolor. ¿De dónde había sacado todo eso? Seguro que no había podido dormir una noche y había dejado que una voz particularmente importante en la televisión le llenara de tonterías el inconsciente. Antes era el agujero en la capa de ozono. Hacía tiempo que no se oía hablar de él. Hoy era el cambio climático. En unos cuantos cientos de millones de años de historia de la Tierra bien podían producirse cambios climáticos. Sin los calentamientos no existirían los hombres. Solo esa entonación insoportable en el capítulo de ecología. Tan consciente de su culpabilidad. Solo interesada en criar mala conciencia. Apocalipsis pasado mañana. Como en la iglesia. Solo que sin paraíso. La moral tenía tan poco que ver con la biología como la política. Como si el hombre fuera el único ser vivo que destruye su entorno. Todos los organismos lo hacían. Cada especie

consumía espacio y recursos y dejaba desechos. Cada ser vivo le quitaba el espacio vital a otro. Donde había un cuerpo, no podía haber otro. Las aves construían nidos, las abejas, panales, los hombres, casas prefabricadas. No había un equilibrio natural. El ciclo de vida material, que lo mantenía todo vivo, surgía solo de la falta de equilibrio. El sol, que salía todos los días. Un inmenso gradiente de energía que nos mantenía con vida. El equilibrio era el final, la muerte.

Pese a todo, la Schwanneke empezó ahora a partir la albóndiga con el tenedor.

—Esos pobres animales —suspiró. Como si se refiriera a la albóndiga.

¡Qué tonta podía ser la gente! Además. Sobrevivir en la jungla no era precisamente un juego de niños. Ahí la muerte era brutal. Una muerte violenta era lo más natural del mundo. ¿Qué íbamos a hacer, oiga usted, con todos los animales, resultado de una crianza selectiva y un cruce controlado? Los vacunos eran un invento del hombre. Eran máquinas productoras de leche, carne que pastaba con siete estómagos. Nosotros los habíamos criado. Y ahora también teníamos que comérnoslos.

—Usted lo tiene bien. ¿Cuándo volverá su hija?

—Pronto.

Pérfida.

Había deslizado esa pregunta como quien no quiere la cosa. Puñalada en la espalda. ¿Qué se imaginaba?

—¿Y su marido? —Toma ya. Impacto en el centro de la diana. La patata cayó del tenedor al plato. Ruido de cubiertos. Ojalá hubiera calma ahora.

—Tiene otra. —Naturalmente. Delirio de confesión—. Es más joven. —Bajada de pantalones—. Y encima está embarazada.

No precisamente original.

—Yo no puedo tener hijos.

Quien no tenía vergüenza, tampoco tenía hijos. Desnudarse dejando al descubierto la propia estupidez.

—Cuando era pequeña, un día le pregunté a mi madre cómo se podían tener hijos. —Respiró hondo.

Hasta en su lecho mortuorio hablaría con jactancia. ¿Qué vendría luego?

—Y mi madre dijo… —La boca le temblaba. Haría todo lo posible por impresionarla. Pensar que precisamente quienes se vanagloriaban de tener mucho tacto habían de imponer a los demás sus sentimientos—… pues deseándolos muy, muy intensamente, respondió mi madre.

Ahora ya era imposible detenerla. Y eso que estaba totalmente desnuda. No mirar. Eso solo espoleaba.

—¡Inge! —Levantó los hombros. Apenas se le oía la voz. ¿No iría a aullar? —. ¿Puedo llamarla Inge?

Eso era chantaje. Todo con intención.

—Sí, puedes. —¿Qué decir a eso? El ciclo hidrológico era poderoso. Abuso en el almuerzo.

¿Y ahora qué? Un sollozo. Sus manos delgadas, le echó los brazos al cuello. Un abrazo. Una llave fuerte. Sus senos, suaves y calientes.

Por la mañana muy temprano los alumnos se habían congregado en la parada. El panadero de la esquina había cerrado. El único lugar cerca del instituto en el que se podían gastar el dinero de bolsillo era el expendedor automático de cigarrillos de la Steinstrasse.

Los chicos tecleaban con desgana sus móviles; las chicas se balanceaban al ritmo de la música que escuchaban en sus auriculares y pasaban inadvertidas. Incluso a Ellen, que estaba enfrascada en un libro, la dejaban en paz. Ni un solo coche en varias leguas a la redonda. Ambiente dominguero a mitad de la semana. Pero faltaba Erika.

¿Dónde se había metido? Inge Lohmark se paró de manera que su campo visual abarcara tanto el lado que daba a la ciudad como el camino al instituto. La muralla, la calle del mercado. Nada. Nadie. Llegó el autobús. Todos subieron. Ni siquiera hubo forcejeos. La cara tonta del conductor. Inge miró de nuevo a su alrededor.

—Arranque usted, me he olvidado de algo.

Las puertas se cerraron.

El autobús partió. Sin ella.

La cara perpleja de Jennifer en la ventanilla. ¿Qué había pasado? Hacía mucho frío. Y estaba muy oscuro. Era noviembre. Al otro lado de la calle.

El pasillo del instituto estaba oscuro. Ya no había clase en ningún sitio. Y ningún curso de la universidad popular. Silencio fantasmal. Una reja, escaleras arriba. Una mano en la barandilla. Las piedras embutidas en el cemento del alféizar de las ventanas.

Aquella vez había ido sola. No se lo había comentado a nadie. ¿A quién, además? Lo de Hanfried ya había pasado. Y a Wolfgang no le incumbía. Una historia de bajo vientre. Una pequeña intervención y pernoctar en el hospital. Él tenía mucho en que pensar, de todas formas. Tiempos turbulentos. Las fronteras abiertas. El dinero nuevo. Durante decenios se había dado prioridad a la producción de plantas. Y ahora se vengaban. Rebelión de los ganaderos. Nadie sabía lo que iba a pasar. Aunque había gente que afirmaba saberlo. Primero dijeron que iban a construir una nueva vaquería. Y que debían cultivar plantas forrajeras. El doctor creía que ella llevaba más de doce semanas embarazada y debía atenerse a otra regulación sobre el aborto; pero luego lo hizo. La regulación transitoria aún era válida. Era un hombre apuesto, aunque calvo. Seguro que no era de aquí. Sus escasos cabellos, tiesos como alambres eléctricos. La enfermera le afeitó el vello púbico. Y le sostuvo la mano hasta

que la inyección hizo efecto. Lo primero que vio al despertarse fue el vaso de leche en la ventana del hospital. Los vidrios estriados de la puerta. Como la puerta de la cocina de sus padres. Un velo de telarañas. Hojas de pergamino finas en álbumes de fotos. Entra una rana en una lechería. La vendedora pregunta: ¿Qué quieres, ranita? Cuajada, dice la rana. Claudia no paraba de reírse cada vez. Ya de niña. Y también más tarde. Su chiste preferido. ¿Habría aún lecherías? Entonces tal vez. Las vaquerías habían cerrado. De un día para otro ya no sabían adonde ir con la leche. En el instituto todos bebían Coca-Cola. Y cuando después del período de pastoreo querían vender los vacunos como cada año, resulta que ya no había matadero. Ni lugar en los establos para el invierno. Simplemente no sabían qué hacer con las vacas. Los vendedores ambulantes se las llevaban a precios irrisorios. La leche la tiraban en el campo. Ella no habría podido tener un segundo hijo. Claudia estaba en la pubertad. Y Wolfgang luchaba por su puesto de trabajo. Para dar leche, una vaca tenía que parir un ternero. Solo una vaca que daba leche era una vaca. Y solo una mujer que había dado a luz era una mujer. Anticuerpos. Factor Rh erróneo. No había salido bien, sencillamente. Ella había dado a luz y alimentado a Claudia. Había cumplido con su deber. ¿Qué más habría podido hacer? Amamantar no pudo. No había tenido leche. El vello púbico volvió a crecer rápidamente. Era asombroso ver cómo en ciertas partes del cuerpo los pelos se contentaban con una longitud determinada. El programa genético.

¡Qué frío sintió de pronto! Un escalofrío en los hombros. Piel de gallina en la cabeza. Pero todo eso era normal. Un remanente de los tiempos prehistóricos, cuando el hombre aún tenía pelaje. Los pelos enhiestos hacían que pareciera más fuerte cuando se enfrentaba a un enemigo. No había enemigo. Todo era bueno. ¿Qué era lo normal? A veces la regla era la excepción. Plantas sin flores. La partenogénesis de los pulgones. Aves que no podían volar. Ella podría divorciarse, raro que nunca hubiera pensado hacerlo.

Ruidos metálicos. Había una puerta abierta. Una señora de la limpieza apilaba sillas. Que siempre tuvieran que usar esos delantales de dederón… Cera para pisos. Apestaba todavía más que el ácido del gingko.

Al principio Hanfried no le había llamado la atención. Una iniciativa burguesa. Por fin un *subbotnik*, un voluntario del sábado comunista, que era de verdad voluntario. Wolfgang no colaboraba. Le parecía demasiado difícil. Sacaban la basura de los estanques y plantaban árboles a la vera del camino vecinal, detrás del nuevo bloque de viviendas. Lindes del campo cultivado. Hans había colaborado al principio. Claudia también. Junto con los esmirriados hijos del pastor.

Hanfried iba a buscar siempre los árboles. Arboles silvestres. Arce menor, hayas, castaños, donde el guarda forestal. A veces ella lo acompañaba. De veras no había contado con quedar de nuevo embarazada. Había olvidado que aún podía tener hijos. Claudia ya tenía la regla. El ciclo del óvulo que madura.

Eso no tenía nada que ver con ella. En realidad, solo se dio cuenta más tarde. Cuando en radiología tuvo que firmar: no embarazada. Una interrupción, como si en algún momento, más tarde, se pudiera reanudar el embarazo. Tener otra vez ese hijo. Ella había perdido ambos hijos. El no nacido y el nacido. Tonterías. No había que pensar en eso. Hacía tiempo que los árboles estaban sobrearados.

Quizá porque había besado la mano de esa estatua. España. Costa Brava. Su primer viaje de verdad al extranjero. En un monasterio entre unas montañas. El culto a la Madre de Dios negra. Salud y fertilidad. No es que ella creyera en esas cosas. Amor de madre. Eso era una hormona. Un mito. La diosa gorda de los tiempos de hambrunas, más antigua que la agricultura. La Venus de Willendorf, cuerpo achatado de piedra caliza, senos gigantescos sobre un vientre gordo, trasero imponente. En lugar de cara, pequeños rizos. La más pura fertilidad.

La puerta de la oficina del director estaba abierta. La secretaria trabajaba solo medio día. Aunque en realidad nunca se la veía. Su lugar lo ocupaba ahora Kattner.

—Lohmark, ¿qué estás haciendo aquí?

—Me he olvidado de algo. —Otra vez. Como si tuviera algo que ocultar.

—¿Qué has olvidado?

Simplemente utilizar su táctica. En vez de una respuesta, otra pregunta.

—¿Y tú?

—El crucigrama. —Levantó el periódico—. Dios egipcio del reino de los muertos.

¿Era eso una pregunta?

—Actriz austríaca de trece letras.

—No tengo la menor idea.

—Bueno, ¿qué más hay? Espera. ¡Ah! Este es fácil. Primer hombre de cuatro letras.

—Mono —salió automáticamente, como un reflejo.

Kattner soltó una carcajada.

—¡Mono! No puedo creerlo. —Retrocedió con su silla y echó la cabeza hacia atrás.

A ella se le acababa de ocurrir la respuesta correcta.

—Mono, mono, mono. —Kattner no conseguía calmarse—. Lohmark, por esto te pondré una abejita de premio. —Hizo el ademán de invitarla—. Toma asiento aquí.

La silla era incómoda.

Kattner rodó de nuevo en su silla hasta el escritorio.

—De todas formas, hay algo que quería decirte.

Siempre esas pausas para aumentar la expectativa.

—La química se mudará pronto a tu aula, para que no te extrañes.

—¿Y eso por qué?

—Los cursos creativos necesitan con urgencia un espacio que tenga lavadero. Tiene algo que ver con los colores. Y la colega Schwanneke no quiere ceder el suyo. Ya puedes imaginártelo: la biología y la química, una no va sin la otra.

La química era muda. La biología hablaba. Ella nunca había sido particularmente buena en química. Ciclo del ácido cítrico. Cadena de transporte de electrones. Puede que la química le hiciera falta. Pero no en su espacio. Bastaba con que el patio del instituto apestara.

—Hasta ahora no se ha visto ningún átomo con el microscopio. —Eso lo decía siempre el director del seminario de Inge.

—Claro que sí. ¿No lo sabías? —Fingió estar asustado—. A estas alturas se pueden ver moléculas con el microscopio electrónico.

—¡Ah, sí, es cierto!

Ella también lo había leído en algún sitio.

—No tiene importancia. Yo tampoco era particularmente bueno en química. Nunca entendía si algo era un modelo o la realidad. —Sonrisa cómplice—. Siempre me ponían un tres. ¿Cómo llaman esa nota con tanto acierto? Tres es satisfactorio. ¿Y qué hay más bonito que estar satisfecho, eh? —Lo dijo casi cantando.

—Hace tiempo que no tengo cursos de capacitación. —El último seguro que fue hace diez años.

—Inge, entiéndelo de una vez por todas, eso ya no vale la pena.

—¿Y quién ha pregonado hoy a los cuatro vientos que hay que ir al instituto durante toda la vida?

—También tú debes hacerlo. Y lo último que quisiera es poner en duda tu competencia profesional. Pero el noventa por ciento de los profesores en nuestro Estado federal tiene más de cuarenta años. Ya te imaginarás lo que eso significa.

—Mucha experiencia.

—Vetustos. Es evidente que los viejos son el futuro. Ya solo desde el punto de vista económico. El único mercado que crece. Y desde una perspectiva biológica los sexagenarios de hoy son más jóvenes que los cuadragenarios de hace veinte años.

Una banderita al viento.

—Pero ya sabes: la lucha por la existencia. Tú eres del ramo. Un poquito de carne fresca nos vendría muy bien. ¡Solo sobrevivirán los que mejor se adapten! —Se pasó la mano por la barriga—. Como sabes, no es seguro qué nos caerá encima a todos, a vosotros y a mí… dentro de cuatro años. De ahí que, según como, sea aconsejable ir buscando cuanto antes otro radio de acción.

¿Adónde quería ir a parar?

—Nuevo Brandeburgo, por ejemplo.

¿De qué estaba hablando?

—En ese caso conservarías tu profesionalismo, claro está.

¿Profesionalismo? ¿De qué estaba hablando exactamente?

—O bien… —respiró hondo—, o bien te quedas aquí en la ciudad.

—¿En el instituto regional? —Ni diez caballos juntos la llevarían ahí. Eso era chantaje.

—No, no. En todos sobra personal. Algo mucho mejor: vuelta a las raíces. Entiéndeme bien: podrías volver a empezar desde el principio.

Todo eso no tenía ningún sentido.

—¡La escuela primaria!

Sin duda se había vuelto loco. Eso se aclararía ahora mismo. Ella no tenía nada que temer. El animal inteligente aguarda.

—¿Y me puedes decir qué voy a enseñar yo en una escuela primaria? —Él no debía tomarse esas atribuciones y decidir sobre asuntos personales.

—Pues clases de ciencias naturales y sociales adecuadas a esa población escolar. Eres la persona idónea para hacerlo. El bosque, la casa, el hombre. Medir temperaturas. Observar nubes. Buscar setas. Ahí podrás poner por fin los fundamentos que ahora echas siempre de menos. Quiero decir. Para eso has llegado a ser profesora. Para enseñar algo a los niños.

Seguro que para eso no había llegado a ser profesora.

—Ya lo sabes: el subsidio de desempleo se paga durante dos años. Y hay bastantes tareas similares que son menos agradables: vigilar jóvenes con problemas. Vigilancia nocturna en el manicomio. Trabajo por turnos en el hogar para niños.

No podía con ella. En primer término el proceso de trabajo formaba la personalidad socialista. Servicio según prescripción. Trabajadores chinos que se lanzaban al vacío desde los edificios porque les rescindían el contrato de trabajo. Un padre de familia que asesinaba a mujer e hijos porque había perdido su trabajo. Deudas que nunca podían ser pagadas. ¿Había aún hogares para niños? El hombre era el mayor animal útil. No había vida sin trabajo. ¿Para qué había llegado ella a ser profesora?

—Pero eso es todavía música del futuro. De momento te quedarás aquí, por supuesto. —Era solo una idea.

Pero intimidarla así… Porque sus padres habían dicho que le convenía. Pues había que tener una profesión para acceder a los institutos. Porque nacían niños y los profesores eran necesarios. Siempre. Por lo menos en el pasado.

—Pero ¿qué te está ocurriendo? Tu coche debe de estar fuera del taller hace tiempo. ¿Por qué sigues viajando en el autobús escolar?

—Ecología.

Frunció el ceño. No le creía ni una palabra.

—Tienes mala cara, Lohmark. Me preocupas. Pareces hecha polvo, exhausta. Relájate. Sigue algún curso. En el aula de ruso hay ahora mismo, a las tres y media, diseño de joyas, creo. Voy a ver. —Sacó una hoja de papel amarillo, impresa, de una de las pilas.

Tenía que irse enseguida. Era absurdo seguir ahí sentada un minuto más y dejarse humillar por ese director de circo. El siguiente autobús no pasaba hasta las seis. A partir del día siguiente cogería de nuevo el coche. ¿Por qué seguía ahí sentada?

Kattner la miraba desafiante.

El cuerpo de Inge, sin fuerzas. La cabeza, tan pesada. El cerebro era un enorme devorador de energía. La ascidia de mar, un animal invertebrado, se desprendía sencillamente de él en cuanto era adulta y se establecía en algún sitio. Las medusas tampoco tenían cerebro. Iban por la vida sin problemas con una red nerviosa. La cabeza humana. Demasiado grande para el parto. A las mujeres parir no les resultaba precisamente tan fácil como a ciertas razas de vacunos. Ese cerebro demasiado grande. Sobredimensionado como la cornamenta del megalocero en la era de las glaciaciones, los gigantescos colmillos del mamut, los largos colmillos del tigre dientes de sable. Una fatalidad. Un callejón sin salida. En algún momento. ¿De qué servía? Esa acumulación de conocimientos. Aquello que no sabíamos y aquello que aún no sabíamos, y todo aquello que sabríamos en el futuro. Hierba mala indisciplinada. De nada servían los cursos de perfeccionamiento. No podíamos estar al día. Todo era cada vez más complicado. Había tantas cosas inexploradas. Cuestiones aún abiertas en la biología. Las intrincadas e incomprendidas relaciones entre las especies. Algunas hipótesis eran verdaderas en la actualidad, aunque los experimentos futuros demostrasen que eran falsas. Habían creído que el enigma de la vida era una novela. Solo porque su alfabeto constaba de las cuatro letras de «popó». Además, ¿qué eran las novelas? Ilustraciones de cosmovisiones. Los planos de la construcción se habían descifrado, pero no se había comprendido nada. Una escritura secreta. Simples unidades que de vez en cuando daban origen a una palabra, perlas en la cadena de cromosomas. Perlas para los cerdos. Si el organismo era, en verdad, solo un esclavo de sus genes, no se podía comprender a su amo, en cualquier caso. ¡Cuánto había por ahí! En el ADN. Y primero en el ARN. Transcripciones de funciones desconocidas. Pseudogenes anulados provisionalmente. Apéndices y espacios intermedios. Informaciones no utilizadas, superfluas. La inteligencia no estaba igualmente repartida ni siquiera en los gemelos univitelinos. Desde una perspectiva genética, uno no era idéntico a sí mismo ni siquiera en el curso de su vida. Los libros de texto debían reescribirse, ampliarse cada vez más, porque a diario se añadía más y más saber. Nuevos estudios. Nuevos conocimientos. El entendimiento no nos hacía más inteligentes. Embutidos en la cota de malla causal, el Yo como

ilusión neuronal, un *show* multimedia que realmente exigía mucho gasto y trabajo. Habría que ser animal. Un verdadero animal. Sin una conciencia que frene la voluntad. Los animales sabían siempre lo que hacían. O mejor dicho, no necesitaban saberlo. En situaciones de peligro, la lagartija se desprendía de su cola. Sencillamente, deshacerse de una carga. Que siempre tuviéramos que reflexionar sobre lo que deberíamos hacer seguidamente, sobre cuál era el mejor comportamiento. Los animales conocían sus necesidades. Hambrientos o sedientos, cansados o espabilados. Simplemente lo hacían. Seguían a la manada, nadaban hacia la fuente, se tumbaban bostezando, según como al sol, según como a la sombra. Se hacían una capa de grasa a fuerza de comer. Hibernaban.

Kattner encendió la lamparilla del escritorio. Ya había oscurecido. La luz le iluminaba la boca. Los ojos estaban en la sombra. ¿Dónde se había quedado el instinto de ella? ¿Cómo Inge había llegado hasta allí? ¿Dónde estaba la cola de la que ahora querría desprenderse?

EVOLUCIONISMO

El sol había salido por detrás de los árboles y ahora estaba encima del bosque. El aire diáfano lo resaltaba todo: las flores del sauce y las endrinas tachonadas de blanco. Los esbeltos abedules de ramas verdes y las campanitas chinas amarillo chillón. Hacía días que no paraba de llover. Pero esa mañana había un cielo azul profundo y casi sin nubes. Se reflejaba en las charcas de las praderas húmedas. Eran enormes, tan grandes como lagos. Se acercaba la Pascua de Resurrección. Al cabo de dos semanas empezarían las vacaciones escolares. Diez días. Ya iba siendo hora. Reinaba la tranquilidad, calma total. Apenas coches. No había alumnos al borde de la carretera. El autobús había pasado hacía rato. Las paradas, huérfanas. Como si llevaran años fuera de servicio.

Costaba mucho esfuerzo bajar la ventanilla con la manivela. Tarde o temprano necesitaría un coche nuevo. Pero Wolfgang acababa de comprarse una incubadora. Cabían cuarenta huevos en ella. La temporada de incubación ya había comenzado. El aire estaba fresco, pero el sol ardía en la piel. Haría calor ese día. Viento del oeste suave. Primavera. Temperatura casi estival. Hasta los tilos mostraban puntas brillantes. El suelo del bosque estaba salpicado de anémonas. La cebada tenazmente verde, casi azulina. Una silueta oscura a contraluz.

Alguien avanzaba por el campo pisando firme, los brazos cruzados a la espalda. Inclinado hacia delante, con pasos cortos, como si tuviera que luchar contra la resistencia del aire. Inge sacó el pie del acelerador. Junto a la figura, una mancha se movía zigzagueando ágilmente. Un pequeño animal marrón rojizo. La cola vertical, curvada en lo alto, compensando los movimientos saltarines. Solo podía ser un gato. Hans. Ahora lo reconoció. Era Hans, con Elisabeth, que avanzaba entre la hierba dando saltitos para no caer detrás de él. Dos que habían unido sus vidas.

Él ya lo hacía bien. Se encontraban solo cuando había vacaciones escolares. Diez días sin esa jauría cansada. Diez días que tenía para ella sola. Aunque también estaban el jardín, la casa. Y Hans, por supuesto. Las conversaciones diarias junto a la cerca del jardín. En realidad, solo él había encontrado su

espacio. En su propia casa, en su cueva, con los dos termómetros de exterior, y el parte meteorológico que lo mantenía en jaque. Una existencia de jubilado. Realmente horrible. Ella tenía que irse. A las encinas de Ivernack, que eran al menos tan viejas como las secuoyas californianas, si no más viejas. A las rocas cretáceas o a los campos de sílex. Paseos por la playa. No estaban lejos. Coto libre con los gamos. Su pelaje con manchas blancas.

¿Qué hacía ese autobús ahí enfrente? En medio de la calle. Con rayas azules y blancas y cristales ahumados de color negro. En efecto, era el autobús escolar. A todas luces averiado. Los alumnos estaban fuera. Cazadoras variopintas en la cuneta. En el campo, Kevin y sus cómplices. Parecían divertirse mucho. Naturalmente. Por fin ocurría algo. Unas chicas saltaban a la goma en la calle. Ruidos y empellones. En el centro, la cara de parada de autobús de Marie Schlichter. El conductor caminó alrededor del autobús, con un teléfono móvil pegado a la oreja. Ellen a su lado. Ahora él abrió una tapa y metió la cabeza. Ahí estaba Jennifer, que se acercó a Inge y le hizo señas, quería decirle algo. Por fin estaba libre el carril contrario. Acelerar y adelantar.

El día había pasado. La mitad llegaría demasiado tarde. Pero ella completaría su curso pese a todo. Evolución hasta antes de Pentecostés. Luego, repaso y vistazo general. Lástima que ya no hubiera un plan de estudios centralizado. Hoy cada Estado federal tenía sus propios libros de texto y su propio bachillerato. Flexibilidad mal entendida. Como si en Baviera fueran válidas otras leyes naturales. El sistema nervioso también era central. Eso no era libertad. Cada cual iba a su aire. Antes se atenían al material didáctico catorce días seguidos a lo sumo. Siempre se podía recuperar. Si alguien se mudaba hoy en día, estaba perdido. Por suerte volvía a ir en su coche. Antes había hecho autostop incluso en los montes de Silesia. Hoy ya nadie lo hacía. Solo faltaría. Un viaje largo con la jauría. Un día de caminata no voluntaria. Y eso que lo había deseado alguna vez. Un accidente. Estado de excepción. Posición lateral de seguridad. A vida o muerte. Pero nadie resultó herido. No fue ninguna ambulancia ni se oyó ruido de sirenas. No pasó nada. Y si pasó algo, no fue realmente malo. Una rodilla escoriada. Hasta la boda todo había ido bien. Nadie se moría tan rápido. Palabras de su padre. ¡Y lo que le pasó! Él mismo había caído fulminado. Se lo había ahorrado todo. La llamada reunificación. Lejos de la luz. Cuando por fin llegó la ambulancia, ya no había nada que hacer. Su madre, en cambio, estuvo años enferma, conoció la muerte lenta y prolongada que él no tuvo. *A posteriori*, la doble dosis. ¡Qué palabrería la suya!: Cuando ya no esté. Eso era chantaje. Un truco para provocar réplicas. Que en la vejez todos se ablandaran tanto… Efecto secundario del miedo a la muerte. Lamentar de pronto todo lo que nunca se había puesto en tela de juicio durante aquellos años. Claudicar en los últimos metros. Resignarse. Solo porque las funciones corporales iban denegando poco a poco sus servicios. Las manos flácidas. Piel como pergamino.

Ahí estaba la siguiente parada. Saskia con unos chicos del colegio. Auriculares puestos. Manos en los bolsillos de los pantalones. Habían telefoneado, pero nadie había pasado a buscarlos. Ya podían esperar un buen rato. La caseta de madera negra detrás de ellos como una enorme cabaña para perros. Animales atados, exactamente lo que eran, hasta donde alcanzara la cadena. El radio era delimitado temporal y espacialmente, día a día. El suelo arenoso, apisonado por la larga espera. Hoyos en el suelo. Huesos enterrados.

Ahí estaba la bifurcación. La flecha amarilla en dirección al bosque. Encendió el intermitente. Frenó. Dobló. La calle totalmente en la sombra. Aire frío. Levantó de nuevo la ventanilla. Los pinos. Pinocha amarilla en el suelo del bosque. Troncos ante un fondo negro. La mano ante los ojos. No había tráfico en sentido contrario. En la huida. Huida hacia delante. Unas cuantas casas. El asfalto quebradizo. Otra vez una granja. En venta. Adoquinado. La última aldea. Cercas gruesas. Cortinas corridas. Ahí estaba ella. Ahí estaba. Naturalmente. ¿Dónde si no? Aproximó la cara a la ventanilla.

Abrió la puerta.

—Suba usted. El autobús está averiado.

Ella se sentó, metió la mochila entre las rodillas, cerró la puerta, tiró del cinturón de seguridad y se lo puso. El motor lanzó un aullido. Demasiada aceleración. Ella no la miró. Ni una palabra. Un nevo. El forro reversible del cuello de la cazadora azul. Manchas rojizas en el cuello desnudo. El brillo pálido del cuero cabelludo bajo el pelo castaño. Solo los gruñidos del motor.

Todo ese batiburrillo en la guantera, y en la cajita entre los asientos. Como si ahí hubiera algo que pudiera delatarla. Como si se hubiera propuesto hacer sabe Dios qué con ella. Solo una tarjeta de Wolfgang, el grueso llavero de ella, unas cuantas pastillas para la tos. Sabor a espino falso. Seducción de menores de edad. ¿Encender la radio? No, mejor no. Solo distraía. Aire fresco. Abrir de nuevo un poquito la ventanilla. Aire para respirar. Ahora estaba mejor. Fuera, árboles aislados en los campos.

—Esas son hondonadas de la era de las glaciaciones.

Ahora. Por fin se volvió. Estaba en sus manos.

—Los grupos de árboles en los campos. Esas depresiones pantanosas provienen de las glaciaciones. Quedaron ahí cuando los glaciares se retiraron. Y cuando los bloques de hielo se deshelaron, formaron esas hondonadas. Antes la LPG las cubría siempre con arena para que pudieran pasar los tractores por los campos. Pero nunca acababan de secarse del todo. Son muy profundas, llegan hasta la era de las glaciaciones. No hay manera de desecarlas. Son biotopos muy importantes, por lo demás.

Erika fingió que se rascaba la tibia, despreocupada como una niña. ¿Existía realmente la pedofilia femenina?

—¿Ha visto usted alguna vez un venado? ¿Al aire Ubre, me refiero?

Ahora miraba con aire ostensible por la ventanilla.

—No, ¿cómo así? —Por fin una palabra.

—Una vez, cuando era niña, descubrí un cervatillo entre un grupo de árboles. En los matorrales, debajo de un mirador de cazadores. Nos miramos de hito en hito, el venado y yo. Era bellísimo y estaba muy cerca, tal vez a medio metro de distancia. Me hubiera bastado con estirar el brazo para tocarlo. El pelaje era marrón rojizo con puntos blancos. Pero por supuesto que no lo toqué. Como usted bien sabe, su madre lo hubiera rechazado, por el olor extraño.

Se acomodó en su asiento. Las rodillas bien pegadas una a la otra. ¿Quién sabe? Tal vez tenía incluso miedo. Finalmente podría hacer de todo con ella. Todo, ¿qué significaba eso? ¿Qué quería Inge de ella? La silueta de los avestruces en la tarjeta de Wolfgang. Las llaves, los caramelos. Aún no había pasado nada. Hasta entonces nadie las había visto. ¿Qué haría realmente con ella? ¿Ir al bosque, a un mirador de cazadores, al estanque, cogidas de la mano, lo quisiera ella o no? Encerrarla. Exponerla. En algún sitio. Ir a los puestos elevados. Al estanque. Simplemente así. Rapto de una niña. ¿Era aún una niña? En cualquier caso, una menor de edad. Ni siquiera particularmente bonita. La tenía en sus manos. ¿Quién le había puesto una trampa a quién? ¿Por qué se llevaba consigo a una alumna? ¿Qué pasaría luego? No podía hacerla bajar allí. Sin duda se había equivocado. Simulación de hechos falsos. Colaboración insuficiente. No se interesaba por nada. No era mejor que todos los demás. Hacía lo mismo que ellos. Solo miraba fijamente delante de sí. Atontada. Atarla a un árbol. Obligarla a observar con atención. A que por fin diera una respuesta. Tal vez pasara un venado. Taponarle la boca para que nunca dijera nada. ¡Cómo estaba ahí sentada! Respiraba como si no pasara nada. Tampoco pasaba nada. No había nada más que decir.

Fuera, las blancas aspas que giraban al viento incansablemente. En un campo anegado había incluso unos cisnes extraviados. Basura que brillaba en los bojes. Bolsas de plástico entre los matorrales. En el jardín ya florecían los tulipanes. Frente al garaje ondeaban unas banderas. Las tiernas sombras de las ramas en las fachadas.

Su sitio en el aparcamiento de los profesores estaba libre, como siempre. Puso el freno de mano. Erika se quitó el cinturón de seguridad, cogió su mochila y bajó dando un portazo. Demasiado ruido.

—¡Buenos días! —Lo que faltaba: la Schwanneke, que llegaba en su bicicleta roja.

—Hola, Inge —Sonrió con malicia. Lo sabía, lo había visto todo. En un coche. Una pequeña debilidad. Basta ya, de una vez por todas.

—Buenos días.

Hoy solo el mínimo público. Y el resto de la tropa aún no estaba a la vista. Se había quedado a mitad de camino, literalmente. Eso ya no era una clase. Era una clase de repaso. En todos esos años ni siquiera una escuadra de virus de la gripe había conseguido algo así. Unos cuantos tentetiesos, cegados por el sol matinal. Pero mientras funcionaran los reflejos, la clase de biología se haría incluso con dos.

—Siéntense.

Servicio según prescripción. No hacer ya ninguna excepción. En el teatro también actuaban mientras el público fuera mayoría. Y ellos lo eran ahí, la mayoría: seis contra uno. Erika y los cinco memos de la ciudad. Y en el escenario seguía estando ella sola: *Frau* Lohmark. De modo que: ¡arriba el telón!

—Abran el libro en la página ciento ochenta y dos.

En una sola página tenían delante todo lo que había detrás de ellos: la marcha de la vida a través de las eras geológicas, representada como la circunvolución en espiral de la concha de un caracol: desde el eón arcaico hasta el período cuaternario, desde la nada hasta el presente, en sus distintos estadios evolutivos y formas de manifestación: esponjas, algas, trilobites, braquiópodos, invertebrados, equinodermos, moluscos, briozoos, cefalópodos, artrópodos, osteostráceos, helechos de la altura de un árbol, iguanas marinas, libélulas gigantes, bosques de carbón de piedra, dragones voladores, lagartos gigantes de cuello largo, avestruces sin plumas, caballos primigenios, tigres dientes de sable, mamuts y el hombre primitivo.

El centro de la espiral era un abismo gris oscuro, un torbellino que llevaba a un pasado inconcebiblemente remoto, un Maelstrom dirigido hacia las profundidades de un océano del cual surgía todo, nebuloso y lúgubre como todas las teorías sobre el principio: el limo primordial de Haeckel, el caldo primitivo de Oparin, la atmósfera primigenia de Miller en cámaras llenas de gas. ¿De dónde provenía la vida? Todo, sabandijas de un limo pútrido. Una explosión violentísima. Descargas eléctricas, moléculas orgánicas, miles de millones de organismos unicelulares, los fundamentos de la vida, el salto en el tiempo y en el espacio, el principio de todo ser: y en el centro un número.

—Tres coma siete millones de años.

Algo monstruoso. Poco importaba que ella lo dijera o no. Aquello estaba por encima de todo lo imaginable. Ni con la mejor buena voluntad.

En el plan de estudios se decía: Transmitirles la capacidad de comprender los largos períodos temporales. Como si a unos chicos que aún estaban muy pendientes de cada cumpleaños pudiera interesarles la edad de la Tierra; todavía eran demasiado inexpertos para comprender cuán ínfimo era su tiempo de vida, cuán fútil su existencia, cuán ridículamente irrelevante era cada instante. No sabían nada.

Cuando se hablaba de tiempos primigenios, solo veían dinosaurios que

bufaban y elefantes de pelaje hirsuto con colmillos relucientes, lagartos gigantes del tamaño de una casa enzarzados en un duelo a muerte, un nudo gordiano de reptiles de tierra que mordían firmemente el lomo de su adversario, belicosos hombres de las cavernas en un paisaje invernal, cazando algún mamut. Hombres de Neandertal vestidos con piel de animales alrededor de una fogata. Nunca aprenderían a pensar en millones de años. Jamás comprenderían que todo lo viviente que los rodeaba era el resultado de mínimos pasos a lo largo de inmensos períodos temporales. Un proceso de transformaciones interminable, crónico, largo y laborioso, que no se dejaba observar ni experimentar, sino solo deducir con gran esfuerzo a partir de unos cuantos indicios. De nada servía allí un número, ninguna columna numérica larga. Era la estación final. El cerebro se bajaba del tren. Y con la fantasía no se iba mucho más lejos. Precisamente con ella, no.

—La vida pluricelular evolucionó hace solo unos quinientos millones de años. Antes la vida era unicelular. Durante tres mil millones de años la Tierra estuvo poblada solo por seres vivos sumamente simples, similares a las bacterias.

Hasta ahora la forma de existencia de mayor éxito, una vida parasitaria, una forma de resistencia, los verdaderos dominadores del mundo. Las bacterias y los virus no habían tenido que evolucionar en todo ese tiempo. Eran inmortales y perfectos. Sin cerebro y sin nervios. Solo algo que era perfecto no evolucionaba. La evolución no era sino una manifestación de la imperfección. La transformación regulada e irreversible de un ser vivo desde el óvulo fecundado hasta la muerte, a través de diversos estadios. El simple hecho de que el hombre tuviera que ir a la escuela era una prueba de la insuficiencia de su construcción. Casi todos los otros animales estaban listos al nacer. Listos para la vida. A la altura de ella. Al cabo de unas horas ya podían sostenerse de pie con sus propias patas. Los hombres, en cambio, no estaban listos en toda su vida. Seres deficientes. Debiluchos. Partos pretéritos fisiológicos que llegaban a la madurez sexual. No preparados por naturaleza. Solo al final listos para enfrentarse a la vida. Llegaban a ser tan viejos solo porque tenían mucho que aprender.

—Su tarea para casa era relacionar animales y plantas con las distintas eras geológicas. Así que Ferdinand, ¿qué había en el ordovicio?

Carraspeó. Por fin había mudado de voz.

—Los primeros vertebrados, peces…

—Frases enteras, por favor.

—Hmmm… Por vez primera, vertebrados. Peces sin mandíbulas… moluscos, corales y erizos de mar. Y algas…

—Siguen sin ser frases enteras.

—Las algas se despliegan.

—Se ha olvidado usted de las medusas. También se despliegan. No debe

olvidarlas. El mar del ordovicio estaba lleno de medusas centelleantes. Ya el mar cámbrico. Como las del pasillo.

—Hmmm… —Asintió con la cabeza, como un poni inteligente.

—¿Y cómo debemos imaginarnos el carbonífero, Annika? —Antes de que se pusiera más inquieta. Señorita sabihonda.

—Aparecen extensos bosques primigenios de carbón de piedra. Arboles de licopodio de cuarenta metros de alto y equisetos de diez metros, y libélulas gigantes. Y los reptiles primigenios evolucionan. Entre ellos se cuenta también el ichthyostega, híbrido entre pez y anfibio. Fue el primer vertebrado que logró salir a tierra. Fue…

—Gracias, gracias, con eso basta.

En verdad, esa chica era la peste. Los que creían hacerlo todo como es debido eran los más insoportables.

—¿Y en el cretáceo?

Una mirada a la clase. Casi no había nadie.

—Jakob.

Hoy llevaba puesto un chaleco de punto. Su propia calcomanía.

—Siempreverdes…

Estrépito en el pasillo. La puerta se abrió de golpe y la horda de la carretera comarcal irrumpió bruscamente en el aula. Cazadoras abiertas. Manos en los bolsillos. Caras relucientes y el pelo alborotado, como después de escalar una montaña.

—Siéntense en sus bancos y pórtense como es debido, por favor. Podrán cambiar impresiones en el recreo. Veamos, Jakob.

El chico tosió, la mirada fija en los apuntes.

—Aparición de los árboles caducifolios siempreverdes. Evolución de las aves. Época de florecimiento de los dinosaurios.

—¿Y qué les pasó al final?

—Se extinguieron. —Su voz era objetiva, pero llena de compasión. Como un sepulturero.

—Correcto.

Más del noventa y nueve por ciento de todas las especies que habían existido en la Tierra se habían extinguido. Pero todos pensaban solo en esos animalotes ridículamente grandes, de cuarenta toneladas de peso, con cerebros del tamaño de una pelota de tenis, que ni siquiera eran capaces de regular su temperatura corporal.

—Sí, aquello fue una mortandad verdaderamente masiva. Tres cuartas partes de todas las especies animales y vegetales desaparecieron. Pero, como ustedes saben, la muerte de uno es la hora del nacimiento de otro. Y el hecho de que los seres vivos se extingan es una de las características más importantes del proceso evolutivo. —La historia de la vida era en el fondo una historia del morir. Y cada guerra, cada catástrofe, el comienzo de algo nuevo.

Una vuelta por el aula. Frente a la ventana, los retoños del castaño poco antes de brotar, en algunas ramas ya se habían asomado unas hojas diminutas y brillantes, que colgaban agotadas por el esfuerzo de su nacimiento.

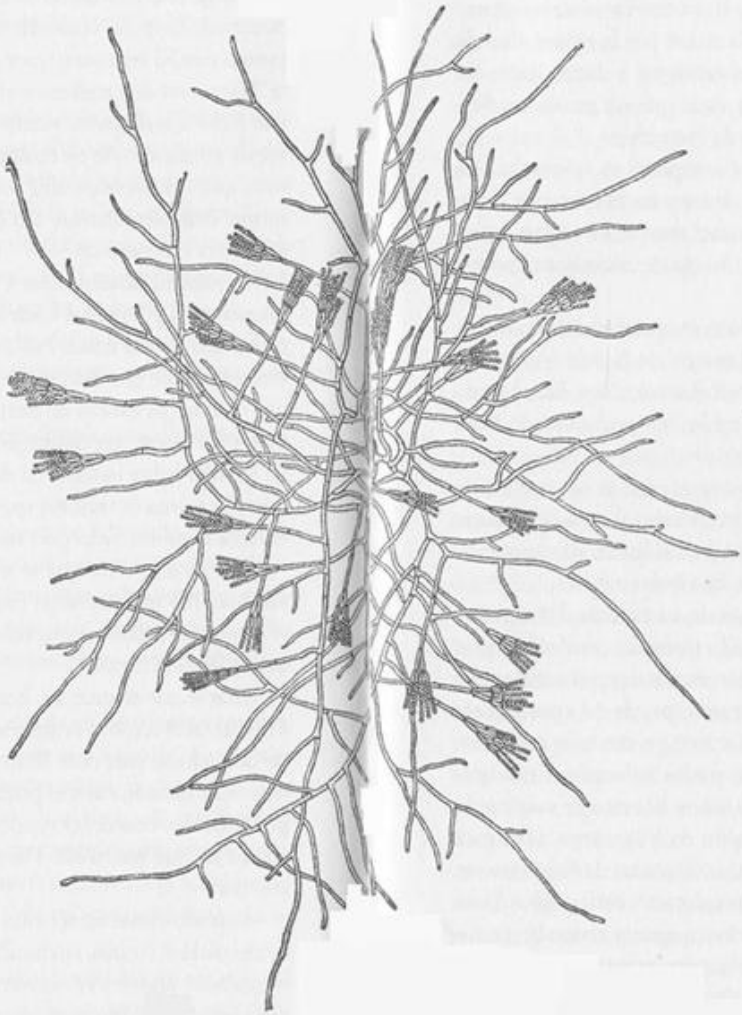
—Pues solo tras la desaparición de los saurios, los animales con pelaje se convirtieron en el grupo de vertebrados predominantes. Empezó el desfile triunfal de los mamíferos. De pronto resultó ventajoso tener pelaje y sangre siempre caliente. Traer a sus descendientes vivos al mundo y amamantarlos con leche. En el grueso vientre materno la cría está al parecer mejor protegida que en cualquier cáscara de huevo, por muy dura que sea. Es imposible robar en el nido, pero la madre misma está naturalmente tan expuesta al peligro como ninguna otra clase animal.

Mortalidad materna. Dar a luz, un peligro para la vida. La muerte en el puerperio. Cada embarazo era un riesgo. El parto era una herida única. No solo la pérdida de sangre. Cambios profundos que debilitaban el cuerpo. Circulación sanguínea común. El exceso de excitantes pone en peligro al feto. Poner un huevo era un juego de niños en comparación. La tía Martha había muerto. Al dar a luz a su quinto hijo. Aunque por entonces también moría uno de cada tres bebés durante la lactancia. Selección temprana.

—Por cada ser vivo que se afirma en la lucha por la supervivencia, hay innumerables organismos competitivos que no se imponen. Estamos aquí solo porque muchos otros se han quedado en el camino.

Unas semanas antes un hombre había sufrido un infarto cerebral en el autobús urbano. Se había pasado todo el día yendo de un lugar para otro. Desde la estación final, junto al vertedero de basuras, hasta el pequeño puerto de la ciudad. Solo por la noche, cuando el conductor se dirigía al garaje, se dio cuenta de que estaba ahí. Fueron doce horas viajando semimuerto.

—Cuando muere un ser vivo, normalmente comienza la descomposición. Ácaros, cochinillas y una larga serie de microorganismos digieren el cadáver. Pero ¡la tarea principal la asumen los hongos! No pertenecen al reino animal ni al vegetal. Ya muy tempranamente se separan de todos los otros. Les pertenece un reino propio. ¡Son una tercera forma de vida!



Descendientes de un organismo unicelular, como nosotros. Pioneros en poblar el continente primigenio.

—No estoy hablando aquí de las cantarellas ni de los champiñones que ustedes fríen en la sartén por la noche, sino de los seres que se encargan de desintegrar a diario todos los desechos y lo muerto. No hay nada que no pueda ser descompuesto por alguna especie de hongo.

Se habían especializado por completo en aprovechar los restos de otros, en alimentarse única y exclusivamente de lo que sobraba cuando otros perecían, aunque no tenían digestión ni órganos de los sentidos. Su importancia nunca podría ser suficientemente valorada.

Y eso que los descomponedores encarnaban del modo más consecuente el principio fundamental de la vida. Vivir de la muerte de otros. Claro que eso lo hacían todos. Era el principio de todo lo vivo, incluso de lo más evolucionado. Pero era tabú y nadie quería admitirlo.

—Sin embargo, unos pocos organismos se salvaron de la descomposición. Sus restos sobrevivieron al paso del tiempo en una capa de sedimentos y, al salir a la luz en las excavaciones, muestran a la posteridad lo que hubo una vez.

Representantes no elegidos de su especie. Decápodos primigenios en esquisto de brillo plateado, coníferas negras en arcilla. Peces primigenios con escamas gruesas como cerámica esmaltada, aplanados entre capas de cal como flores secas. Prensados por el peso del tiempo, tan solo una sombra de sí mismos. Cadáveres disecados, aplanados en imágenes. Arte auténtico. Tesoros de niños. El erizo de mar petrificado que su madre había traído de Yugoslavia. Una pata de mosquito prisionera en ámbar. Docenas de fulguritas en el cajón de imprenta. Restos de calamares extinguidos. Desde frutas del terciario —pequeñas, negras y redondas como excrementos de liebre— hasta mamuts íntegramente conservados en la costa del océano glacial siberiano. Ultracongelados y muertos y bien muertos. ¿Acaso no había visto con Claudia esa película en la que un hombre congelado en la banquisa era deshelado décadas más tarde y tenían que arreglarlo todo de nuevo como en su época: bigote fino, miriñaques y carruajes en el parque? Ocultar el televisor en un armario antiguo.

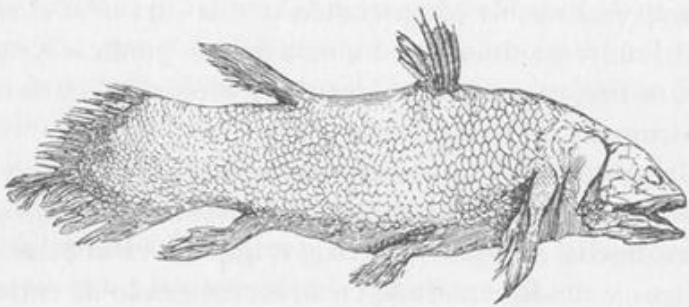
—Solo gracias a los fósiles sabemos algo sobre la vida en épocas remotas. Son la prueba más importante del proceso de la evolución, la teoría de la mutabilidad de las especies, de su origen común, de la enorme fuerza de unos pasos mínimos a través de períodos temporales inconcebiblemente largos. El hecho de que todas las vidas están emparentadas entre sí y no hay nada separado, de que todo está concatenado, aunque no lo parezca.

Una teoría sin números, fórmulas ni experimentos. Quien la comprendía había comprendido la vida y resuelto el enigma del universo. Sobre eso

hubiera debido predicar Kattner.

—Los fósiles son los testigos de la evolución, las formas transicionales sus testigos principales.

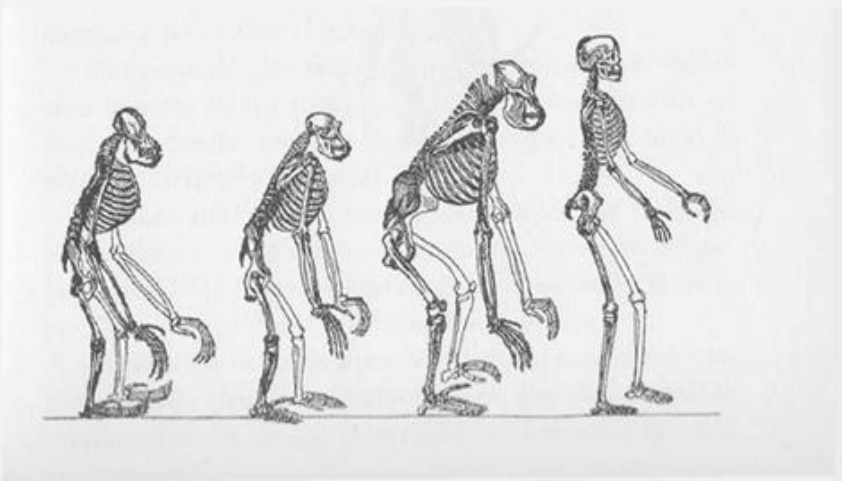
Un proceso indiciario, pero que seguía su curso. El registro de las pruebas jamás concluiría. Una y otra vez se recogían nuevas huellas antiquísimas, testigos imposibles: el celacanto, extinguido desde el período cretáceo, resucitado de entre los muertos. El ornitorrinco, una criatura que parecía inventada, la suma de distintas partes de especies diferentes, un monotrema mamífero, un solitario tempranamente apartado, un eslabón viviente entre toda suerte de especies, un ser sacado de esos libros para niños en los que la cabeza, el tronco y el trasero podían ser combinados una y otra vez de nuevo: ojos pequeños como botones, ranuras auriculares diminutas y un hocico en forma de pico de pato, patas de nutria y cola de castor. Nada en el ornitorrinco combinaba, y, sin embargo, el animal existía. ¿Una rama extinguida bajo un arbusto proliferante o la rama que retoña en el árbol genealógico, la bifurcación decisiva? Un insulto al sentido común.



En la pared posterior del aula colgaba desde hacía poco la tabla periódica de los elementos en color, las fórmulas insertadas en cuadraditos parpadeantes. Pulcramente. El hombre seguía siendo un recolector, y la única especie del género homo que sobrevivió y luego tuvo que poner orden, que no estaba previsto por la naturaleza. Había dos estrategias para enfrentarse a la vida. Aceptarla simple y llanamente. O bien intentar comprenderla. Crear un cuadro sinóptico. Llevar luz a las tinieblas. Abrirse un camino por la espesura. En la cadena de fósiles había tantos agujeros que tapar, había que salvar tanta distancia entre dos clases animales… La esperanza de reescribir una vez más la historia de la evolución. Rastrear el ancestro común perdido de dos especies, los eslabones perdidos, el buscado ancestro de la ballena, un animal de tierra que volvió al mar. De cualquier forma, se sabía qué había que buscar. Todo era conocido, solo que no se había descubierto. Un fundamento hecho de testimonios ocultos.

Fragmentos fósiles reconstruidos. Unos cuantos huesos a la luz de un reflector. Calaveras sonrientes, cráneos que iban aumentando de tamaño. Unos centímetros cúbicos más para la masa encefálica, la más sublime de todas las vísceras, peligrosamente sobrevalorada. Cuatro esqueletos de mamíferos en la evolución humana. El ancestro similar al mono, que se yergue y se deshace del pelaje. Cambia la capacidad de trepar por la de tenerse en pie sobre dos piernas. Un par de pies planos. A cambio, las manos se liberan. Puede empezar a trabajar. Protuberancias sobre las cejas. Mandíbulas anchas. La imagen de un mono con todo el cuerpo afeitado. Parecía un hombre viejo. Nuestros únicos parientes aún vivos. Chimpancés frente al espejo. Gorilas en la niebla.

¿O tal vez los monos provenían de nosotros? Unos investigadores inclinados sobre un puñado de huesos. Un paso más en la oscuridad. Esqueletos con nombres de mujer. El semiesqueleto Lucy, el fósil Ida: un mamífero primigenio con aspecto de lémur, un pequeño primate acuclillado, con hocico húmedo, larga cola de gato y dos manitas de vampiro atrofiadas. En posición fetal. Así lo encontraron, necesitado. Digno de lástima. ¿El ancestro buscado? Ardientemente deseado, dolorosamente echado de menos. Ni siquiera una tía abuela lejana. De manera indirecta estábamos emparentados con cada célula que hubiera existido alguna vez en la Tierra.



—Pasen a la página siguiente, por favor.

Allí estaba el ave primigenia, el reptil con plumaje, la célebre forma transicional, un eslabón entre las dos clases hoy separadas. Con las patas dobladas y las alas abiertas. Dos alas. El cuello arqueado hacia atrás. Aplastada, como atropellada. Ella lo había visto. El espécimen de Berlín, el más famoso de todos los fósiles. En el museo, detrás de un cristal. Un niño había preguntado: «¿Es un ángel?».

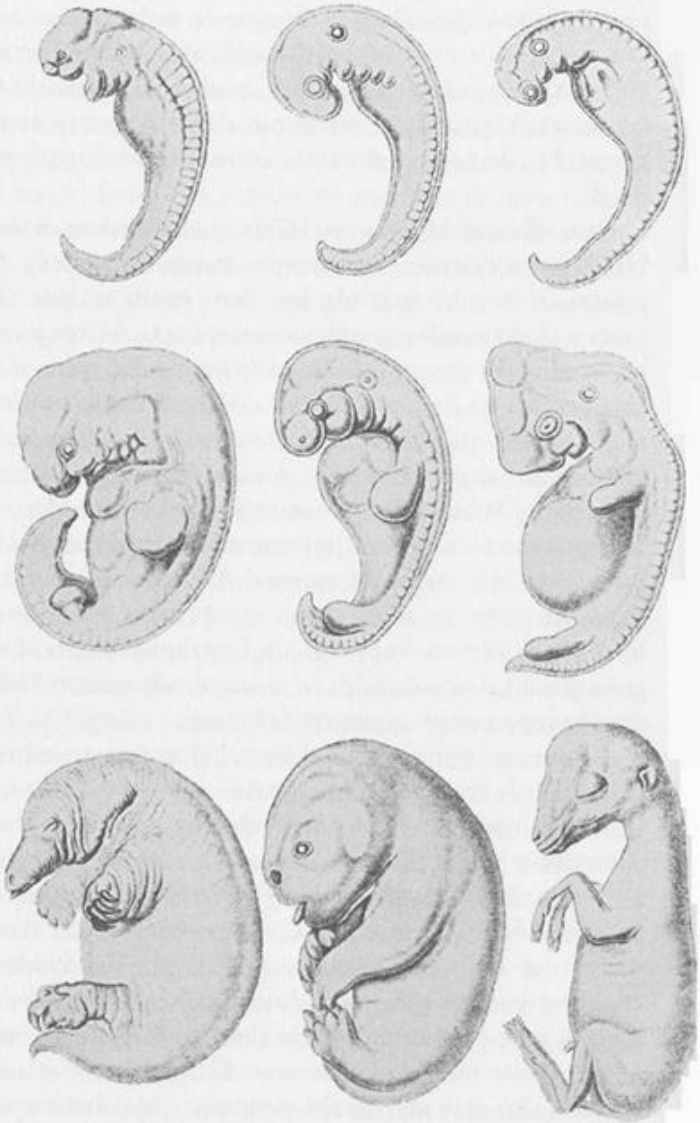
—El arqueoptérix presenta las características de dos clases de animales. Tenía plumaje, pero no tenía pico, sino una mandíbula dentada, patas con garras, un esternón desviado y una columna vertebral que llegaba hasta la cola. No era más grande que una paloma, pero podía volar a lo sumo como una gallina. Se aferraba a los troncos de los árboles y de vez en cuando se dejaba caer al suelo o aleteaba de rama en rama. No podía llamarse volar a eso. Más bien un ave previa que un ave primigenia.

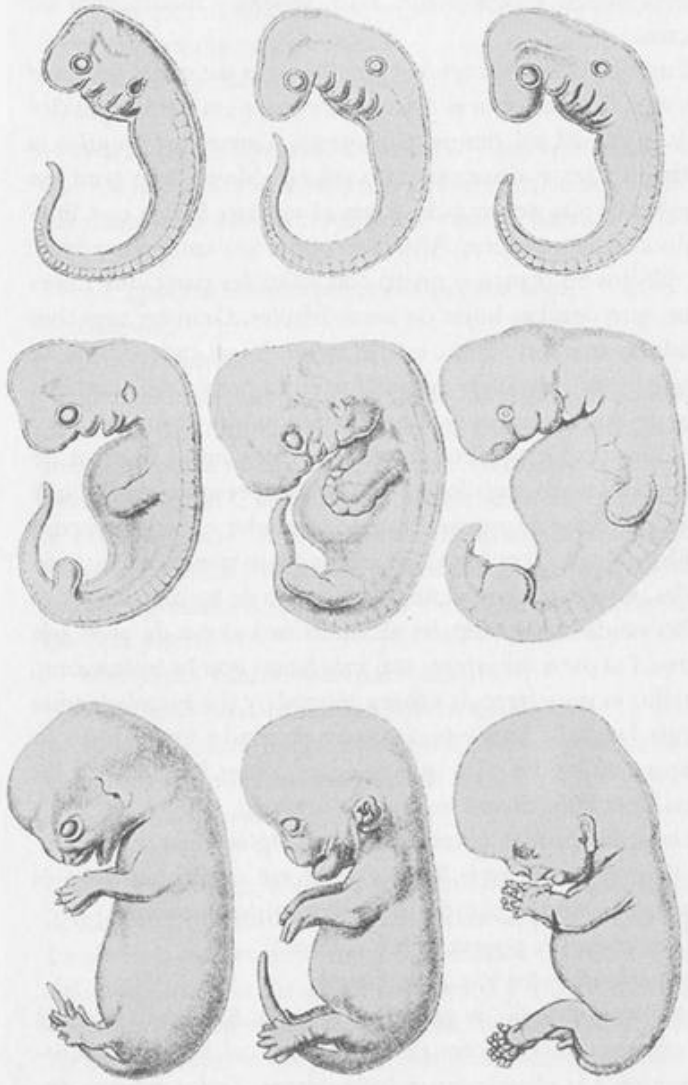
Tener plumas aún no significaba mucho. Todas las aves habían pasado por una etapa alada previa. Visto desde la historia de la evolución, el arqueoptérix era un ave antes de la capacidad de volar, y el avestruz, una después de ella. Los reflejos de vuelo aún existían, pero faltaban las duras plumas remeras, necesarias para cortar el aire al volar.

—Por supuesto que también había referencias a la evolución humana en el cuerpo del hombre. Se manifestaban en pequeños detalles, en apariencia irrelevantes: el apéndice, la rabadilla, las muelas del juicio.

Órganos atrofiados, características inútiles que causaban pocos daños y arrastrábamos con nosotros, recuerdos del pasado animal. Los fósiles estaban enterrados incluso en el cuerpo. El hombre primitivo habitaba dentro de nosotros.

—A veces hay contratiempos. Y el hombre es alcanzado por su pasado. En algunos individuos, pocos, aparecen de pronto características de las que en realidad nos habíamos liberado que había. Si eso se comentaba, adiós disciplina. Entonces todos se le acercarían enseguida y la llamarían Inge. Treinta años de experiencia profesional al agua. Treinta y medio, para ser exactos.





Empujó el retroproyector gris hacia la mesa del profesor y puso la lámina sobre el disco. La lámpara era demasiado débil, y la luz del sol, demasiado intensa. Correr un poquito la cortina. La lente aumentaba no solo el dibujo, sino también el polvo de tiza acumulado sobre el aparato. Había que limpiarlo constantemente. Ahora se podía ver todo muy bien: seis dibujos en blanco y negro con animales parecidos a cérvidos, que comían hojas de unos árboles. Grandes manchas angulosas marrón rojizo, cuello largo. Y en cada dibujo se alargaba más. Animales tumbados en la hierba de la sabana antes de que pudieran convertirse totalmente en jirafas.

—Como ustedes saben, las jirafas viven en el interior de África, en las sabanas, donde hay breves periodos de lluvia y largos periodos de sequía. El suelo se vuelve entonces yermo y pobre. Y solo dan hojas los árboles que tienen raíces profundas. A menudo son el único alimento de las jirafas. Con el cuello estirado, los animales alcanzan una altura de unos seis metros. Las patas anteriores son más largas que las posteriores, el cuello es muy largo, la cabeza alargada y también la lengua es muy larga. Se han especializado en grado sumo, todo su cuerpo está hecho para que puedan comer las hojas de las ramas altas. Pero de qué manera la jirafa…

Llamadas, probablemente fuera, en algún lugar.

—Pero cómo la jirafa llegó a tener ese cuello tan largo es algo que ha sido explicado de muy distintos modos…

Llamadas. A la puerta. ¿Qué pasaba?

—¡Adelante! —En voz alta y fuerte.

La puerta se abrió de golpe. Era Kattner. Ahí estaba con aire casi ceremonioso. Su cara, del color de la cal. Entró. Se detuvo. Saludó a la clase inclinando la cabeza. Todos estaban debidamente sentados.

—Disculpe usted, colega.

Al menos la trataba de usted ante los alumnos. Mirada preocupada. ¿Qué querría? ¿Sabría algo?

—Lamento mucho… —carraspeo. Mano ante la boca—, interrumpir su clase, pero…

Eso era el final.

—¿Sí?

Adelantársele. No ante la clase. No dejar que se note nada. Ese era su territorio. El susurro del retroproyector. Tranquila. Las manos al borde de la mesa. Los cantos chafados de la mesa del profesor.

—… ¿podría usted venir conmigo, por favor?

Aceptar.

—Por supuesto.

Pero el bolso me lo llevo. Nada era seguro. Simplemente detrás de él.

Caminar erguida, con la cabeza levantada. Sobre todo que no se note nada. No había nada seguro. ¡Cómo esperaba Kattner! Con la cabeza gacha. Sin duda quería cederle el paso. Como si se la llevara detenida. Es lo que estaba haciendo. ¿Cómo se habría enterado? El cierre de su bolso sonó al apretarlo. Enderezar una vez más la lámina de las jirafas. A la puerta.

Murmullo. Quien murmura, miente.

—Trabajen en silencio. Enseguida vuelvo.

No podía durar mucho tiempo. O tal vez sí. Se acabó. No volvería a verlos. Cerrar la puerta.

—¿Qué ha pasado?

—Espera.

En la pared, las medusas y los nenúfares. Bajó la escalera detrás de él, que caminaba rápido, como si no pudiera esperar. Le abrió la puerta sin mirarla. Tanto calor no hacía. Hubiera debido ponerse el abrigo. El aire, fresco y frío. Mucho frío en el cuello. Kattner iba delante, no tenía demasiado trabajo. Desde que le prohibieron pronunciar sus discursos. Quejas en la reunión de padres de familia. Y luego la carta de la directora de la Administración de Educación. Reducción inadmisible del recreo. Algo tenía que haber pasado. En el instituto de enseñanza media habían suspendido a un profesor el año escolar anterior. Canciones de la banda neonazi Landser en la clase de música. Alegres y achispados. Seguro que era algo no apto para menores de edad. La zona calva de su cabeza. Cabellos que se le ensortijaban en la nuca. ¿Tal vez una llamada? De allende el océano. Ahora allí era medianoche. Rescate. Huellas en el bosque.

La mano de Kattner en el pomo de la puerta. Su mirada severa. Siempre esa cara seria. Abrió la puerta. Dentro estaba Ellen. Sentada en una silla delante del escritorio. Los brazos colgaban. El pelo en desorden. Su cara angulosa. Ojos llorosos. La había olvidado por completo. Un montoncito de miseria.

Kattner se quitó la cazadora y la colgó en el armario. Manos en los lados. Posición de discurso.

—¿Has oído hablar alguna vez del deber de vigilar?

Kattner cayó de rodillas, se inclinó hacia ella.

—Ellen, cuéntanos qué te han hecho.

Como obedeciendo una orden, la chica rompió a llorar.

Él se incorporó, suspiró.

—Está bien. Espera fuera. No hace falta que vuelvas hoy a clase.

Ellen salió fuera. Moretones verdes por encima de la cazadora. Él cerró la puerta detrás de ella. Y meneó la cabeza.

—Esta chica está totalmente trastornada. —Corrió un poco la cortina y abrió la ventana. Respiró hondo—. Dime, ¿estás al tanto de lo que ocurre en tu clase? Hace semanas, y tal vez meses, que esta alumna viene siendo

sistemáticamente vejada, e incluso maltratada.

Se sentó. Estaba realmente perplejo.

—La encontré en el retrete de los chicos. En un estado que no podrías imaginarte.

El foso negro de la ciudad detrás de las hojas tiernas. Las fachadas de las casas en la avenida de circunvalación, completamente amarillas por la luz del sol. Ahora sí deberían ser derribadas.

Kattner volvió a levantarse, se acercó.

—¿Y tú? —Cruzó los brazos—. ¿No tienes nada que decir al respecto?

Intentaban persuadir a unas ancianas de que se mudaran juntas, para que así pudiera conservarse al menos una casa. Socialización forzada. Aun así, probablemente era mejor que un asilo de ancianos.

—¿Desde cuándo pasan estas cosas?

—¿Cómo?

Ahora estaba realmente furioso.

—Una alumna de tu clase está siendo vejada y torturada desde hace semanas, e incluso meses, por sus compañeros de curso, ¿y tú finges no haber notado nada?

Se notaba que aún estaban en el Este, y dentro de cincuenta años lo seguiría notando. Para asimilar una relación se necesitaba el doble del tiempo que había durado.

—¿Me estás escuchando?

Sí, estaba escuchando. Escuchaba cada una de sus palabras. Tampoco era una catástrofe. Ni siquiera el impacto de un pequeño meteorito. Escuchaba cada palabra.

—La atmósfera de tu clase está totalmente envenenada. Yo hubiera debido saber que no eras la persona adecuada. Estaba en el informe. Clases dictadas utilizando demasiada tiza, de manera algo anticuada. Falta de competencia social. Personalidad anquilosada. Pero yo pensaba que el hierro viejo es duro y resistente. Y hasta intercedí para que pudieras quedarte aquí hasta el final. Pero ahora se ha acabado la broma. Esto tendrá consecuencias.

La fotografía aérea en la pared. Casas que forman letras entre el verdor. El foso serpenteante. Un cordón umbilical. Agua estancada. No había salida al mar. El agua salobre apesta. Era demasiado tarde para separarse de Wolfgang.

—Puedes irte.

El pasillo seguía vacío fuera. Cada hora de clase, una eternidad. Esos interminables cuarenta y cinco minutos. La lista de sustituciones de la siguiente semana. La ausencia de la Bernburg. Supuestamente, incluso ideas de suicidio. De baja por enfermedad hasta nuevo aviso. Otra vez. Cuadraditos. Consecuencias. Todo estaba conforme. Así se hacía entre nosotros. Y ahora eso era entre nosotros. Todo tenía su orden. Calma total. La calma antes de la tempestad. Después de la tempestad. Sus pasos resonaban con fuerza. ¿Qué

decía la prescripción? Estación final. Eso no era asunto suyo. ¿Qué tenía ella que ver con eso? Cada cual era responsable de sí mismo. Voces de niños. Por supuesto que era culpa suya. ¿Adónde ir entonces? De vuelta a la clase. Seguir avanzando. Servicio y prescripción. ¿Qué otra cosa le quedaba? No le quedaba nada. Todo desaparecería. Tarde o temprano. Por lo general, de repente. Así como ahora.

Fuera, el cohete en la pared, apuntando alto. El cielo aún insoportablemente azul. Nubes blancas, espesas. Del lado de la calle, la lila, que pronto florecería. Los symphoricarpos, sus frutos secos. Ellen sentada en un banco. Colillas entre los adoquines. El edificio central. Los cristales pintados del aula de arte.

Después de subir tres escalones, sin aliento. ¿Dónde estaba su condición física? Las medusas, centelleantes y de una belleza ultraterrena como siempre. El ruido del depósito del retrete. La voz de Kevin. Carcajada estentórea. De pronto otra vez silencio cuando entró en el aula de biología.

Ahí estaban otra vez, junto a la mesa: los dos rebaños de jirafas que se enfrentaban uno al otro. Cuellos largos a cuellos cortos. ¿Cuál de ellos ganaría? Convertirse en jirafa. En animal maravilloso. Una cabeza dos metros por encima del corazón, que tenía que ser muy fuerte para poder bombear litros de sangre a lo largo de ese cuello hasta el cerebro. Solo siete huesos, pero larguísimos. El más alto de todos los mamíferos que viven en la naturaleza. Todo tenía sus efectos, sus consecuencias. Cinco minutos aún para el recreo. Seguir, pues, con la clase.

—Como ven ustedes, los ancestros de las jirafas necesitaban un cuello más largo para llegar a las hojas altas de los árboles. Antes debían de parecerse a los antílopes o a los ciervos. Imagínense, pues, a esos animales en la época de la sequía, estirándose debajo de las acacias. Tal vez incluso se empinan, intentan saltar alto por el hambre tan grande que tienen. Es obvio que aquellas que por naturaleza tengan un cuello algo más largo tendrán mayores posibilidades de sobrevivir. Justamente porque llegan al alimento que nadie puede disputarles. Es, pues, sumamente simple: quien tenga el cuello más largo, vivirá también más tiempo. Y cuanto más tiempo sobrevivan, mayor será también la probabilidad de que logren reproducirse. Y por supuesto que muchos animales (también los que no tienen cuellos tan largos) se esforzarán por llegar a esas hojas. Cada día lo intentarán de nuevo. Todos son animales que se esfuerzan por alcanzar su objetivo, que tienen directamente ante el hocico. Cada día entrenarán y se acostumbrarán a estirarse hacia las hojas. Y esa costumbre se convertirá para ellos, de manera lenta pero segura, en una forma de vida. Y en algún momento será recompensada. En sus hijos y sus nietos. El cuello se va alargando. Paso a paso. Y este esfuerzo incansable que se prolonga a través de generaciones enteras lo transmiten todas obviamente a sus descendientes, que también se esforzarán. Y así una cosa lleva a la otra. Y las jirafas, a su largo

cuello. Y todas las otras, todas las que no se hayan esforzado de manera suficiente, se quedarán con el cuello corto y sucumbirán penosamente. Todos nosotros somos forzados por nuestro entorno a esforzarnos. Todos intentamos acercarnos a las hojas difíciles de alcanzar, a los frutos que cuelgan arriba de todo. Hay que tener un objetivo a la vista. Luego, el entrenamiento lo es todo. La jirafa llegó a tener su largo cuello porque todo el tiempo lo estiraba hacia las hojas más altas, y gracias a esa costumbre impertérrita, a ese esfuerzo pertinaz, el cuello se le fue estirando gradualmente, así como a nosotros nos salen músculos cuando hacemos deporte. La vida es un estirarse y alargarse. Para cada uno de nosotros. El objetivo parece a veces muy próximo. Pero debemos esforzarnos para alcanzarlo de verdad. En cada uno de nosotros habita el impulso a evolucionar hacia lo más alto. Y si sometemos a un esfuerzo particular determinadas partes del cuerpo, ciertos órganos, su formación se encauzará en una dirección determinada; obviamente, la que deseamos. Pues esa formación es la A y la Z. Todo eso influye en el carácter, en las inclinaciones, acciones y en la estructura corporal, en todo. Y todo conduce a algo. Todo arrastra algo tras de sí. Todo es bueno para algo. Todo tiene un sentido. Ya sea vivir o morir. Y todo ese esfuerzo no puede ser en vano. ¡La energía no se pierde! Claro está que nuestro entorno incide en nosotros, La adaptación lo es todo. Y la costumbre hace al hombre. Y si el entorno se modifica, también se modifican los organismos que viven en él. Pues no hay organismos sin entorno.

Sonó el timbre.

Pero ella no había terminado.

—Y por supuesto que el esfuerzo incansable de los ancestros de la jirafa por alcanzar las hojas de las acacias tuvo repercusiones. A lo largo de muchas generaciones y extensos períodos de tiempo fueron creando esos cuellos increíblemente largos. Así como los ancestros del hombre se elevaron una y otra vez por encima de los matorrales de la estepa para observar enemigos o posibles presas, hasta que en algún momento empezaron a caminar erguidos. Cada generación cosecha los frutos de la precedente. Cada cosa sigue el orden de las leyes de la evolución. Y solo si nos esforzamos conseguiremos algo. Pero si permanecemos ociosos, perderemos las capacidades que hayamos adquirido. Entonces perderemos todo aquello que alguna vez hicimos nuestro. Y todo habrá sido en vano. Los músculos perderán tono. El rendimiento intelectual disminuirá. Por eso debemos entrenarnos, en ningún caso debemos dejar de esforzarnos por aprender y repetir lo aprendido. Si todos reciben apoyo siempre y en todas partes, a nadie se le exige ya preocuparse de sí mismo. Cada uno de nosotros debe estirarse. Todo es posible si de verdad nos esforzamos.

¿Qué estaba diciendo ahora? Tuvo que sentarse. Totalmente agotada.

—No hay tareas para casa. Pueden irse.

Como fulminada.

—¡A hacer deporte! —Las chicas en una fila, mirando hacia delante. Parpadeaban. El sol—. Hoy jugaremos al balón prisionero. Para mejorar su condición física. Formen dos grupos, por favor.

Vértigo. Tuvo que sentarse de nuevo. Un banco al alcance de la mano. Ahora se sentía mejor. Las chicas eligieron. Las simpatías iban siempre por delante de la deportividad. Lanzamiento. Empezó el juego.

La vida carecía de objetivos y era casual, pero forzosa. En teoría todo era posible. Pero en la práctica, nada. Nos imaginábamos algo. Pero cada día era lo mismo. De acuerdo con las circunstancias. Que tuviera que pasar tanto tiempo para que algo cambiase… Y cuando de verdad cambiaba, era erróneo. Entonces todo iba demasiado rápido. Retrospectivamente no se podía saber si un sistema era peor que el otro. Uno había demostrado ser el más idóneo. La naturaleza no daba saltos. La historia sí. Cuando una miraba fijamente un mismo punto largo rato, se sentía mal. Cada acontecimiento solo podía contarse como historia. Pasos aislados que se iban sumando. Pues solo a partir de una fila, solo estando unos detrás de otros se podía contar la historia natural. Los primates eran animales mamíferos que se orientaban visualmente. Eran hombres que se orientaban con la vista. De la ameba al mono. Del mosquito al elefante. Una cadena del ser. La ascensión de la humanidad. Una sucesión de acontecimientos, puras etapas intermedias, una vida en lo no-listo, una vida en lo aún-no. ¿Qué era el éxito en la evolución? Las cartas se barajaban siempre de nuevo. Quien tenía la carta correcta, ganaba.

Las chicas ocuparon sus puestos. La pelota salió volando, sin fuerza. No era raro que nadie fuera tocado y eliminado. ¡Cómo se escurrían! Se juntaban al borde del campo de juego. Lanzar, eso era técnica. El objetivo fijo en la mira. Lo mejor era el vientre. Demasiada superficie de ataque. Con un tiro, eliminada. Gol. Fuera.

Siempre había que decidirse: atacar, huir o perseverar. El comportamiento instintivo puro era el modelo del éxito. Habría que recuperar los instintos naturales. Oler como hace tres millones de años. Caminar otra vez a cuatro patas, como los cuadrúpedos. Un paso atrás, que en un estadio superior resultaría ser una ventaja. Ganancias tardías, que compensaban con creces todas las pérdidas. Un pequeño movimiento hacia atrás para avanzar. Atrás al futuro. También había habido intentos de recrear el uro. Al menos un vacuno que se le asemejara. Con una nuca poderosa y cuernos largos. Y a las características se sumaban los atributos. Manteniéndolos en la naturaleza. Habría que dejar en libertad a todos los animales que se pasaban la vida en cotos cercados: gamo, muflón, bisonte europeo, caballo salvaje, oso pardo, lobo, ¿y el hombre? Un animal que se había domesticado a sí mismo. Ninguna necesidad biológica, sino un producto del azar. ¿Quién decía que la evolución era algo bueno? La evolución era la evolución, nada más. Pero no se decía

nada sin ordenamiento, nada se pensaba sin valoración. Bueno, mejor, lo mejor. Incluso los ojos perfectos podían deteriorarse. La degeneración también era una estrategia de adaptación.

Las pequeñas vainas de los brotes viscosos de las castañas sobre la arena húmeda. Una bolsa de plástico que el viento ahuyentaba por el patio del instituto. Las primeras chicas se juntaron en la línea exterior y animaban a su equipo. El juego aún no estaba decidido. Todo estaba abierto.

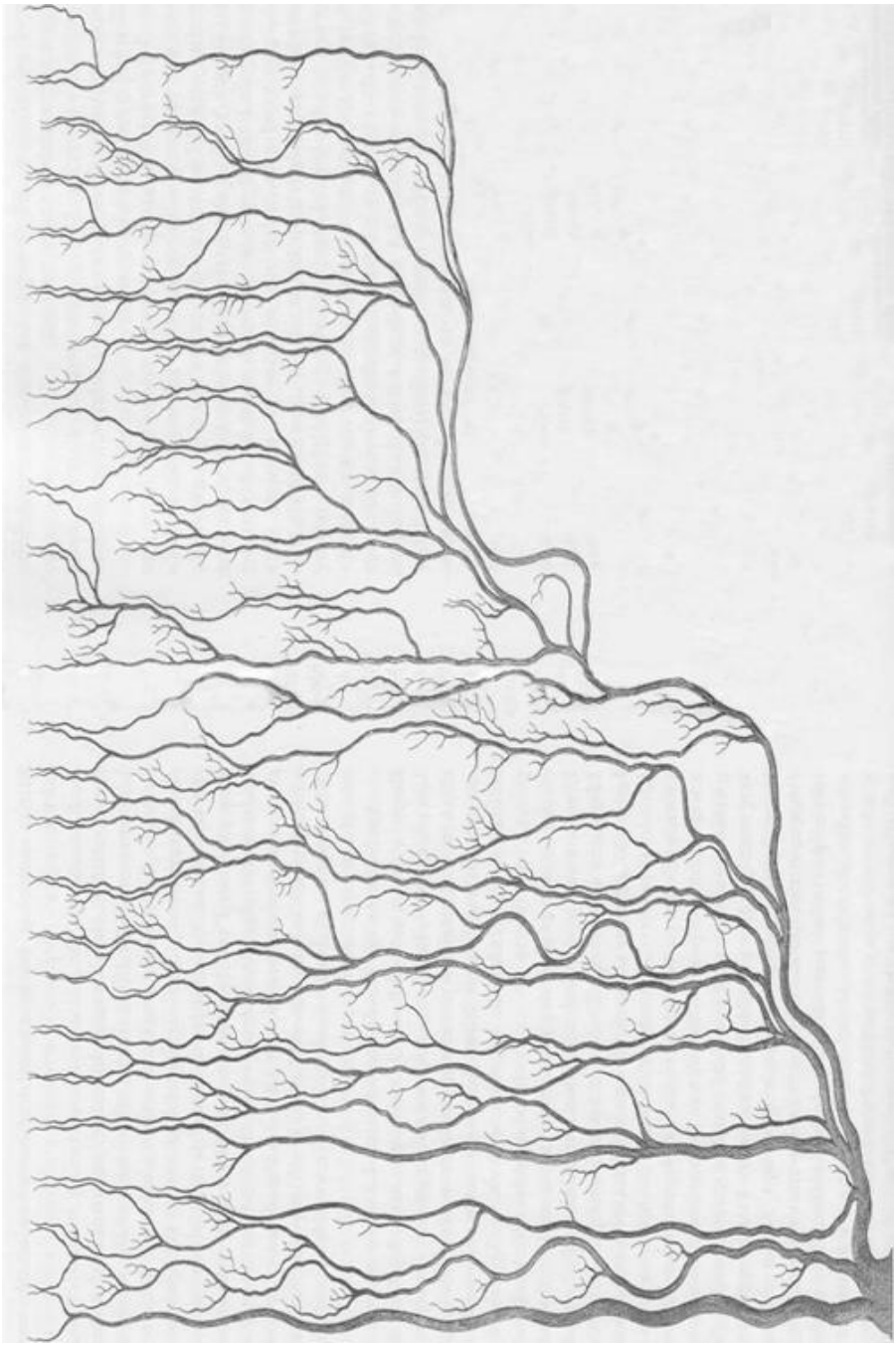
Cada final era un final abierto. Evolución venía de desenrollar. Un objeto oculto que era desenvuelto. De lo simple a lo complejo. Como el currículo básico. El perfeccionamiento futuro. La adaptación permanente. Todos los organismos parecían aspirar a un objetivo: cada pez primigenio, cada mariposa y reptil primigenios querían, en el fondo, ser un mamífero. Y cada homo sapiens, un intachable ser del futuro. Solo la competencia nos impulsaba hacia delante. Y la tendencia innata al progreso. Ir cuesta arriba. Más alto, más rápido, más allá. El cuello de la jirafa. El agua al cuello. Las cerezas en las ramas más altas, los glaciares de Groenlandia. No nos necesitaban.

La mayoría de las leyes habían sido reconocidas; los bosques, talados; las plantas, educadas; los animales, domesticados. Un museo al aire Ubre único. ¡Qué ordenado estaba todo! En su lugar. La materia orgánica e inorgánica en distintos estados de agregación. ¿Qué significaba el azar? Ni siquiera se lo podía imaginar. Y ni hablar de un objetivo. Nada tenía un objetivo preciso. Pero la muerte y el final. Provisionalmente. En todo orden de cosas siempre se creía ver un sentido. Todo lo precedente era condición para lo siguiente. Detrás uno era siempre más inteligente. Al menos así lo pensaban. ¿Qué vendría después del hombre? No había marcha atrás. ¿Si «es» no era «tiene-que-ser»?, ¿qué era?

En la línea de banda, las eliminadas esperaban a las recién llegadas. Fuera de la línea de tiro. Pero aún ahí. Tres contra tres. Las chicas se reían. La pelota estuvo a punto de tocar a una de ellas. Sus maniobras para esquivarla eran arriesgadas. ¡Cómo se descoyuntaba! De cuclillas. Apoyada en una mano. Boca arriba. Ahora se cayó. Otra la ayudó a levantarse. Siguió el juego. La pelota, más fuerte ahora. Rebotó contra un muslo. Gol. Fuera.

Los vencedores eran los más capaces. Quien vencía, había vencido con razón. En la naturaleza no había injusticia. Ninguna injusticia. Todo era naturaleza. En la naturaleza de las cosas. Quien sobrevive, ha vencido. No, precisamente no. Quien sobrevive, sobrevive. Y basta. Lo que hoy era la excepción, mañana podía ser la regla. La espiral que una vez puesta en marcha no podía detenerse. Seguro era solo que nada seguiría siendo como era. Un cambio permanente. Imparable. Irrevocable. Era un planeta dinámico. Puede que se aspirase a la perfección, pero no estaba prevista. Todo era imperfecto. Progreso no había. El progreso era un error de lógica. Todo era imperfecto, pero no desesperanzado. El presente solo un estadio de transición; el hombre,

una solución provisional. Cada resultado, un resultado provisional. Todo era provisional. Como Hans decía siempre: al fin y al cabo, el clima tiene razón, no el pronóstico del tiempo. Las especies complejas nunca habían sobrevivido largo tiempo.



Tensión en el ambiente. Una pequeñaja tendinosa saltaba en el campo de juego. Como un animal salvaje. Sus dientes blancos. El aire fresco. ¡Qué bien olía!

La hora del baño. En aquel entonces, cuando se hizo por primera vez esa pregunta. Sobre la mesa de la cocina, en la bañera de zinc oval. El agua caliente provenía de la gran olla encima del fuego. La fría, del grifo. Preparado por su madre. El duro guante de baño detrás de la oreja, entre los dedos del pie. En el agua verde de la bañera el bote de madera, una canoa de indios que papá le había traído de un viaje de trabajo. ¿Qué había además del aquí? ¿Qué edad debía de tener? Aún en el jardín de infancia. Aunque ya demasiado grande para la bañera de zinc. Las piernas colgaban fuera, los pies secos. Esa pregunta siempre. La mirada al techo, hacia la luz. Una esfera brillante de vidrio opalino al final de una larga vara. Ninguna respuesta. Ni siquiera un atisbo de respuesta. Nada. Ralentí de los pensamientos. Simplemente, no podía imaginárselo. Y pensaba: Seguro que esto lo aprenderé en el instituto.

Y ahora a otra cosa. Volver al ¡ya! de la salida en las pruebas deportivas de las distintas carreras. Mejillas rojas. Sin aliento. Algunas incluso sudaban. Todas de nuevo en el campo de juego. Alegría compartida. Otra vez desde el principio.

Claudia solía estar por lo general sola. Nunca había tenido amigos. Aunque siempre se había esforzado por tenerlos. Sus notas eran buenas. El certificado de estudios. En la primera o segunda clase: «A Claudia le cuesta imponer sus opiniones positivas en el colectivo de la clase». Dicho sin rodeos: no era querida.

A veces volvía a casa con cara de haber llorado. Seguro que le habían hecho algo otra vez. Le habían roto un lápiz, o abierto en el jersey agujeros tan grandes que era imposible remendarlos. O robado el bolígrafo con el que podía escribir en varios colores. Pero ella nunca se defendía.

Tampoco aquel viernes en la penúltima hora. Nadie podía ya concentrarse. La clase empezó. El banco de Claudia estaba vacío. En la tercera fila. Muy lejos de la mesa del profesor. Muy lejos de ella. La puerta, abierta solo un palmo. Y Claudia se deslizó dentro. Se veía muy abatida. Debía de haber pasado algo. Cara de haber llorado y gritado. Pelo revuelto. No hizo caso de las miradas y se dirigió a su asiento. Y luego ocurrió algo extraño. Inge estaba de espaldas a la clase, escribiendo en la pizarra. Cuando de pronto Claudia lanzó un grito. Escalofriante. Increíblemente fuerte. Inge se volvió, el banco de Claudia se había desplazado. Su libro de biología estaba en el suelo. Claudia se levantó. Avanzó hacia delante. Directo hacia ella. Había alzado los hombros. La cabeza gacha. Gimió: «Mamá». Sus brazos abiertos. Y ella: «¿Qué quieres de mí?». Esas fueron sus palabras. Un empellón. Lejos de ella.

¿Qué quería de ella? Claudia cayó. Se quedó tumbada. Echada allí, en el suelo. Se retorcía. En el pasillo, entre los pupitres y las sillas. En medio de la clase. ¡Cómo le temblaba el cuerpo! Apenas respiraba. Se atragantaba al llorar. Los ojos cerrados. Los labios muy apretados. No paraba de gemir: «Mamá». Por supuesto que ella era su madre. Pero en primer lugar era su profesora. «Mamá». Una y otra vez: «Mamá». Una niña pequeña. Claudia la llamaba a gritos. Ante toda la clase. Nadie se le acercó. Nadie la consoló. Ella tampoco. Eso no podía ser. Ante toda la clase. Imposible. Estaban en el instituto. En clase. Y ella era *Frau* Lohmark.

Una ráfaga de viento. Las ramas se mecieron. Tenía las piernas entumecidas. De nuevo cambio de pista. Algunas ya se habían puesto el pantalón corto. Sus rodillas infantiles desnudas. Intactas. El disco abovedado bajo la piel. Pantorrillas Esas. Zapatillas de deporte en los pies. Huellas en la arena. Músculos tensos. Brazos estirados. La pelota voló alto, demasiado lejos. Un *sprint* corto. No se cansaban. Un pelotazo, demasiado duro. La eliminada salió de la pista, triste. Abrazó a una chica detrás de la línea. Pesar compartido. Sus ojos, que seguían la pelota.

Desde el lado de la muralla, un grupo de gente que trotaba por el patio del instituto, agachados. En filas de a dos. Una pequeña mudanza en dirección al edificio principal. Jubilados de camino a su curso. Los viernes empezaban ya al mediodía.

Ella aplaudió.

—Muy bien. Basta por hoy.

Se apoyaron en sus rodillas. Respiraron hondo. Ocuparon una vez más sus puestos.

—Hasta la semana próxima. Hasta otra vez.

A Wolfgang no se le veía. Probablemente estaba en el establo de los polluelos. O al otro lado, junto a la incubadora. El sol había desaparecido detrás de una nube. Al lado izquierdo, las cercas de los tríos de avestruces. Un macho salió del cobertizo, echó a correr por la dehesa. Detrás de él, una hembra de plumaje pardo grisáceo a una distancia prudencial. Ambos tranquilos, un poco tambaleantes, como si llevaran puestos zapatos de tacón alto. Dos pantallas de lámparas corriendo. Al avanzar estiraban el cuello hacia delante y hacia atrás, siempre en movimiento, buscando el equilibrio. Como una marioneta. Con hilos invisibles. Cada movimiento del cuerpo era prefigurado por ese cuello.

Dos aves del desierto, que lo curioseaban todo y miraban fija y maquinalmente la lejanía. Animales esteparios. Casaban bien. Aquello no era sino una estepa. De África venían no solo la jirafa y el avestruz, sino también el hombre. Pero esos avestruces habían nacido allí, nunca habían visto su patria. Ella tampoco había estado nunca en África.

Desde hacía poco existía incluso un criadero de esturiones en Demmin. Directamente al mercado ruso. De todos modos: veinte puestos de trabajo. Los animales pequeños también producen estiércol. Y en algún lugar de Brandeburgo pastaba una pequeña manada de búfalos en praderas cenagosas. Todos, trabajadores extranjeros. La patata también era, al fin y al cabo, un artículo de importación.

Los avestruces podían alimentarse incluso en regiones donde había escasez. Ahí el clima les sentaba bien. Solo en invierno era difícil. Hacía demasiado frío para tenerlos al aire libre.

Y no se dejaban encerrar. Uno o dos días tal vez. Pero al cabo de tres días ya estaban desesperados por escaparse. Por algo eran aves corredoras.

La otra hembra dobló las patas y se tumbó sobre sus pies de reptil debajo del cobertizo. Tendida sobre su pecho, empezó a revolcarse en la arena. Retorcía el cuello en el suelo como una serpiente y con las pequeñas alas se echaba al cuerpo los granitos polvorientos. Las otras dos seguían avanzando pegadas a la cerca que Wolfgang había cerrado en las esquinas. El macho se aproximó. Metió la cabeza entre las mallas. Eran lo suficientemente grandes para dejar paso al pequeño cráneo. Todas las aves buscan agujeros para esconderse en ellos.

Y hasta los animales inferiores saben valorar debidamente la fuerza y el tamaño de su cuerpo. No así los avestruces. Con toda su fuerza intentaban pasar la cabeza entre los lazos del alambre y los intersticios de la madera. El instinto de esconderse. A los avestruces había que acercarse siempre con humildad. Los dedos cartilaginosos de los pies en el lodo marrón. Los muslos con sus cerdas largas, blancas, poros visibles, una piel de gallina. Las enaguas blancas, deshilachadas, debajo del pelaje negro, flexible. Las alas cortas, inútiles. Los movimientos del ave, de un arbusto a otro, bruscos, ágiles, siempre indecisos, siempre vacilando entre la curiosidad y la desconfianza. Los orificios nasales rodeados de pelillos. Los pelos en la cabeza diminuta. Los ojos eran realmente hermosos. Dos globos oculares en el pequeño cráneo. Grandes, negros, brillantes. Las pestañas largas, oscuras. La mirada, atenta y atontada.

De algún lugar llegó el chirrido de una carretilla. Al instante el avestruz echó la cabeza atrás. Estiró el cuello. Las plumas blancas de la cola se pusieron en posición de alarma, el vestido de amenaza. Y echó a correr tambaleándose por la dehesa cenagosa.

Ahora un fuerte ruido en el establo de enfrente. Se abrió la puerta y una bandada de polluelos se precipitó al aire libre, apretujados, al galope, veloces como caballos, sus pasos devoraban el terreno. Los cuellos como péndulos. Uno de ellos abrió las alas, todos lo imitaron. La bandada entera abrió las alas. Corrían de un lado para otro formando círculos cada vez más estrechos, golpeteando con las alas como si quisieran alzar el vuelo. Un baile de piruetas.

Un potente graznido. Una bandada de cornejas que parecía caer repentinamente del cielo. Una luz como en una película, que iba pasando gradualmente de la oscuridad total a una iluminación normal. Todo como enfocado. Las nubes de contornos claramente definidos. Insoportable, pero bello. El olor a tierra. Los avestruces bailaban en la dehesa. De pie junto a la cerca, Inge Lohmark miraba.

JUDITH SCHALANSKY nació en 1980 en Greifswald. Estudió Historia del Arte y Diseño de la Comunicación, dio clases de fundamentos tipográficos en la Universidad de Ciencias Aplicadas de Potsdam, y vive como escritora en Berlín. Se estrenó literariamente con la novela *Blau steht dir nicht* (2008). Con su segundo libro, *Atlas der abgelegenen Inseln* (2009), fue reconocida con el primer premio de la Fundación de Libros de Arte. *El cuello de la jirafa* es su segunda novela, que ha recibido el aplauso de la crítica y ha sido *best seller* en Alemania.